
FERRAN
LEAL
EL
PULSO
DEL
UNIVERSO

FERRAN LEAL

El pulso del universo



www.ferranleal.com
@ferranleal

«No te sientas solo, todo el universo
está dentro de ti.»

Rumi

1

Ahí seguían. Impasibles. Contemplándome con indiferencia y mostrándome que el tiempo seguía avanzando a pesar de todo. Las líneas proyectadas sobre una de las paredes de mi habitación eran lo único que no había cambiado. Permanecían inalterables. Ignoraban todo a su alrededor y también me ignoraba a mí.

Dos meses habían pasado desde que el hombre que había visto en sueños me arrebatara a mi padre. Dos meses habían pasado desde que Vain lo cambiara todo, y nadie había encontrado todavía las respuestas a cómo algo así pudo suceder. Cómo en un lugar libre de armas e infamia pudo desatarse el caos de forma repentina.

La investigación posterior determinó que los atacantes terminaron con la vida de veintitrés personas, y que dejaron un camino de destrucción que había comenzado en la gran llanura situada al este de Hízoren, muy cerca de la gran masa de bambú *Titanum*. No pude evitar entremezclar la información publicada con lo que yo había visto en sueños: la llanura en la que despertaba junto a Aemander, con los mismos elementos que se describían en aquel entorno y con Vain acercándose hasta volarme la tapa de los sesos de un disparo. Cada noche desde el suceso volvía a sumergirme de nuevo en aquel mar de preguntas que no dejaba de crecer y revivía una y otra vez las últimas palabras de Aemander, de pie, con su mirada condescendiente oculta, pero esa vez sobre una llanura suspendida en mitad de la noche:

«Tú tampoco has podido cambiarlo. Así era como debía suceder.»

—Así era como debía suceder…

De vez en cuando se me escapaban aquellas palabras como un susurro del que apenas era consciente que había pronunciado. Una y otra vez rememoraba ese preciso momento, pero una y otra vez seguía sin comprender el porqué de nada. No comprendía cómo había podido ver a Vain antes del suceso. «¿Habría podido evitarlo?» Pensé sacudiendo la cabeza una vez más. Otro día más me sentía incapaz de abandonar mi habitación, empapado de sudores fríos y lleno de recuerdos y pensamientos afilados como cuchillos.

El acontecimiento del Atlas fue retransmitido en directo para todas las ciudades. Todos pudieron ver lo que Vain y su compañero hicieron, cómo actuaron y lo que finalmente sucedió. La presentación de Melshan quedó en una anécdota, un logro empañado que había pasado completamente desapercibido. No había vuelto a verlo desde el fatídico día.

Mi padre era un pensamiento constante. Desde entonces mis noches eran a duermevela. Pensaba en el precioso tiempo que nos habíamos perdido, en cada momento desperdiciado con discusiones estúpidas, sobre todo gracias a mi actitud. Los gobernantes de la ciudad organizaron un funeral multitudinario en la sede central de Hízoren y las condolencias por parte del Atlas quedaron empañadas debido a una utilización nefasta de la figura de Rys para organizar un circo mediático de discursos políticos llenos de promesas de protección para las ciudades y demás patrañas. Un día más tarde el Atlas organizó un funeral privado al que sí asistí. También lo hicieron Lianne, Mike y Eldar. Esa fue la última vez que los vi y un dolor casi tan intenso como el que sentí aquella noche regresó a mi pecho. Jamás olvidaría aquellas horas. Yo sólo deseaba recuperar a mi padre, ansiaba volver atrás en el tiempo y cambiar todo lo que había sucedido. Comprendí de forma terrible que mi padre siempre había estado ahí, a mi lado, cuidando de mí.

Pasaba las horas tumbado mientras las líneas de la pared me recordaban el paso del tiempo. El pesar que sentía había provocado que me apartara de todo cuanto amaba. Había descuidado totalmente mis estudios. Había abandonado a mis amigos, que constantemente intentaban comunicarse conmigo a través de mi dispositivo, y, por último, había abandonado a Lianne. Eran de ella, de Mike y de Eldar, casi la totalidad de los mensajes de mi lista. Yo seguía sin fuerzas para responder.

Desde el fatídico día gran parte de la población, situada sobre todo en las ciudades del norte, comenzaron a manifestarse en favor de la producción de armamento. Exigieron a los organismos de defensa y seguridad que todos los agentes pudieran portar armas con la

intención de proteger de forma más contundente a los ciudadanos, y tan solo una semana más tarde fueron aprobadas las nuevas normativas. La producción de armas se estableció en casi todas las ciudades y las empresas destinadas a la metalurgia comenzaron a desarrollar las piezas necesarias para completar en tiempo récord la implantación global del nuevo equipamiento reglamentario. Las excavaciones destinadas a la obtención del Rodio fueron absorbidas por los entes gubernamentales debido a su inmediato requerimiento para la fabricación de proyectiles, y ese hecho había provocado que el metal fuera inaccesible de la noche a la mañana. Los centros de defensa y seguridad se organizaron, bajo el amparo de los gobiernos, para recuperar el armamento del Arco con la intención de equipar lo antes posible a sus agentes, a la espera de la nueva remesa de armamento moderno. En la actualidad, las ciudades ya se encontraban sitiadas por agentes *IDC* armados y en alerta máxima con equipamiento de hacía setenta años.

Investigaciones de medios independientes descubrieron que, coincidiendo en el tiempo con el gran conflicto *Evendri*, casi la totalidad del espacio del Arco era utilizado desde entonces como prisión de alta seguridad, y los titulares críticos no tardaron en llegar de todas partes: «Hasta el más estúpido podría haberlo previsto.» «Guardaban las armas junto a las personas más peligrosas de la historia de Raleen.» Era indudable que Vain había encendido la llama de la crispación y había conseguido cambiar, quizá para siempre, a toda nuestra civilización.

De vez en cuando encontraba las fuerzas para acercarme hasta la ventana de mi habitación y dejar que la luz del día acariciara mi blanquecina piel, aunque sólo fuera por unos minutos. Por lo que pude observar, el barrio de Rosen se había cubierto de agentes, al menos dos por cruce y otros dos recorriendo de arriba abajo cada una de las aceras. Sabía por los noticiarios que hombres y mujeres procedentes de las explotaciones habían comenzado a inscribirse en defensa y seguridad, quizá buscando un futuro más próspero. A la velocidad a la que estaba creciendo el cuerpo de los *CDS*, dentro de pocos meses, en las calles habría más agentes que ciudadanos.

Era evidente que mi vida había cambiado de forma radical. Con el paso de los días sólo conseguía sentirme más confundido. Definitivamente necesitaba replantearme todo desde cero. Necesitaba afrontar todas las preguntas que no dejaban de atormentarme y, abandonar de una vez por todas la habitación en la que me estaba ahogando. Un instante en el tiempo había sido suficiente para cambiar mi vida y para borrar por completo todo lo que había llegado a ser. Ahora no sabía en quién me había convertido. Sólo podía sentir como crecía la ira y simplemente me sentía incapaz de detener el fuego que

había comenzado a arder con fuerza en mi interior. Un fuego que ardía con más intensidad a cada segundo que pasaba. El dolor había conseguido dejar una huella enmarañada y oscura, pero una idea se volvía clara e intensa en mi mente, una idea que ahora anegaba por completo mi cabeza.

Dedicaría todos mis esfuerzos en matar a Vain.

2

Abrí los ojos y la primera imagen que se introdujo en mis pupilas adormecidas no me sorprendió en absoluto. Estaba en el suelo tumbado sobre la tierra rojiza, inspiré de forma involuntaria y sin quererlo desaté una oleada de estornudos que lograron arrancarme de aquella superficie caliente y árida. Me incorporé con el sabor de la tierra en mi paladar y me sacudí la ropa. Miré a mi alrededor e inmediatamente reconocí aquel punto exacto localizado en lo más profundo de mis sueños. Había regresado y sabía lo que sucedería de un momento a otro. Sentí un pequeño salto temporal y el viento cálido comenzó a acariciar mi piel. Podía percibir la fragancia de las algas y una sensación a humedad en forma de roció salino que llenaba mis pulmones. Estaba cerca del mar, de eso no había duda. Una vez más me hallaba en la llanura situada entre la ciudad de Hízoren y la gran masa de Bambú *Titanum*, muy cerca del gran océano meridional. Me recreé observando el horizonte hacia la zona verdosa y me pareció ver una gran hilera dibujada en la superficie. El horizonte había cambiado. Encontré en reguero de destrucción y frente a él, un objeto reluciente que desplegaba hacia el cielo una línea de humo incesante. Sentí el impulso incontrolable de acercarme, así que aceleré el paso y volví a sentir que el tiempo comenzaba a avanzar de forma irregular, como si diera pequeños saltos que no podía explicar. Superaba sin dificultad los obstáculos mientras descendía por la enorme llanura, la arena parecía ayudarme a avanzar y el camino comenzó a acortarse de

forma extraña. Como en las veces anteriores, no pude recordar cómo había llegado allí, simplemente aparecía de forma súbita en mitad de aquel páramo inhóspito, alejado de la ciudad y desprovisto de cualquiera de mis objetos cuotidianos, a parte de mi sencillo ropaje de color oscuro, que tampoco recordaba haber adquirido en ningún lugar. Tras unos minutos de carrera pasé súbitamente a estar frente a aquel lugar que hacía poco divisaba desde la lejanía. El salto temporal había vuelto a sorprenderme y ahora formaba parte del paisaje inalcanzable que observaba minutos atrás. Fui capaz de percibir el salto y fui consciente de que había recortado una caminata de algo más de una hora en apenas unos instantes. No me sentía como si hubiera pasado horas caminando por el desierto y rápidamente dejé de pensar en ello, seguro de que en realidad estaba en una de mis ensoñaciones y era dueño de todo cuanto pasara en ellas. Me acerqué a la máquina humeante e inmediatamente reconocí la forma del fuselaje y el mallado de protección térmica del frontal: se trataba de una de las naves encargadas de los viajes de ida y vuelta al Arco. La rodeé y encontré la escotilla de seguridad situada en la parte superior de la cabina entreabierta. A uno de los laterales del aparato, pintado sobre el fuselaje con pintura metálica de color azul, pude leer: «RANSHEE DPT». Aquella aeronave pertenecía a la flota comercial de Ranshee y di un resoplido al comprobar la minuciosidad de los detalles, la aplastante naturalidad de sus elementos, consciente de que era la primera vez que veía una. Seguí avanzando con pies de plomo, muy despacio y a continuación, pude leer el número de aquella aeronave accidentada: «RA023». «¿Hola?» Supe que había hablado porque reconocí el sonido de mi voz unos segundos más tarde. Nadie respondió. «¿Hay alguien ahí?» Todo estaba en silencio, a pesar del estado lamentable de la aeronave y el pequeño fuego que devoraba poco a poco uno de sus motores. «¿Qué ha ocurrido aquí?» Pensé. Aquella nave parecía haber tenido serios problemas para aterrizar y supuse que de no ser por la enorme masa de Bambú *Titanum*, se habría convertido en un amasijo de acero retorcido y en un millar de pedazos esparcidos por una gran superficie. Le di una vuelta completa a la «RA023» y no escuché nada procedente del interior de la misma ni de ningún otro lugar. El viento era lo único que sentía. Soplaba suavemente y sin saber muy bien por qué, la calma comenzó a cubrirme como si algo desconocido fuera a alcanzarme. Cerré los ojos y alcé la cabeza ligeramente hacia arriba, a continuación, los abrí y sentí su abrazo ardiente. Aro estaba en lo más alto en ese momento y calentaba con intensidad toda la zona. Agaché la cabeza con lentitud y barrí con la mirada la colina, convencido de que tarde o temprano aparecería de forma solemne la figura de Aemander. Así sucedió. En la distancia identifiqué a un individuo ataviado con ropajes de color

oscuro como los míos. Decidí no perder un segundo y comencé a correr hacia él al mismo tiempo que gritaba y gesticulaba para que pudiera verme, pero de nuevo ocurrió: el paso del tiempo se interrumpió y esa vez pude sentir un salto mucho más abrupto y brusco, fue como una pequeña sacudida. Al instante aquella aeronave volvía a formar parte del paisaje y yo estaba de pie a escasos metros a la figura esbelta y misteriosa. Me acerqué un poco más, con cuidado, llevaba la cabeza cubierta y sólo podía ver su nariz y su boca. Tenía una barba poblada de color blanquecina y sostenía un largo bastón de madera tallado cuidadosamente. Era la tercera vez que me encontraba con él. Me acerqué un poco más y vi que llevaba algo colgado del cuello: un amuleto de un color plateado muy brillante y pulido, pero estaba seguro de que no era Rodio. Su forma era la de un semicírculo, en realidad eran dos segmentos de una circunferencia unidos. Era un arco. Tenía una inscripción, pero fui incapaz de interpretarla.

—Vuélvete… —dijo con voz potente al mismo tiempo que levantaba su brazo y señalaba a mis espaldas—. ¡Date la vuelta! —insistió.

Lo hice y allí estaba otra vez él. Vain. Inmóvil, cubierto por un ropaje similar al que yo llevaba y sosteniendo el arma que utilizó para matar a mi padre. Sentí como la ira volvía a apoderarse de mí, Sentí como el odio se apropiaba de cada uno de mis instintos. «Aemander me lo mostró y yo no hice nada para evitar que ocurriera.» Me abalancé encolerizado sobre Vain, quería hacerlo pedazos con mis propias manos, retorcerle el cuello hasta ver como exhalaba sus últimas bocanadas de aire, pero naturalmente, era un sueño y al instante estaba de nuevo en el suelo con esa sensación en el paladar, con el picor en la garganta, con la tierra rojiza y caliente cubriendo mi cuerpo. Volví a sentir la dulce caricia del viento y supe que aquel sueño en el que me había acostumbrado a perderme se había reiniciado. Me incorporé asqueado, sacudí la tierra de mi ropa y cuando alcé la mirada lo vi de nuevo. No podía ver sus ojos, pero sabía que él tenía su mirada clavada en los míos.

—¿Dónde está Vain ahora? Tú debes saberlo… —pregunté con voz firme. La figura de Aemander permanecía inmóvil. Ningún gesto. Ninguna palabra—. ¿¡Dónde está Vain!? —insistí— ¿Por qué lo dijiste? ¿Por qué dijiste que debía suceder? ¿¡Dónde está!? —grité una y otra vez:

«¿Dónde está?»

En mi cabeza se multiplicaba esa pregunta.

«¿Dónde está?»

No había otras palabras que quisiera pronunciar en ese momento.

—Él está en un lugar distante —respondió Aemander finalmente.

—¿Qué lugar es? Necesito encontrarlo… Necesito acabar con

esto…

Caí de rodillas ante él y al instante las lágrimas se desparramaron por mis mejillas y mi cuerpo se entumecía completamente desconsolado. Cuando alcé la cabeza de nuevo, Aemander tenía el brazo extendido hacia el cielo, apuntando con la punta de sus dedos en la misma dirección. Ese instante ya lo había experimentado y como un recuerdo recurrente, sabía con precisión lo que Aemander iba a decir:

—Las estrellas —su voz profunda atravesó mi cuerpo como si fueran cientos de agujas incandescentes.

Como si acabara de emerger de las profundidades más oscuras y tenebrosas. Abrí los ojos e inspiré profundamente. Había despertado y estaba en una posición imposible a los pies de mi cama. Había caído una vez más en ese espacio de ensoñación vívido que me sentía incapaz de explicar. Después de todo seguía sin saber lo que significaban aquellos encuentros y quizá, por ese motivo, iba tomando fuerza la idea de que estaba comenzando a perder la cabeza.

Abandoné la cama y me planté embebido frente a la ventana con vistas a Rosen. La ciudad dormía y el ecuador de la noche dibujaba un horizonte de tinieblas y oscuridad tan denso que ni siquiera la luz de las estrellas podían atravesar.

—Las estrellas… —musité.

Rememoré cada instante de mi sueño, cada momento de cada uno de los sueños con Aemander. Seguía sin saber si todo formaba parte de una gran casualidad o efectivamente, de una forma que ni siquiera yo comprendía, Aemander estaba hablándome a través de aquel espacio vívido y extraño que construía en lo más profundo de mis ensoñaciones. Si cada una de sus palabras era trascendental, ¿por qué dijo que me necesitaban? ¿Por qué dijo también que era inevitable? ¿En las estrellas?

No existía la casualidad.

—¿Qué estrellas? —susurré frente al cristal de la ventana con Hízoren herida a mis pies.

Sólo una persona lo sabía.

3

09/09 02:24:45 - Lianne: ¿Cómo estás? Te echo mucho de menos. Dime algo.

09/09 02:35:10 - Mike: Estamos en la habitación de Eldar. Quizá te alegre saber que han expulsado a Jene del Atlas unas dos semanas. Por lo visto encontraron material delicado en su dispositivo. Eldar dice que eran las evaluaciones exactas de unas diez materias para los próximos dos meses. Hace tiempo que no sabemos de ti, dime algo y vamos a verte.

09/10 03:07:22 - 79966772: Laklar, deberíamos vernos.

09/10 04:21:55 - Eldar: Vamos, responde. Seguiremos enviando mensajes hasta que llenemos por completo tu dispositivo. Estamos preocupados.

09/12 04:40:14 - Lianne: Entiendo por lo que estás pasando. No estás solo. Si necesitas cualquier cosa sólo tienes que pedírmelo.

09/14 04:51:36 - 79966772: Laklar, puedes encontrarme en Vía Verne 177, Ranshee. Estaré esperándote.

… [43 mensajes más.]

Tras revisar la bandeja de entrada de mi dispositivo encontré mensajes procedentes de un terminal que desconocía. ¿Quién sería 79966772? La única persona que me conocía y que vivía en Ranshee era Melshan, pero no sabía si había regresado a su ciudad, ya que no había sabido nada de él desde el fatídico día. En muchas ocasiones recordaba la promesa que le hizo a mi padre. La promesa de cuidar de mí y quizá de procurarme un buen futuro. Una promesa que no estaba

obligado a cumplir, claro. En realidad, no necesitaba que nadie cuidara de mí, pero sí debía hacer algo y debía hacerlo cuanto antes. Dada mi situación actual, no podría mantenerme mucho más tiempo en el apartamento de Rosen, y tampoco podría continuar mi educación en el Atlas. ¿Qué alternativas tenía? Quizá lo mejor fuera alejarme de Hízoren y viajar al norte. Podría ir a Ranshee y plantarme en la dirección que me proporcionaba el número desconocido para averiguar si el mensaje pertenecía a Melshan, y si no se trataba de él pretendiendo apartarme de esta ciudad, lo buscaría igualmente y averiguaría dónde había ido.

¿A quién pretendía engañar? Si existía una mínima posibilidad de alcanzar a Vain, ésta pasaba por encontrar a Melshan y que él y su equipo construyeran de nuevo la cápsula del tiempo. Tras tanto tiempo abstraído del mundo real, ese era mi único deseo, mi único objetivo.

Doscientos diez francos eran todo el dinero que me quedaba. Al menos podría pagarme un billete con destino a Ranshee y todavía tendría algo para gastar en comida. A partir de ahí tendría que buscarme la vida como fuera. Esperaba encontrar a Melshan y lograr convencerlo. Después de todo, no quisiera terminar trabajando como picapedrero en *Salt Gea*. De alumno brillante y destacado en el centro de estudios más prestigioso de Raleen a cantero huérfano. Sin duda ese podría ser el argumento perfecto para una obra teatral con tanto drama, que hasta la aristocracia norteña lloraría a moco tendido.

Recorrí el corto pasillo que únicamente acostumbraba a tomar para ir al baño, pero en esa ocasión lo hice para acceder a una habitación que siempre mantenía cerrada, y asir una de las polvorientas maletas que únicamente había utilizado una vez para recorrer las llanuras de *Sunhae* hasta el *Círculo de Kah*. Hice acopio de las prendas de ropa que en mejor estado conservaba y rápidamente los recuerdos de mi apartamento comenzaron a asaltarme. Mis primeros años en el Atlas junto a mi padre. Mis primeras noches en la ciudad. Tantas y tantas horas de estudio y reflexión frente a las paredes de mi habitación. Sacudí la cabeza y doblé los pantalones que compré en Argon el día que tuve el encontronazo con Jene. Los recuerdos de entonces cobraron fuerza en mi mente despierta y los de aquella noche junto a Lianne provocaron que mi piel se erizara, pero antes de que el dolor de mi corazón volviera a crecer de forma incontrolable di un respingo, barrí la habitación con la mirada perdida y me marché de allí.

Me sorprendió la facilidad con la que se había vuelto a abrir la herida de mi pecho. Una herida que nunca iba a dejar de doler. Tendría que acostumbrarme a esa angustia y tendría que asimilar cuanto antes su compañía permanente. Por último, eché un vistazo al

apartamento que me había servido de hogar durante los últimos cinco años, y no pude evitar derramar una lágrima al abandonarlo. Tomar decisiones siempre implicaba dejar algo atrás. Yo lo dejaba todo.

Abatido, cerré la puerta con la firme convicción de que no volvería. Tras descender por las escaleras y alcanzar la planta principal dejé mis dos tarjetas de acceso en recepción. Ramel no estaba de servicio, y ese hecho me amargó más de lo que cabía esperar, ya que no habría estado mal contagiarme de su simpatía antes de haberme despedido como era debido.

Me dirigí hacia una de las dos estaciones de la ciudad con destino a Ranshee. Por suerte, el interurbano tenía una parada habilitada en el barrio de *Rosen* con estación de salida en *Thren* y, por supuesto, con destino a Ranshee, realizando una única parada en *Zigheit*. Gracias a la industria de la bioquímica instalada en el barrio de *Thren*, Hízoren poseía una de las líneas de transporte interurbano más avanzadas de toda Raleen. *Rosen* en cambio, tuvo que pagar por su cuenta la edificación de su estación con la intención de incrementar de forma significativa la calidad de vida de sus vecinos. ¿De qué iba a servir si no ser uno de los barrios más ricos de la ciudad?

El camino hasta la parada subterránea del interurbano fue una declaración de poder muy poco discreta por parte de los agentes, que parecían recaudadores desesperados flanqueando cada una de las esquinas de cada una de las calles por las que pasé. Se dedicaban a detener de forma azarosa a los transeúntes bajo un criterio poco escrupuloso, y tras solicitarles la acreditación digital debidamente renovada los reprendían por cualquier motivo, aunque todo estuviera aparentemente en regla. Contemplar una escena así en Hízoren me resultó insólito, pero lo que encontré más tarde a mi llegada a la estación me dejó completamente sobrecogido. La muchedumbre de personas que se apelotonaba frente a la entrada había sido rodeada por dos docenas de agentes, que parecían formar un corrillo hasta el acceso de la estación. Por lo visto habían dispuesto un canal enrejado por el que todos tendríamos que cruzar de forma ineludible, ya que esa era la única forma de acceder al interior del transporte. Había mucha gente haciendo cola y tanto al inicio como al final de la misma reja, había dispuesto un gran equipo de agentes muy distintos a los que habían apostados fuera: eran los denominados IDC antidisturbios. Estaban bien equipados con *Voltare* y armas cortas del Arco. Su indumentaria parecía estar recubierta de blindaje especial desde el pecho a los pies y sus rostros permanecían ocultos tras unas máscaras de color blanco al más puro estilo de los gaseadores de plantaciones. Parecían máscaras fabricadas con la intención de envenenar las plagas de las cosechas. De repente me sentí como si fuera una especie de insecto al que quisieran exterminar.

Tras media hora de espera, me acerqué y crucé el primer arco de la reja y rebasé la línea de seguridad del primer grupo de IDC. Ocupé el espacio detrás de una mujer joven y a continuación, observé más adelante que había dispuesta una abertura en el canal enrejado que conducía a una habitación cerrada a su izquierda. Al parecer, lo que hacían era seleccionar a viajeros de forma aleatoria. Aún no sabía bajo qué criterio. Cuando alcanzaban aquel punto abierto del canal los desviaban hacia ese otro pasillo y desaparecían de nuestra vista. A otros, sin embargo, los dejaban avanzar hasta el final del canal enrejado, donde finalmente podían acceder con libertad a la zona de espera del interurbano.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué separan a esas personas de delante? —pregunté a la mujer, que en realidad no debía superar los veintitrés años de edad. Dio un leve respingo y se volvió para mirarme algo distraída. Tampoco parecía que tuviera un gran día.

—Están interrogándolos… Parece que es aleatorio, pero deben tener motivos para creer que huimos de la ciudad —respondió la chica con gesto taciturno.

—¿Huimos? —respondí arqueando una ceja.

—Sí ¿Tú no huyes? —se encogió de hombros— Ningún lugar masificado es seguro ahora. La gente está abandonando las grandes ciudades y se marcha a lugares más tranquilos, lugares donde no haya tantos IDC… —añadió la chica realizando un ademán despectivo con la mano y dirigiendo una mirada de escarnio a los agentes IDC que había más adelante.

—No sé qué decirte… Yo no huyo de nada, simplemente me marcho…

—¿No te asustan esos agentes? Se cubren el rostro para así poder golpearte… Para poder dominarte y que tú, aunque quieras, no puedas saber quién lo está haciendo… ¿Quién nos lo iba a decir? —la chica soltó un resoplido— Lo que me resulta más increíble es que esos IDC hasta hace bien poco eran el vecino, el que repartía el Telonne a domicilio, o el que te servía un *Dunkles* a primera hora de la mañana.

—Creo que llevo demasiado tiempo sin salir de mi apartamento —dije algo turbado y ella me miró y mudó la expresión. Por un momento me pareció que sonreía—. Desconocía que nuestra ciudad hubiera cambiado tanto.

No sabía que la gente estaba huyendo de las grandes ciudades, ni que nuestra ciudad estuviera así de sometida. Definitivamente, el suceso del Atlas había trazado una línea temporal muy diferente hacia un futuro incierto.

—¿Sin salir de tu apartamento? Eres un chico muy raro, ¿lo sabias? —añadió ella sonriendo.

—Me lo han dicho mucho —respondí simpático—. Todo ha

cambiado desde la presentación del Atlas —musité, pero ella pudo oírme.

—Creo que lo que sucedió en el Atlas fue simplemente un detonante. Tarde o temprano iban a sacar a pasear esas armas, y tarde o temprano iban a dárselas a estos ignorantes IDC. Nuestro gobierno permite todo esto. Estoy convencida de que esta opresión siempre ha existido, sólo que estaba esperando de forma encubierta el momento adecuado para salir a la luz.

—Es extraño que lo menciones… —titubeé un poco— yo tenía la misma sensación. Es como si viviéramos controlados de una forma muy sutil —dije con las palabras de Shent retumbando en mi memoria.

—Pero en esto ya no hay sutilezas, chico —me interrumpió ella.

—Tienes razón —dije volviendo la mirada hacia los IDC que había delante—, desaparecieron las sutilezas.

La hilera de personas fue avanzando hasta que la chica con la que conversaba alcanzó la zona central, donde un agente IDC la miró de arriba abajo y a continuación, la dejó pasar. Era mi turno, avancé unos pasos hasta haberme situado cerca del primer agente, y cuando me dispuse a cruzar, el IDC me bloqueó el paso. Asió su dispositivo *Voltare*, me señaló con él y lo activó, iluminando al instante mi rostro pavoroso con aquel resplandor terrorífico de color índigo. El mecanismo eléctrico chisporroteó y en apenas un segundo, otro agente IDC se plantó en mitad del pasillo que conducía hacia la zona de andenes, donde de un momento a otro aparecería el interurbano con destino a Ranshee.

«Por el cuerpo de Aemander en llamas…» Pensé y sin quererlo resoplé como un animal.

Por un momento sentí como un escalofrío comenzaba a ascender por mi espina dorsal y también como los recuerdos de la noche de la presentación se convertían en cuchillos afilados dentro de mi cabeza.

—Ciudadano, diríjase a control. Tome ese canal —dijo el agente con voz metálica. A través de esa máscara su voz sonaba como si estuviera hablando a través de un transmisor de ondas. Sonaba áspera y terrorífica. Evidentemente querían sacar el máximo partido al miedo que infundían para controlar la situación, para controlarnos a todos. Seguí las indicaciones sin la menor protesta, crucé otro pasillo donde al final había un acceso flanqueado por otros dos IDC y finalmente accedí a una habitación repleta de artilugios donde había otro dispositivo de seguridad organizado. La escena me resultó chocante. En primer lugar, era como si hubiera entrado en uno de esos laboratorios privados de *Thren*, donde sólo hacían uso de tecnología desconocida y artilugios cuyo funcionamiento uno no lograba identificar. Sobre una de las paredes había instaladas seis pantallas y

dos cámaras bien atendidas por otros tres IDC que enfocaban directamente a una silla anclada al suelo y provista de correas, colocada en el mismo centro de la habitación. Un segundo escalofrío comenzó a recorrerme el cuerpo. Ya tenía serias dudas de que pudiera marcharme de ahí tan alegremente. Sin saberlo, parecía que me había metido en un lío. Respiré profundamente y me mantuve todo lo sosegado que pude.

—Siéntese, ciudadano —uno de los IDC señaló la silla. En ningún momento desactivaron sus *Voltare*, los mantenían bien sujetos y activos, iluminando la habitación con un color añil muy brillante. Era consciente de que al mínimo movimiento sospechoso que hiciera, sobre mí caerían una media docena de golpes de *Voltare*, dejándome como mínimo inconsciente en el suelo y con el cuerpo electrocutado. Tomé asiento, coloqué la maleta sobre mis piernas y sin decir una palabra me quedé mirándolos con cara de bobo.

—¿Cuál es su destino, ciudadano? —preguntó otro IDC. Dos de ellos me miraban con fijeza y los otros tres atendían el entramado de pantallas en las que pude reconocerme de reojo. Por un momento creí estar en la escena de una obra teatral estrafalaria.

—Ranshee, señor.

—¿Por qué motivo abandona la ciudad de Hízoren, ciudadano Laklar? —sin duda ya me habían escaneado a la entrada y ya tenían mi acreditación digital presentada en las pantallas.

—No abandono Hízoren, me incorporo a un equipo de trabajo en Ranshee.

Era lo más convincente que se me había ocurrido. Naturalmente, si le decía que mi intención era la de construir una máquina que me permitiera alcanzar y matar al asesino de mi padre, podría tener algún problema. Sonreí y el agente giró levemente la cabeza.

—¿Dispone de certificado de requerimiento?

Me lamenté e inmediatamente caí en la cuenta de que necesitaría esa acreditación. Dicho certificado era emitido por la empresa o centro que te acreditaba para el puesto en el lugar de destino. Nunca había sido obligatorio, pero dadas las circunstancias, si un agente te preguntaba por él, lo mejor era tenerlo a mano.

—No, señor —sacudí la cabeza—, no tengo el certificado que me solicita.

El agente se volvió hacia los otros dos e hizo un ademán. Por un momento todos estuvieron comentando y analizando los datos de la pantalla. Habían accedido a una lista repleta de información sobre mi ubicación y algo más que no alcancé a ver. Finalmente, uno de los agentes se apartó de los otros y se situó delante de mí.

—Levántese y sígame —su voz metálica retumbó en la habitación. Obedecí al instante. Me levanté y le seguí por otro pasillo

subterráneo que conducía hacia una habitación donde había otras dos personas esperando. La estancia tenía dos ventanas acristaladas que daban al túnel de andenes del interurbano. No había más puertas, así que la única forma que había de salir de ahí era por donde el IDC me había traído.

—Espere aquí.

El IDC abandonó la habitación de espaldas y cerró la puerta electrónicamente. Rápidamente me acerqué a la misma e intenté abrirla tirando del pomo, pero no había forma de hacer que se moviera. Estaba atrapado.

—¿Qué van a hacer con nosotros?

Mi voz reverberó en la estancia medio vacía, sin embargo, los dos hombres que habían encerrados allí dentro antes que yo no parecía que tuviera la intención de levantar la cabeza y responder. Imaginé que tampoco comprendían lo que les estaba ocurriendo. Me acerqué a una de las ventanas y vi que el *Ariamet* estaba acercándose. El túnel estaba iluminándose por la luz y muchos de los viajeros se estaban levantando de los asientos de espera y se estaban acercando al andén. Comencé a ponerme nervioso y sentí por momentos que mi cabeza comenzaba a hacer de las suyas. Inspiré una bocanada de aire y cerré los ojos. Comencé a percibir el sonido creciente del interurbano, que resonaba con sonido afilado a través de las vías. No era justo, estaba encerrado y desconocía lo que esos agentes habían planeado para nosotros. Tenía que tomar fuera como fuese aquel transporte. Pegué mi cara al cristal y observé con atención la zona iluminada. Al otro lado se había apelotonado una multitud y aquí sólo éramos tres hombres, cuatro pares de sillas y una puerta cerrada a calicanto. Pensé lo más rápido que pude al mismo tiempo que mi instinto comenzaba a sopesar todas las opciones: ¿cómo pretendía salir de ahí? Tras un vistazo rápido comencé a moverme. Me acerqué al módulo de sillas de metal y comprobé su peso levantándolas un poco. El interurbano estaba cerca de aparecer, así que, si tenía que hacer algo, debía hacerlo ya. Sujeté mi maleta y pasé el asa por encima de mi cabeza para mantenerla sujeta a mi espalda, levanté el módulo de sillas de metal y sin pensarlo un segundo, lo lancé hacia una de las ventanas con gran violencia. Un gran golpetazo inundó la estancia, provocando un terrible susto a los dos hombres que me acompañaban, pues habían comenzado a gritar y a mirarme como si hubiera perdido la cabeza. La verdad era que a mí también me había sorprendido la facilidad con la que había hecho trizas aquella ventana enorme. El grueso cristal se había roto en mil pedazos, y los cristales cubrían por completo parte de la habitación cerrada y del pasillo que circundaba el andén. Avancé tan rápido como pude, pero con la suficiente cautela como para no caer sobre el mar de fragmentos cortantes que cubrían el suelo.

Coloqué otro módulo delante de la ventana y me impulsé de un salto. En apenas unos segundos ya estaba en la zona de vías del interurbano, fuera de aquella estancia cerrada y con vía libre hasta la zona peatonal que me llevaría directo hasta el interior de uno de los vagones. Observé a mi alrededor y corrí todo lo que pude hacia la multitud. Atrás dejaba los gritos de los dos hombres, que habían alertado sin saberlo a un grupo de IDC. Por el rabillo del ojo pude ver como entraban en tropel a la habitación con los *Voltare* activos, y sin miramientos se ensañaron a golpes con los dos pobres desgraciados. Los oí gritar del dolor a mis espaldas tras recibir sendas descargas, que también resonaron por el hueco de vías. Corrí más rápido todavía, sin olvidar que me habían identificado, que sabían quién era, de dónde venía y hacia dónde me dirigía. «¡Ay, Laklar!» Cuando hube avanzado una decena de metros, escuché a mis espaldas a los agentes IDC golpeando los cristales que se habían quedado adheridos a la misma ventana, la atravesaron y comenzaron a correr detrás de mí al mismo tiempo que alertaban al resto de los agentes.

—¡Deténgase, ciudadano! —gritó uno de ellos al mismo tiempo que activaba su *Voltare* y golpeaba la pared metálica de mi derecha. El estruendo eléctrico ensordecedor me sobresaltó. No miré atrás y seguí corriendo con el corazón golpeando mi pecho con fuerza. Me sentía tan aturdido que únicamente me limitaba a seguir adelante. Sólo podía pensar en tomar el interurbano, sólo quería salir de ahí como fuera.

—¡Deténgase! ¡No tiene escapatoria!

Aquella voz radiada atravesó mi cuerpo, pero seguí corriendo hasta que no tuve más remedio que detenerme bruscamente. Justo enfrente, a unos cinco metros, habían aparecido otros dos agentes IDC y yo tuve que realizar un esfuerzo enorme para no caerme de bruces. Los agentes enmascarados también activaron sus *Voltare* y se colocaron en formación, preparados para tumbarme y dejarme inconsciente a golpes. Me lamenté de nuevo. Estaban bloqueando la única salida que me quedaba.

«Desgraciados…» Resoplé enfurruñado. Estaba muy cerca de salir de aquella estación detenido —lo peor de todo era que aún no sabía por qué, aparte de me incontrolable impaciencia e impredecibilidad—. El zumbido del *Ariamet* resonó con fuerza en la estación y comenzó a detenerse en el andén, pasando tan cerca de mí que si extendía el brazo podría tocarlo. El nerviosismo comenzó a atenazarme de nuevo.

En el diminuto espacio que circundaba el foso de vías sólo había dos salidas posibles: la primera consistía en volver sobre mis pasos hasta la habitación que había destrozado. Estaba descartada, naturalmente. La segunda salida que tenía se encontraba justo delante de mí: la zona iluminada con la multitud esperando acceder al

transporte. El interurbano ya se había detenido completamente a mi izquierda, y a mi derecha se extendía un muro de hormigón cubierto por una chapa metálica que recorría todo el trayecto. Me perseguían dos agentes IDC y otros dos me cortaban el paso hacia la zona peatonal. «Vas a salir de aquí.» Pensé. Ipso facto comencé a correr hacia los dos agentes IDC que me cortaban el paso y para mi sorpresa, descubrí que el hueco que quedaba entre los vagones era lo suficientemente ancho como para que pudiera atravesarlo. Sin pensarlo dos veces salté con todas mis fuerzas sobre el hueco cuando uno de los agentes IDC estuvo lo suficientemente cerca como para golpearme con su *Voltare*. Los segundos se convirtieron en minutos durante el salto, y contra todo pronóstico logré caer sobre la superficie de acero que conectaba los vagones. Rápidamente me lancé para caer al otro lado del andén, pero sentí un tirón fuerte a mi espalda y reparé en que lo único que había conseguido era golpearme la cabeza y magullarme las piernas y los brazos. Seguía en el hueco de los vagones. Me había quedado encajado. El espacio no era lo suficientemente ancho para que la maleta que llevaba cruzada a la espalda pasara conmigo. Lo intenté una vez más, haciendo fuerza e impulsándome, pero los agentes ya me habían alcanzado y sentí el golpe metálico de uno de sus *Voltare* sobre la maleta y sus gritos resonándome en la nuca. Forcejeé una vez más con la inflexible mole, con el pulso acelerado y las manos temblando de terror.

—¡Te tengo, desgraciado!

Su voz sonó atronadora como un vendaval. Tiré de una de las cuerdas que sujetaban el asa de la maleta hasta que la pieza que unía las dos partes se soltó y cayó bajo el interurbano. Súbitamente, antes de que otro golpe eléctrico me alcanzara, logré saltar de forma torpe hacia el otro lado de la vía y en la caída me golpeé la cabeza contra el suelo. El dolor me atravesó el cuerpo, instintivamente me llevé la mano a la cabeza y palpé lo que parecía sangre. La herida no parecía grave, así que saqué fuerzas y me incorporé. En ese momento el agente intentó cruzar por el hueco, pero se quedó encajado y sólo pudo maldecirme. Inicié nuevamente la carrera hacia la zona peatonal entre gritos metálicos y atronadores. Ahora tendría que cruzar como fuera a la zona donde la multitud estaba accediendo al *Ariamet*. Era mi última oportunidad de abandonar la ciudad. Sin detenerme, pensé en cuáles eran mis posibilidades y rápidamente calculé, aun nervioso y sangrando, que sólo había una única forma de hacerlo.

—¡Alto! —el grito del agente me dejó paralizado—. ¡Levante las manos y aléjese de las vías!

Cuatro agentes más habían aparecido por las puertas laterales de la estación. Dos de ellos mantenían los dispositivos *Voltare* activos y los otros dos me apuntaban con armas cortas. «Armas…» Me lamenté.

Estaban muy cerca y yo no tenía salida. Ya no podía hacer nada para escapar de aquella situación.

—¡Tengo que irme! —grité— ¡No lo entendéis!

No tenía sentido que dijera aquellas palabras en la situación en la que me encontraba, pero aun así las dije.

—¡Levante las manos y no haga ninguna estupidez!

Justo en ese momento retrocedí hasta alcanzar el borde del foso vacío, pues en ese sentido de la vía no había ningún *Ariamet* estacionado. Intenté concentrarme, y a pesar del nerviosismo, mis pensamientos comenzaron a ordenarse y mi mente comenzó a ofrecerme una gran cantidad de información. Incomprensiblemente volvía a sentirme calmado y capaz de analizar cada detalle a mi alrededor. Los agentes avanzaban muy despacio ahora, el murmullo de los pasajeros accediendo al *Ariamet* había crecido y casi pude oír como los dos agentes que había dejado atrás, se abrían paso por entre el gentío y lograban cruzar al otro extremo de las vías. Miré una vez más hacia atrás y vi que el interurbano con destino a Ranshee comenzaba a moverse. Mantuve la calma y aproveché el estado de concentración en el que me había sumido. Actué. El agente IDC ya se encontraba a metro y medio de mí dispuesto a abalanzarse, así que esperé el momento. Sus pasos eran calculados y estaba convencido de que me sorprendería, pero fui capaz de prever el momento en el que lo haría y reaccioné con tiempo más que suficiente. Cuando saltó hacia mí para intentar golpearme, me dejé caer hacia atrás y me aparté de su alcance tan rápido como pude. El agente sacudió el airé y se precipitó sobre el hueco de las vías, golpeándose la cabeza y quedando inconsciente en un lío de piernas y brazos. Los otros tres comenzaron a correr detrás de mí y sorprendentemente, ninguno de ellos intentó usar su arma. La multitud que aún ocupaba la zona de espera debió coartarlos o simplemente tuve suerte. El interurbano había emprendido la marcha y estaba abandonando la estación, así que corrí todo lo que pude tras él.

«¡Espera!» Pensé al mismo tiempo que me lanzaba una vez más a la carrera. Abrí unos ojos como platos al comprobar que mi maleta estaba en mitad de las vías, exactamente donde la había dejado caer para que pudiera atravesar el hueco del vagón. Aproveché la oportunidad y mientras corría, la así por la correa rota y continué exhausto y casi sin fuerzas. Estaba ya muy cerca de alcanzar la parte trasera del último vagón. Ahora no podía desfallecer. Tras unos segundos, los disparos resonaron en la estación y los impactos sobre el metal de la parte trasera del interurbano iluminaron con destellos ámbar mi rostro aterrado: «¡Ahora sí! ¡Me están disparando!» Agaché la cabeza y seguí corriendo. Corrí y corrí hasta que dejé de sentir mis piernas, estiré mi brazo, pero el transporte comenzó a acelerar y sólo

pude tocar con la punta de mis dedos la barandilla trasera del interurbano. Mientras los disparos continuaban y mi cuerpo fatigado consumía toda la energía que me quedaba; miré hacia atrás y encontré a tantos agentes persiguiéndome que no fui capaz de contarlos. En ese momento de tensión calculé que si no hubiera cargado con la maleta ya habría subido al *Ariamet*, pero no podía dejarla atrás y tampoco podía dejar que me atraparan. Hice un último esfuerzo y mientras los disparos seguían atronando a mis espaldas me lancé sobre la barandilla. Esa vez logré asirme con fuerza a ella y sin pensar en las consecuencias que tendría el sobresfuerzo sobre los debilitados músculos de mi cuerpo me impulsé.

Totalmente exhausto conseguí subirme al interurbano, que comenzó a acelerar bruscamente, dejando atrás la estación y los IDC que me perseguían. Escuché un par de disparos a la desesperada, pero por fortuna, ninguno de ellos alcanzó el transporte.

«Qué he hecho…»

Lo había conseguido, y debido a la fatiga me vi incapaz de levantarme del diminuto espacio de acero en el que me había dejado caer. Me quedé tumbado contemplando primero la oscuridad del túnel y a continuación, el resplandor radiante de un cielo únicamente salpicado por un par de nubes. Aquella imagen contrastada hizo que me quedara completamente absorto, recuperando el aliento, lamentándome por las heridas y por el transcurso de los acontecimientos. Los recuerdos de la última comida que había compartido con mi padre me asaltaron como un bálsamo:

«Quiero que sepas que tú decides. Tú vas a ser el responsable de tu destino.» Había dicho. «Hijo, nunca has dejado de enorgullecerme.» Antes de que pudiera darme cuenta, las lágrimas empapaban mis mejillas y se desparramaban como una cascada sobre el suelo metálico de aquel acceso de mantenimiento. Las palabras de mi padre me habían devuelto su dolor, el dolor insoportable de su pérdida. Sacudí la cabeza y me incorporé como pude, abrí la compuerta trasera y crucé un pequeño espacio repleto de herramientas y utensilios del *Ariamet* hasta que finalmente abrí una de las puertas con acceso al último vagón de pasajeros. Los últimos cuatro asientos estaban libres, así que resoplé aliviado y sujeté con fuerza la maleta que había tenido la fortuna de recuperar. Quedaba hora y media de viaje hasta Ranshee y parecía un muchacho al que acababan de dar una paliza en un callejón. Un fugitivo.

Tenía que estar preparado para cualquier cosa.

4

Abandoné la ciudad de Hízoren sumergido en una profunda preocupación. El interurbano ya estaba cruzando las llanuras del nordeste de la ciudad y ya se abría paso a máxima velocidad hacia Ranshee. Había escapado de aquel grupo exacerbado de IDC por los pelos. Era consciente de que a partir de ahora me tendrían en el punto de mira. Tenían a buen recaudo mis datos y con toda probabilidad, en estos momentos ya estarían organizando un dispositivo para detenerme en Ranshee y en cualquier otra ciudad por la que pasara. ¿Qué había hecho yo? ¿Resistirme? ¿Huir de un control de ciudadanos y romper una ventana? No había hecho daño a nadie y en realidad, había sido yo el único en salir un poco mal parado. Aunque tuve que reconocer que podría haber sido mucho peor. Podría haber quedado atrapado bajo el *Ariamet* al intentar cruzarlo, o podría haber recibido un balazo.

Sacudí la cabeza, oteé con detenimiento a las personas que ocupaban el vagón y, tras comprobar una vez más que mi presencia no había airado a nadie, me concentré en analizar mis posibilidades de salir de una pieza una vez más y en ver cuál sería el siguiente paso. En primer lugar, me sentía relativamente afortunado: ya estaba camino a Ranshee en vez de estar en una habitación oscura, medio muerto y con el cuerpo lleno de cardenales a causa de una brutal paliza. Por último: tendría que permanecer alerta y salir tan rápido como pudiera nada más llegar a la ciudad del norte. Pensarlo era fácil, hacerlo iba a

ser algo bien distinto.

Miré a través del amplio cristal del interurbano y me quedé asombrado debido a la grandilocuente estampa que se abría en las llanuras de *Sunhae*. En la distancia pude identificar los destellos de la ciudad de Heshale, y más arriba los de Noveret. Nunca había visitado las ciudades meridionales de las llanuras. ¿Estarían buscándome también en ellas?

«Sólo hace unos minutos que he escapado, es imposible que me estén buscando allí.»

—¿Estás bien, muchacho?

La voz proveniente del otro lado del vagón me atenazó por un momento y me sacudí como un perro apaleado. Alcé la mirada y encontré un hombre de avanzada edad vestido de forma sencilla, pero con atino.

—Sí, estoy bien… —dije simplemente.

—Agarras esa maleta como si tu vida dependiera de ella, ¿seguro que no necesitas ayuda?

—¡Ah! No, gracias —le devolví una sonrisa amigable—, simplemente…

—Buscando calma en el norte, ¿verdad? —me interrumpió—. Es normal querer alejarse de una ciudad como Hízoren. Te entiendo perfectamente.

—¿Calma? —la imagen de los IDC persiguiéndome y disparándome se iluminó en mis pupilas con intensidad y sacudí la cabeza— Simplemente busco un cambio.

—Te aseguro que un cambio es lo que se ha producido… —el hombre torció el gesto— Yo estaba muy bien asentado a las afueras de Rosen, pero desde el ataque, uno no puede ni pasear tranquilo por las calles. Todos nos hemos visto forzados a cambiar, muchacho…

—¿Le gustaba Rosen?

—Rosen era toda mi vida. Crecí rodeado por la influencia de *La Chispa*, lugar en el que tuve la fortuna de haber estudiado. Más tarde, debido a las circunstancias por los que solemos pasar todos a cierta edad, cambié de aires y me dediqué a lo que mejor sabía hacer…

—¿Qué era lo que hacía? —pregunté.

—Durante cuarenta años fui uno de los mejores metalúrgicos y refinadores de Rosen. Sobre todo, fundía y refinaba el oro y fabricaba con él las mejores piezas de la ciudad. Yo prefiero decir que soy un arquitecto del oro o, como diría mi mujer, orfebre.

—Suena muy interesante —dije dibujando una sonrisa tímida—, entonces, ¿usted no se marcha de la ciudad?

—Nunca abandonaría mi hogar, lo que ocurre es que hace unos meses le prometí a un familiar que lo visitaría cada día…

Pude sentir como su voz pasó a sonar más grave, más rota.

Percibí la pena en su rostro y por un momento hizo que me olvidara de todo lo demás.

—¿Su familiar está enfermo? —pregunté con delicadeza, pero el hombre se echó a reír.

—Es extrañó que un muchacho como tú quiera seguir conversando con un anciano como yo… —el hombre arqueó una ceja y reparó en la herida de mi cabeza y en las magulladuras de mis brazos. La verdad era que tenía un aspecto lamentable—. Veo que has tenido problemas —musitó.

—¿Esto? —dije señalando la herida de mi cabeza— No ha sido nada, créame.

El hombre me observó con atención ladeado sobre su asiento y tras chasquear la lengua sonrió de nuevo.

—Llevas mucho tiempo solo, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—Simplemente lo sé —el hombre soltó un bufido y tras unos segundos en silencio prosiguió—. Mi hermana no está enferma. Vive en Zigheit y la misma semana en que sucedió lo de *La Chispa*, asesinaron a su marido en una taberna que frecuentaba a las afueras de Hízoren. Desde entonces, como te he dicho, subo a verla cada día…

—Lo siento, señor… yo…

—Gracias, muchacho… tranquilo. No suelo hablar de esto con nadie, pero resulta reconfortante hacerlo.

—Le aseguro que esos hombres pagarán por sus crímenes, señor —respondí con firmeza. La rabia volvía a invadirme de nuevo. No conocía a aquel hombre, pero compartía su dolor y el de su hermana.

—No lo creo, muchacho. Esos hombres han desaparecido de nuestro alcance para siempre. Así son las cosas y cuanto antes lo asumamos, mejor.

—Yo… no.

El hombre me interrumpió.

—Hazme caso, muchacho —añadió con voz pausada—. Tenemos que seguir adelante. La ciudad ha cambiado y nuestro deber es adaptarnos. Cuídate.

Asentí y el hombre se volvió para concentrarse de nuevo en las llanuras. Yo hice lo mismo.

Era cierto, la ciudad había cambiado. Todo había cambiado. Yo había cambiado.

Con la mirada perdida en el destello distante de Heshale, cerré los ojos y me sumergí en mis pensamientos con la intención de encontrar un segundo de reposo. Mi padre acudió para mitigar mi desconsuelo:

«Siento que todo tuviera que terminar de aquella forma. Lo siento mucho, papá.»

Un ligero vértigo hizo que me despertara bruscamente. Abrí los

ojos y me puse en pie con la maleta fuertemente sujeta entre mis manos, aturdido y asustadizo como un niño. Había acentuado aquel acto reflejo en las últimas horas, pero más aun sabiendo que los agentes IDC de medio planeta estarían buscándome, o eso creía yo.

El interurbano comenzó a reducir la velocidad de forma paulatina, y tras unos segundos, las siluetas de los edificios ornamentados de Ranshee comenzaron a desfilar en todo su esplendor. Ya estaba llegando a la estación. Había dormido todo el viaje y lo había hecho tan profundamente que no había reparado en que ya había pasado una hora y media desde mi aparatosa salida de Hízoren. Cuando el interurbano se detuvo completamente y las compuertas se abrieron, ya estaba preparado al otro lado para salir disparado por ellas y recorrer la zona peatonal de los andenes a toda velocidad. Barrí con la mirada la estación y a priori, no encontré movimiento de agentes por ningún lugar, así que sujeté con fuerza mi maleta y tomé una de las plataformas horizontales, que me trasladó directamente hacia la salida en apenas medio minuto.

Me había convertido en un fugitivo, y esa sensación se volvió más intensa al compararme con el resto de viajeros que abandonaban la estación. Todos vestían muy bien, elegantes, con ropa preparada para el frío y con la sonrisa intacta en sus rostros. El *Ariamet* cubría tan rápido la distancia entre las dos ciudades, que uno podía pensar que se encontraban muy cerca, pero, todo lo contrario. Ranshee e Hízoren estaban separadas por casi dos mil kilómetros, y quizá por ese motivo aún no se habían activado los protocolos de defensa que estaban convirtiendo a Hízoren, en una ciudad sitiada por los IDC. No iba a negar que ese hecho me beneficiaba en parte, aunque prefería no tener que huir de nadie.

Tras observar con atención todo a mi alrededor y asegurarme de que no había agentes cerca, decidí relajarme, sonreír un poco e intentar pasar aún más desapercibido. Subí las escaleras que daban al exterior y al fin pude cruzar el umbral de gran puerta de la estación. Una vez fuera, respiré profundamente y me dejé encandilar por la esencia de aquella ciudad tan diferente. Estaba en Ranshee y era capaz de adivinarlo únicamente por su fragancia, por los olores tan característicos de la ciudad: el aroma de las pastas de chocolate caliente, la vainilla y la canela. Ya podía sentir como se mezclaba la harina con el huevo y la leche para preparar aquellas codiciadas tortas bañadas de chocolate caliente de Ranshee. Además de la amalgama de fragancias, sentí otro detalle no tan agradable: el frío era terrible. Ranshee era una ciudad donde la temperatura media del año no superaba los quince grados centígrados y en ocasiones, alcanzaba una mínima de menos diecinueve grados, de ahí que las prendas de vestir de estas dos ciudades no combinaran de ninguna de las maneras.

Hízoren no había bajado de los doce grados centígrados jamás. Era una ciudad cuya temperatura estaba muy bien regulada gracias a su posición geográfica, y también gracias a la gran masa oceánica cercana. Hízoren gozaba de un clima agradable durante todo el año, pero de momento no la echaba de menos.

Con las monedas que me quedaban tendría que elegir entre comer algo, o comprar ropa de abrigo. La decisión fue sencilla, así que por el momento tendría que pasar un poco de frío.

Embelesado por la arquitectura de la ciudad, avancé por el gran cruce de vías situado frente a la estación. Durante los primeros minutos de caminata pensé que, aunque la vía Verne estuviera situada al otro extremo de la ciudad, haría el camino a pie para así contemplar en todo su esplendor las líneas artísticas de los edificios, pero mi plan parecía diluirse por momentos y antes de que pudiera darme cuenta, ya estaba tiritando de frío. Tendría que encontrar cuanto antes la dirección que me había proporcionado el desconocido, así que decidí preguntar a la primera persona con la que me crucé, antes de que hubiera perdido la capacidad para hablar debido a la hipotermia:

—Disculpe, señorita, ¿podría decirme qué dirección debo tomar para llegar hasta vía Verne?

La mujer de aspecto juvenil iba ataviada con un abrigo de color negro hasta las rodillas, me miró de soslayo, pero en ningún momento dejó de sonreír.

—Vía Verne está muy cerca de aquí, a una hora andando en aquella dirección —la joven señaló una de las grandes vías a mi izquierda. Yo, puse cara de asombro, pero al instante recordé que Ranshee debía superar con facilidad los diez mil kilómetros cuadrados.

Di las gracias a la joven y me marché en la dirección que me había indicado. Tomé una de las grandes aceras de aquella vía y comencé a andar a paso ligero. De nuevo quedé cautivado por la arquitectura de los edificios que bordeaban la gran avenida. Todo era muy diferente a la de Hízoren, me atrevería a decir que casi opuesto. En Ranshee era muy habitual encontrar edificios acabados con piedra ornamentada, repletos de figuras y decoraciones incrustadas de metales brillantes, pues la arquitectura estaba muy influenciada por «Saverett»: un escultor muy popular que nació en Ranshee dos siglos atrás. En la acera se podía observar cómo los grandes mástiles de color dorado —que aparentemente parecían estar hechos de oro—, terminaban con unos grandes reflectores utilizados para la iluminación nocturna de la ciudad. Por contraste, los vehículos que circulaban por la vía eran mayoritariamente de color blanco, con unas líneas permanentemente iluminadas de color verde en su parte superior. Las líneas pintadas que decoraban los vehículos estaban

compuestas por tintes luminosos fabricados en esta misma ciudad. Casi todos eran vehículos autónomos que servían de transporte público individual, y resistí con temple la tentación de tomar uno. No podía desperdiciar ninguna de las monedas que me quedaban en ahorrar una hora de tiempo. Esperaba que descubrir la ciudad a pie de calle, observar su arquitectura y conocer sus gentes me ayudaría a olvidar el frío. Obviamente, estaba equivocado. En estos momentos era todo lo contrario a un turista.

Me aparté los temores de la cabeza y entré en la primera dulcería que encontré con la intención de llevarme algo caliente a la boca. Como ya había dicho, la zona centro de la ciudad desprendía un aroma a chocolate caliente, y cualquiera que visitara Ranshee sabía que debía probar fuera como fuese su *Crushee*. El postre preferido por los norteños consistía en una receta a base de harina, leche y huevos; que mezclados y cocinados de una forma concreta daban lugar a una torta deliciosa que cubrían con el chocolate más dulce que alguien podía probar jamás. El *Crushee* era un tesoro para el paladar, un mordisco caliente que sin duda lo prefería antes que a cualquier abrigo. Tomé un asiento asombrosamente cómodo, pedí un *Crushee* que tardaron muy poco en servirme sobre un plato de metal, y me concentré únicamente en disfrutar de aquel manjar norteño mientras durara.

—Raleen es un pañuelo…

Dijo un desconocido al mismo tiempo que se acercaba a mi mesa. Llevaba puesto un voluptuoso abrigo de color pardo que cubría parte de su rostro y un gorro trampero también de color pardo. Su rostro, en cambio, mostraba un gesto amigable.

—¿Disculpe, señor? —respondí mientras terminaba de masticar uno de los bocados de *Crushee*.

—Yo te conozco.

El hombre tomó con calma una de las cómodas sillas y se sentó a la mesa, a continuación, se quitó su gorro, lo apoyó sobre sus piernas y se quedó mirándome largo rato.

—¿De qué me conoce, señor? —dije finalmente.

—Lo siento… —titubeó con un timbre de voz delicado. Estaba seguro de que no había visto nunca a aquel hombre.

—¿Cómo?

—Siento lo de tu padre. Vi lo que ocurrió, vi lo que hicieron esos dos engendros…

Asentí. Supe que al Atlas habían asistido centenares de medios de comunicación de todas las ciudades de Raleen, y que éstos, emitieron en directo la presentación de Melshan. Los medios más cuidadosos cortaron la retransmisión rápidamente, pero algunos dejaron las cámaras emitiendo todo el tiempo y sus espectadores pudieron ver con

estupefacción todo cuánto ocurría. Todos pudieron ver cómo Vain disparó a mi padre, cómo me amenazó su compañero y cómo la cápsula de Melshan desapareció ante nuestros ojos. Si este hombre había logrado reconocerme, me había vuelto más popular de lo que deseaba.

—Gracias, señor. No se preocupe…

—Olvide los formalismos, puede tutearme. Me llamo Noah.

Noah extendió la mano y se la estreché.

—Gracias, Noah, mi nombre es Laklar.

—¿Laklar? No hay muchos chicos que se llamen como tú por aquí… ¿cuál es el origen de tu nombre?

Solté una pequeña carcajada y sacudí la cabeza.

—Ojalá lo supiera, Noah.

—Cansado del desorden de Hízoren, ¿cierto? Ranshee es una ciudad fabulosa, pero te recomiendo que adquieras prendas de ropa adecuadas. El estilo sureño aquí no funciona —añadió simpático.

—Lo tendré en cuenta —asentí—. La verdad es que necesitaba un cambio de aires y… —pensé de nuevo en mi tumultuosa huida de la estación—, necesitaba marcharme de Hízoren.

—Te entiendo. Bien… —se incorporó y se ajustó el abrigo—, no quisiera molestar demasiado. Toma.

Noah dejó sobre la mesa una tarjeta *UME* extremadamente delgada, y en su interior aparecía iluminado su nombre y su número de contacto.

—Yo… —balbuceé mientras él acercaba la *UME* deslizándola sobre la mesa.

—Si necesitas algo, cualquier cosa… No importa lo que sea… puedes contar conmigo, ¿de acuerdo? Digamos que me dedico a conseguir cosas, a hacer lo que otros no pueden hacer —dijo con voz queda y yo asentí.

—¿Se dedica a conseguir cosas?

—Así es, cualquier cosa…

—Puede que lo llame —dije sin pensarlo demasiado y le devolví una sonrisa amigable.

—Sin formalismos, Laklar… sin formalismos.

Noah se ajustó con cuidado su gorro trampero y abandonó la dulcería con paso meditado. Yo, me concentré de nuevo en terminar el *Crushee* sin dar demasiada importancia a las palabras de Noah. Aun así, tomé la tarjeta y la guardé en uno de los bolsillos de mi pantalón.

«Quizá nos volvamos a ver, Noah.»

5

Tras casi cincuenta minutos de caminata, al fin había alcanzado la puerta número 177 de la vía Verne. Se trataba de una casa de tamaño mediano tan bonita que parecía un teatro —todas en esa misma calle eran muy similares—. El exterior estaba revestido con un material de color blanco que pretendía imitar la madera, o al menos, eso me parecía. El vecindario era tranquilo y por sus aceras no paseaban demasiadas personas, así que, por suerte o por desgracia, nadie pudo encontrarme tiritando de frio y con los labios amoratados. El entusiasmo que sentía por haber alcanzado la dirección exacta después del tumultuoso viaje no era suficiente para mitigar el estado hipotérmico que había alcanzado. Con las ideas congeladas, realicé un último esfuerzo y subí la pequeña escalinata de piedra flanqueada por balaustradas enormes. A escasos centímetros de la entrada reparé en la decoración ornamentada que dibujaba cada rincón de aquella casa, y por si el aspecto de la fachada y la puerta fueran poco, guardando la entrada se levantaban dos grandes columnas de casi dos metros de alto, donde en su capitel se asentaban sendas aves carroñeras que miraban al visitante de forma amistosa. Estaban talladas de forma magistral, y resplandecían como si estuvieran hechas de Rodio. Pulsé el interruptor de llamada y esperé pacientemente, resistiendo a la intemperie unos segundos más. Tras un tiempo que se me hizo eterno, al otro lado de la puerta comenzaron a resonar una suerte de ruidos metálicos, y la voz de un hombre que parecía estar hablando con otra

persona, o, en su defecto, que mantenía una discusión consigo mismo. Tras un último golpetazo la puerta se abrió completamente:

—¡Por el cuerpo calcinado de *Luvin*! ¡Laklar!

La alegría que invadió mi cuerpo al verlo y al escucharlo fue tan indescriptible, que no pude evitar el impulso de darle un enorme abrazo. Él hizo lo mismo y casi consiguió destrozarme la espalda.

—¡Melshan! Tenía una corazonada… Es una alegría enorme saber que fuiste tú el que me dio esta dirección —dije con un hilo de voz.

—¡Pero, Laklar! ¡Estás helado de frío! Entra, tengo la chimenea encendida, colócate delante ahora mismo, ¡vamos!

Entré tras él y lo seguí hasta la chimenea.

—¿Chimenea? No puedo creerlo… es cierto que aquí tenéis chimenea en casa —tenía tanto frío que ya no sentía mis extremidades —. Por cierto, Melshan, ¿quién es *Luvin*? —añadí mientras acercaba mis manos al fuego, que comenzó a abrazarme y a devolverme poco a poco el color de piel.

—¿Cómo? —respondió Melshan.

—Sí, has dicho «por el cuerpo calcinado de *Luvin*», me ha hecho gracia la expresión.

—¡Ah! Claro, es el gobernador de Ranshee, un auténtico gilipollas —dijo Melshan y solté una risotada—. No me hagas mucho caso, hijo. De vez en cuando suelo decir cosas sin sentido o suelo hablar con personas que imagino, pero no me lo tengas en cuenta.

—No te preocupes… —«¿Con personas que imaginas?»—. Tu casa es muy bonita, Melshan.

Tras fijarme detenidamente, observé que el suelo estaba conformado por un entramado de líneas y dibujos veteados; un tapiz construido por completo con láminas de madera. Con los ojos como platos advertí que prácticamente todos los rincones de su casa estaban salpicados con objetos de madera: figuras esbeltas que sujetaban con elegancia un par de paraguas, tallas que sostenían grandes jarrones de cristal, un perchero muy elegante y un recibidor muy ornamentado.

—Gracias, Laklar. Puedes llamarme Mel.

—Tú puedes llamarme Lak —respondí mientras comenzaba a abrir y cerrar las manos. El dolor que sentía en los huesos se había esfumado, había logrado recuperar el calor corporal y ya me sentía mucho mejor. Me aparté de la chimenea y ocupé una de las sillas de madera tapizada con terciopelo de color verde—. Mel, es todo tan, no sé cómo llamarlo, ¿histórico?

—No lo llames histórico, Lak, dicho así suena a viejo, mejor llámalo clásico, que es como lo llamamos aquí en Ranshee. Toma, bébete esto —Melshan me ofreció una taza caliente que desprendía un formidable aroma balsámico—. Te ayudará a recuperarte rápido. Verás —añadió al mismo tiempo que se acomodaba en una de las

sillas de enfrente—, la ciudad de Ranshee fue de las primeras en beneficiarse de las explotaciones forestales del bosque de *Venrhae*. Cientos de árboles de cientos de metros de altura fueron talados, suficientes para comenzar una producción enorme de elementos hechos con madera: desde papel hasta elementos para la construcción, pero de eso hace ya más de doscientos años. Las talas fueron prohibidas y se promulgó una ordenanza de orden global, donde ninguna empresa privada ni ente público podría retomar la tala de masa forestal de *Venrhae*. La explotación sólo duró dos años y Ranshee fue privilegiada en ese sentido, porque la madera para la construcción se produjo por completo aquí en esta ciudad. En cuanto al resto de subproductos como el papel, fueron otras ciudades las afortunadas. Pocas veces he tenido una hoja de papel en mis manos. Nunca dieron explicaciones convincentes, y nadie que yo conozca sabe el verdadero motivo por el cual dejaron la deforestación.

—Puede que encontraran algo que era mejor no tocar… en Argon he oído un centenar de historias relacionadas con esos bosques.

—¿Historias? ¿Historias como cuáles? —dijo Melshan mientras se recostaba sobre su asiento.

—Bueno, algunas historias cuentan que nadie accede a los bosques porque en realidad el aire es tóxico debido a vertidos de la industria primaria de hace cientos de años. Otras cuentan que en el bosque viven… —titubeé— Uhm… otras cosas.

—¿Otras cosas? —Melshan me miró de hito en hito—. Supongo que hablas de obras de ficción.

—Bueno, esas historias hablan de bestias. Yo siempre he creído que, en realidad, esas historias hablan de personas exiliadas de las ciudades…

—Lak, piensas demasiado en historias. Mantén tus pies en el suelo y no te pierdas en pensamientos absurdos, te lo aseguro, no es bueno. Yo lo he hecho toda mi vida y mírame ahora. Dejemos las historias, ¿cómo te encuentras, hijo?, ya han pasado algo más de dos meses desde que aquel mal nacido nos quitó a Rys.

Melshan volvió su cabeza hacia una de las ventanas del salón y se quedó mirando el exterior con ademán meditabundo.

—Estaba —titubeé un poco—, perdido en mis pensamientos. Gracias a tu mensaje pude salir de ellos.

—Me alegra oír eso —dijo sin apartar la mirada de la ventana.

—En realidad, necesito tu ayuda —tras unos segundos, Melshan volvió a dirigirme la mirada—. Quiero atrapar a Vain.

Melshan resopló.

—Parece que no lo entiendes… —dijo con voz susurrante—. Vain se llevó consigo mi cápsula. Sin ella es totalmente imposible seguirlo. Es una quimera lo qué persigues —sacudió la cabeza y percibí como

sus hombros se hundían todavía más—. Se llevó todo mi trabajo, se llevó todo mi tiempo —siguió hablando hasta que su voz se convirtió en un susurro imperceptible.

—Pero… ¡tú puedes construir otra! Eres el único que puede y yo puedo ayudarte… Se me dan bien estas cosas.

Melshan me interrumpió con un ademán brusco mientras negaba con la cabeza.

—¿Sabes la cantidad ingente de tiempo y dinero que costó la cápsula? Estamos hablando de décadas y de millones de francos. No habría sido posible sin la financiación de los gobernadores de esta ciudad… y todo ese apoyo desapareció después del incidente. Abandonaron mi proyecto… Lo lanzaron por el retrete —de nuevo volvió a mirar a través de la ventana—. Piensan que fui yo el responsable de lo ocurrido, que la cápsula provocó todo y que es un peligro para nuestras ciudades. No lo entienden, ¡putos engreídos chupa nalgas! —añadió encolerizado—. Es imposible, hijo. No hay nada que hacer.

—¿Conservas los planos de montaje? Debe haber otras formas de conseguir el dinero para pagar los materiales.

Insistí y por un momento hice salir a Melshan de su ensimismamiento.

—Conservo todo, además, cuando construimos la primera cápsula, fabricamos una gran cantidad de placas de procesamiento de repuesto. Ya están escritas con la programación para hacerlas funcionales, así que, por esa parte, no supondrá ningún problema y supongo que nos ahorraríamos muchísimo tiempo. Lo complicado será conseguir de nuevo una fuente de energía. Los cilindros de fusión nuclear son carísimos —sacudió la cabeza de nuevo—. Lak, aunque consiguiéramos el dinero, necesitamos Rodio, un material que en la actualidad ha pasado a ser inalcanzable. Hace dos meses lo regalaban hasta los mercaderes más sencillos, pero ahora, las centrales de defensa y seguridad se han apoderado de todas las explotaciones de Rodio y no hay forma de obtenerlo sin...

Me quedé mirando a Melshan con convicción. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa y dada la situación, si él tenía en su cabeza todas las claves para reconstruir la cápsula, yo podría hacer una excepción en mi código ético-cívico.

—Lo robaré para ti —dije y Melshan enmudeció.

—¿Cómo? ¿Estarías dispuesto a hacer algo así? —preguntó mirándome fijamente al mismo tiempo que se envaraba sobre su silla.

—Sí —dije con firmeza y al instante su rostro cambió. Asomó una sonrisa y repentinamente golpeó con fuerza los brazos de su silla y se levantó de un brinco.

—¡Perfecto! Pues manos a la obra.

Mi cara era todo un poema. No conocía a Melshan en absoluto, pero aquel hombre podía pasar de la circunstancia a la euforia en milisegundos.

—¿Por dónde comenzamos?

Vi que Melshan se dirigió hacia la entrada, inesperadamente abrió la puerta y una corriente de viento frío sopló hacia el interior de la casa. Iba ataviado con un batín de color rojo oscuro y éste ondeó con el viento de forma ridícula. Tenía serias dudas de que llevara puesto algo debajo. Rápidamente me incorporé y fui tras él. Estupefacto, vi que se había encaramado a una de las columnas y sin palabras me situé debajo.

—¡Por Aemander! ¿Melshan? ¡Podrías caer al suelo de espaldas y partirte la columna en dos!

—¡Échate a un lado, hijo!

Melshan hizo fuerza para empujar una de las grandes aves rapaces que colmaban la gran columna y a los pocos segundos, la enorme pieza tallada se precipitó hacia el suelo, produciendo un gran estruendo metálico. Acto seguido bajó y volvió a encaramarse a la segunda columna.

—¡Melshan! No es necesario que subas a esta, puedo hacerlo yo…

—No te preocupes —me interrumpió inmediatamente—, además a mi edad es bueno hacer ejercicio.

—Si a esto lo llamas ejercicio… —dije con ironía, y a continuación, le ofrecí apoyo, se impulsó y se adhirió a la columna como un reptil. Alcé la mirada para asegurarme de que no perdía pie y entonces lo vi—. ¡Por la ciudad de Ranshee en llamas! ¡Melshan! ¡Vas desnudo!

—No temas, hijo, sé que el cuerpo de un señor mayor no es agradable de ver, pero ve acostumbrándote, voy desnudo siempre que tengo ocasión, ¡deberías probarlo! —Melshan soltó una carcajada y comenzó a tirar de la escultura resplandeciente—, estos niños pudorosos… —dijo para sí—. ¡Aparta de ahí abajo!

Empujó la segunda escultura y ésta cayó junto a la primera. A continuación, realizando un salto impecable, Melshan bajó como un gato experimentado.

—¿Lo ves? —dijo con una voz cantarina— Estas dos esculturas hechas de Rodio deben sumar unos ciento diez kilos. Esto supone un ahorro importante y también, que tendrás que robar una cantidad menor —volvió a soltar una gran risotada y comenzó a mover los bultos hacia el interior de la casa—. Ayúdame con esto, hijo… Aún necesitamos conseguir al menos trescientos kilos más. Más adelante veremos cómo.

—En la presentación vi que la cápsula estaba cubierta por una capa de metal muy brillante, supuse que era Rodio, pero creí que se

trataba de una cantidad menor… ¿cuatrocientos kilos?

—Así es, el Rodio ejerce una función fundamental. Cuando llegue el momento te lo explicaré. Ahora volvamos de nuevo al salón, Lak —dijo tras introducir la última escultura en el interior de la casa. Lo seguí y Melshan tomó asiento visiblemente cansado, necesitaba recuperar el aliento debido al sobreesfuerzo—. Tu padre me habló de una particularidad tuya que me llamó mucho la atención —añadió cuando se hubo recuperado de la fatiga—. Dijo que eres capaz de construir algo o mapear un objeto para su construcción con sólo ver cómo funciona, ¿es eso cierto?

—Bueno… —titubeé—. Diría que sí, soy capaz de hacer algo así.

—¿Puedes hacerlo o no? Laklar, necesito sinceridad. Vamos a hacer cosas muy diferentes a las que estamos acostumbrados y necesito saber que eres capaz de hacer eso —añadió empleando un tono de voz severo.

—Sí, soy capaz de hacerlo —respondí con seriedad.

—Está bien —miró por la ventana pensativo y tras un instante no muy breve se volvió para mirarme—. Sé que hay un par de empresas en esta ciudad que pagarían mucho dinero por un prototipo. Podríamos comenzar por ahí: mientras yo transformo el sótano en un espacio de trabajo decente, te voy a encargar un trabajito que quizá nos proporcione unos cinco o seis mil francos, como mínimo.

—Eso suena bien —dije finalmente—. ¿Qué tengo que hacer?

—Las industrias «Gamal» inventaron hace unos días un dispositivo capaz de transformar las moléculas de dióxido de carbono en oxígeno. Es un invento que vale trillones, ya que todas las grandes industrias derivadas de la producción o explotación, terminarán instalando uno o varios de estos dispositivos para regular el aire de sus instalaciones. Tu deber, Laklar, será visitar esa planta de producción de «Gamal» y averiguar cómo funciona su invento… Tenemos que saber cómo rompe el carbono ligado a los átomos de oxígeno y a continuación, replicarlo aquí. La idea es que formalices un plano de construcción de dicho invento y que tratemos de hacer nuestro prototipo para más tarde, venderlo al mejor postor. Sencillo, ¿verdad? —dijo Melshan tras su breve exposición.

—Parece sencillo, pero, ¿cómo voy a entrar en la fábrica de «Gamal»?

—¡Ah! Esa es la parte divertida —dijo mientras volvía a levantarse de su asiento totalmente eufórico. Por un momento parecía estar disfrutando con esto—. Entrarás esta noche. Es necesario que consigamos la materia prima cuanto antes.

—¡¿Esta noche?!

—Sí… ¿ocurre algo? ¿Tienes otros planes? —respondió Melshan.

—Bueno, está bien, sólo que esperaba no tener que meterme en el

papel de ladrón tan pronto…

—Cuanto antes, mejor —lo miré de hito en hito y asentí—. Esto nos traerá bastante capital, así que podremos comprar pronto el resto de las piezas. Vamos, ven conmigo al sótano.

Me incorporé y lo seguí por el salón, atravesamos un pasillo no muy largo y bajamos por unas escaleras estrechas situadas a la derecha del mismo. Descendimos por ellas y en apenas unos segundos ya estábamos en el sótano de cemento, tan grande como lo era su casa al completo. Contaba con iluminación artificial blanca, y en realidad, parecía una especie de laboratorio que hacía las veces de sala de entretenimiento. Todo un lujo para un hombre de cualquier edad.

—Vaya, esto está muy bien.

El sótano era realmente grande, mucho más grande que la planta superior. Había una serie de dispositivos encendidos y funcionando encima de un escritorio de metal alargado. Era el sitio perfecto para construir la cápsula con total privacidad.

—Ven aquí, siéntate —Melshan me acercó un taburete de metal y tomé asiento enfrente de una de aquellas pantallas prendidas—. Vamos a acceder a un punto de la red restringida, ¿lo has hecho alguna vez?

—¿Dices que si alguna vez me he colado en una red en la que está prohibido entrar? No, nunca —sonreí y él se frotó las manos.

—Presta atención…

Melshan comenzó a introducir una serie de protocolos de comunicación de los que no tenía conocimiento y a los pocos segundos, la ventana de información cambió de color: ahora presentaba el fondo negro y letras de color azul. Había accedido a un directorio con una gran cantidad de información. A primera vista todo parecía muy desordenado, pero a medida que concretaba la búsqueda, los listados se volvieron más comprensibles. Tras unos segundos navegando por aquella red encubierta apareció en la pantalla un listado de empresas. Continuó introduciendo comandos y cuando me quise dar cuenta había abierto un mapa completo de las instalaciones de «Gamal».

—¡Pero! ¿Cómo es eso posible? —dije totalmente sorprendido—. No sabía que existía ese tipo de información escondida en la red.

—Esto es información almacenada dentro de una red de trabajo encubierta a la que llamamos «ASA». Los datos son suministrados por los propios trabajadores de estas empresas. Desde dentro, publican estas informaciones a cambio de una remuneración económica, por supuesto. Cada aportación implica un ingreso automático de cien francos en sus cuentas digitales… por cortesía de uno de los ingenieros más importantes de la red «ASA». Aquí tienes los planos, Lak, ¿ves esta zona delimitada en la parte superior de las instalaciones? —dijo

mientras señalaba visiblemente emocionado el área resaltada sobre la pantalla. Asentí mientras no le quitaba ojo. Ninguna clase del Atlas había conseguido suscitar tanto mi interés como lo estaba haciendo Melshan en estos momentos—. Ahí es donde está ubicado el departamento de investigación y desarrollo. Lo más probable es que ahí se encuentre su nuevo invento; ese con el que ganarán millones. La azotea será la forma más rápida de acceder a esa sala. Sencillo, ¿verdad?

—Yo, no lo sé…

—Creo que te desenvolverás bien —añadió simpático—. Tendrás que tener en cuenta que habrá vigilancia nocturna, por supuesto. Esta empresa suele contratar cada noche a cinco hombres, pero no van armados.

—¿Vigilancia nocturna? Así que quieres que me infiltre en una fábrica, en mitad de la noche y mientras cinco vigilantes deambulan por ella de forma impredecible. Muy bien, ¿cómo pretendes que los evite?

—Tendrás que ser sigiloso. Y ya que tienes que adquirir vestuario adecuado para Ranshee, aprovecha para comprarte algo de ropa oscura. Sí, definitivamente eso te servirá para permanecer a cubierto —asentí—. En cuanto a la posición de los vigilantes, tengo algo que nos puede ayudar, pero no te preocupes por eso ahora… —dijo y volvió a centrarse en los planos.

—¿Sabes qué aspecto tiene el artilugio que pretendemos copiar? ¿Tamaño? ¿Material? Si tuviéramos una instantánea tomada por la prensa sería fenomenal.

—No tenemos nada de eso. El invento es muy reciente y como es comprensible, los de «Gamal» son recelosos de mostrar a cualquiera el aspecto de la máquina que los va a convertir en millonarios. Pero no importa, como te he dicho, lo más probable es que el objeto en cuestión se encuentre en el departamento de investigación de la segunda planta.

—Bueno, al menos no es un edificio enorme. ¿Qué hacemos si uno de esos vigilantes me encuentra? Necesito una ruta de escape.

Ahora ya no dejaba de pensar en una posible huida repentina. Necesitaba estar preparado. Comenzaba a pensar como un auténtico fugitivo y con todo, olvidé mencionarle a Melshan lo que me había sucedido en Hízoren.

—Los vigilantes estarán barriendo la zona exterior. Tendrás que utilizar las escaleras de la fachada para llegar hasta la azotea, y una vez arriba podrás actuar con libertad. En cuanto a las puertas… yo me encargo, tampoco tienes que preocuparte por eso ahora.

—Vaya, Melshan, cualquiera podría pensar que has hecho esto muchas veces… —dije sonriente.

—Quizá algún día tengamos tiempo de conversar largo y tendido sobre las cosas que he tenido la oportunidad de hacer, hijo.

—Me encantará.

Seguimos analizando los detalles del plan durante un par de horas más y tuve tiempo suficiente para memorizar cada una de las habitaciones de las instalaciones «Gamal».

Por primera vez, estaba dispuesto a actuar en contra del código ético-cívico que heredé de mis padres y que posteriormente moldeó el Atlas. Todo había cambiado en dos meses y, con mayor rotundidad, yo también lo había hecho.

6

Aproveché lo que quedaba de tarde para comprar ropa. Naturalmente, la que llevaba puesta no me servía de nada y gracias a ella, había estado cerca de sufrir una hipotermia. Las prendas que guardaban mi maleta tampoco me servían de mucho, pues la moda estival de Hízoren de nada servía en Ranshee. Por suerte, Melshan había transferido una buena cantidad de dinero a mi certificado digital, así que podría comprar sin temer por mi economía. Mientras avanzaba calle abajo dispuesto a tomar la avenida, pensé en lo que precisamente iba a hacer esta misma noche a cambio de dinero: Cuando alguien como yo —que había vivido despreocupado por la cantidad de francos que tuviera que gastar—, pasaba a tal situación de precariedad de un día para otro, cualquier gasto se convertía en un auténtico dilema. Era duro asimilar que una persona sin dinero, en realidad, no tenía el control de su vida. Entonces, como si se tratara de una revelación comprendí a todas las personas de a mi alrededor, que sufrieron en algún momento el mal de la economía. Tuve que reconocerlo; yo sólo era un malcriado que siempre había vivido bajo el paraguas protector de su padre. Sacudí la cabeza y me autoconvencí de que el plan de esta noche era necesario. Lo haría por un motivo de peso.

Por ahora, caminar por Ranshee sabiendo que únicamente tendría que ir de compras estaba siendo tranquilizador. Aproveché para prestar atención a la ciudad y me embriagué de su encanto. Ranshee

tenía calles repletas de árboles, y al instante pensé en las palabras de Melshan al respecto: en ese sentido esta ciudad había tenido mucha suerte. En Hízoren estábamos acostumbrados a los espacios cubiertos de césped, plantas, flores y arbustos, pero un árbol era algo mucho más majestuoso, y por ese motivo hacían de Ranshee una ciudad única. Decidí entremezclarme con los ciudadanos y despejar la mente mientras cotilleaba los expositores. Cerca del centro de la ciudad encontré tiendas de ropa muy elegante, joyerías y, por supuesto, dulcerías en cada esquina. Ranshee también se caracterizaba por ofrecer los productos más exclusivos de Raleen, pero naturalmente, a los precios más caros.

Anduve paciente, pero aquel lugar, a pesar de su enorme opulencia, no era como Argon. Una parte de mí añoró el aroma de la comida y el incienso que desprendían aquellas calles adoquinadas, el jolgorio que retumbaba por las tabernas y la simpatía rebosante de sus gentes. No tardaría demasiado en volver.

Accedí a una gran área de comercio a través de una enorme puerta hecha de piedra ornamentada. Aquella entrada era una de las obras más pintorescas que había visto jamás; en ella había un centenar de rostros tallados, y todos parecían mirar hacia el centro de la enorme vía que cruzaba la ciudad. Avanzaba mirando en todas direcciones visiblemente pasmado y reparé en que algunas de las personas que cruzaban la entrada, me observaban como si fuera un niño de las llanuras que visitara la ciudad por primera vez. En parte tenían razón: visitaba la ciudad por primera vez, pero venía de Hízoren, una de las ciudades más cosmopolita de Raleen. Lo cierto era que allí no había ni rastro de arquitectura clásica, es decir, que no existía un edificio que no hubiera sido levantado por los autómatas que lo construían todo. El centro de Ranshee estaba edificado piedra a piedra y ladrillo a ladrillo por personas especializadas en la construcción, y cada edificio era una auténtica obra de arte. Tras un tiempo buscando, entré en un par de tiendas de ropa y encontré un lote de prendas que me quedaban como un guante: pantalones, camisetas, ropa de abrigo de tela aislante y un gabán estupendo, tan elegante que cuando me lo probé, casi no pude reconocer mi reflejo. Compré, además, ropa interior acorde con la temperatura de la ciudad y un par de botas la mar de cómodas. Me lo probé todo y me llevé puesta parte de la compra. Toda la ropa que había adquirido era de color negro, así que tendría que servirme para pasar desapercibido cuando cayera la noche. Sería una sombra, pues mis cabellos también eran negros como el carbón.

—¡*Hoi*! Disculpe, ¿tiene un segundo?

La voz dulce de una chica hizo que me volviera repentinamente.

—Hola, fructífero día —dije simplemente, y al detenerme dejé en

el suelo el par de bolsas con la ropa.

—Ah… es extranjero… —respondió la chica desanimada.

—¿Cómo? —titubeé—. ¿Cómo es posible que…?

—No importa, quizá pueda ayudarme igualmente —me interrumpió—. Venga aquí…

Me acerqué al dispensador de *Hoverboards* y observé que la muchacha estaba intentando encajar el suyo dentro de los sistemas de retención, pero éste, parecía no responder.

—¿Qué necesita?

—¡No funciona! Llevo media hora intentando devolver este maldito patín y ya están aplicando un recargo en mi certificado.

—¿El dispensador no acepta el *Hoverboard*?

Me encogí de hombros.

—¡No! No funcionaba bien y ahora esta jodida máquina no quiere aceptarlo.

La chica estaba muy nerviosa. Aparté las bolsas a un lado y me acerqué a una de las pantallas del sistema de dispensado de *Hoverboards*.

—No se preocupe, veamos… —un mensaje parpadeante sobre un fondo ámbar rezaba: «El deslizador R01292 presenta un malfuncionamiento en el sistema de elevación. Entregue el deslizador en un punto de soporte.»—. Me temo que es cierto, ese *Hoverboard* tiene algún tipo de defecto, ¿recuerda cuándo falló y qué hizo?

—Hace media hora, como ya le he dicho, extranjero… Iba perfectamente por una de las aceras e inesperadamente la parte trasera se apagó, golpeó el suelo y yo salí disparada hacia adelante, y aquí sigo de una pieza por los pelos…

—¿Me deja verlo? —dije a la chica con toda la amabilidad de que fui capaz, ya que era la segunda vez que me llamaba extranjero y al parecer, eso la horrorizaba.

La chica me ofreció el *Hoverboard,* estiré un brazo para asirlo y lo examiné con minuciosidad. A los pocos segundos ya había comenzado a despertar esa parte de mi mente que me ayudaba en estas ocasiones y que, había permanecido adormilada desde mi huida. La parte inferior de un deslizador era muy simple en realidad: constaba de unas protuberancias que servían de protección si el sistema de elevación fallaba —y que habían funcionado correctamente en esta ocasión—, y dos rectángulos de color gris oscuro; uno situado a cada lado, que no eran más que las tapas de protección que cubrían el mecanismo y las células de energía. Eran relativamente sencillas de extraer, así que apoyé el *Hoverboard* en el suelo y retiré las dos tapas para descubrir los dos compartimentos.

—¿Qué hace? ¡Va a romperlo! —dijo la muchacha, que no dejaba de realizar aspavientos de un lado a otro.

—¿No se supone que ya está roto? ¿Cómo iba a romperlo? —dije manteniendo el tono cordial y la chica respondió con un ademán que preferí ignorar.

Tras mirar de nuevo cada una de las células de energía, una solución acudió a mi mente, como si se tratara de una respuesta matemática a una operación sencilla. Cuando esto ocurría era como descubrir que, para no mojarse bajo la lluvia uno debía usar paraguas, en fin, una obviedad.

—Señorita —dije con la intención de importunarla—, el deslizador funciona perfectamente, sólo que lo ha usado de forma inadecuada.

—¿Qué lo he usado mal? ¡Cómo se atreve!

—Sí —asentí—, dos de las células de energía de la parte trasera están ligeramente separadas de su posición original, y como no hay contacto, el elevador no se activa.

—¡Eso sólo significa que ese «como se llame» no estaba bien instalado!

—No —sacudí la cabeza mientras sonreía de forma amigable, pero al parecer a la muchacha le resultó un poco irritante—. Si como bien dice, el *Hoverboard* funcionaba correctamente y de repente la parte trasera dejó de funcionar, estas células deberían seguir en su sitio y presentarían quemaduras, u otro tipo de defecto.

—Está bien… como quiera, ¿funciona ya o no?

—¿No quiere oír lo que he averiguado? —la chica se cruzó de brazos y frunció el entrecejo levemente.

—¿Tan listo se cree?

—Lo que ocurrió es que usted, adrede, dio un pisotón a la parte trasera del *Hoverboard* y éste, aún funcionando, golpeo contra el suelo provocando que las células de energía se desplazaran e interrumpieran el contacto con el circuito. Eso es lo único que explica que tras el golpe dejara de funcionar, y no antes del golpe. ¿Lo ve? —mostré una sonrisa amplia y ella también sonrió.

—Me ha sorprendido, de verdad —admitió. A continuación, coloqué las células de energía en su posición, tapé los compartimentos y le devolví el *Hoverboard*.

—Pruebe ahora —dije y ella lo asió, lo situó en el sistema de retención y finalmente éste se cerró, indicando con un sonoro pitido que el *Hoverboard* había sido devuelto correctamente.

—¡Bien! —dijo dando una palmadita—. ¡Muchas gracias, listillo!

Me encogí de hombros y sonreí.

—De nada.

—¡Pero no soy ninguna mentirosa! —añadió sonriendo y se marchó calle abajo como si nada.

—Está bien… que tenga un día fructífero —dije con voz queda,

pero la muchacha pudo oírme.

—¡No use esa expresión aquí, extranjero! —gritó de forma chistosa y desapareció entre el gentío. Yo me encogí de hombros una vez más y cargué de nuevo con las bolsas.

A mi regreso a casa de Melshan, ya me sentía como un ciudadano más de Ranshee: vestía ropajes voluptuosos y avanzaba por las aceras de forma acelerada. Cada ciudad tenía su ritmo, y el de ésta, era como el de un torbellino. Todos se movían arrastrados por las prisas, pero al mismo tiempo sus rostros seguían reflejando cordialidad y simpatía. Con el tiempo uno se acostumbraba a todo.

Entré por la puerta dando un golpetazo sonoro y fui directamente hacia el sótano. Para mi sorpresa, Melshan ya estaba organizando la disposición de las mesas, de tal forma que los materiales que había situado encima de ellas fueran los estrictamente necesarios en cada fase de montaje. Cada una de ellas serviría para controlar y desarrollar una de las partes de la capsula. En la primera, había apiladas cuatro placas con unidades programadas, todas ellas preparadas para ser soldadas a las controladoras y los sensores. Había otras tres mesas más en el centro del sótano, y en la contigua, Melshan había desplegado un dispositivo de ingeniería electrónica que proyectaba en su parte superior un plano tridimensional en el que se detallaban los nombres de componentes y conexiones necesarias para interconectar las placas a controladoras y sensores. La proyección era de una calidad excelente y con toda seguridad, la habría desarrollado alguno de los miembros de su equipo. Recordé que en el Atlas teníamos mesas individuales con dispositivos de este tipo. Era divertido programar en el lenguaje de enlaces electrónicos y más tarde comprobar los resultados obtenidos, convirtiendo aquella tarea prácticamente en un juego. En la última de las mesas centrales estaba Melshan, trabajando con un soldador, estaño e intercambiadores de cables.

—Veo que te adaptas rápido al estilo de Ranshee, ¡te veo muy elegante! —dijo Melshan nada más verme aparecer por las escaleras.

—¿Cómo te va, Mel? ¿Puedo ayudarte en algo?

—Aquí me tienes, parezco un novato que trabaja de forma incansable para ganarse la confianza del jefe de proyecto… Como ves, hay un sinfín de tareas mecánicas aún por hacer. Necesitamos conectar los puentes a los intercambiadores y no hay otra forma de hacerlo que uno a uno, con un soldador tradicional y paciencia. Sin herramientas de laboratorio no podemos hacer otra cosa. Tardaremos un poco más, pero el resultado final será bueno, ¿cómo lo llamáis allí en Hízoren? ¡Ah sí! Será *Crafté*.

Melshan estaba de muy buen humor. Su rostro era un fiel reflejo de sus pensamientos.

—Utilizamos esa palabra para referirnos a artesanías o piezas

decorativas hechas a mano —dije—. No creo que sirva para tu invento. Estamos jugando con energías, ¿será segura una soldadura tradicional? —añadí algo preocupado—. ¿Y si esperamos a soldar todas las conexiones con un dispositivo más sofisticado? Podríamos hacer todo este trabajo mecánico al momento.

—Imposible, hijo. Nos retrasaría muchísimo… No te preocupes, lo he probado casi todo en esta vida, y esto funcionará. ¿Conoces el «*Razza-Matazz*»? —negué con la cabeza—. Una lástima, es de las pocas bebidas que no he probado. Dicen que provoca alucinaciones durante unos quince minutos… Por lo visto, son terribles. Los que la prueban lo hacen en un lugar habilitado. Creo recordar que la bebida tiene una frase asociada que dice así: «El *Razza-Matazz* de las lanzas, es el sabor que desconcierta al viajero desprevenido». ¡Un día saldremos a probarla!

Reí a carcajadas ante las ideas de Melshan y asentí.

—He estado pensando en lo de esta noche. No tengo mucha experiencia realizando este tipo de escapaditas nocturnas y, no sé qué puede ocurrir, ¿tenemos pensado algo si no puedo escapar y logran atraparme los vigilantes o los IDC?

La verdad era que estaba un poco preocupado, y más teniendo en cuenta que quizá los IDC desplegados en Ranshee, si es que los había, podrían estar buscándome. No es que dudara de mis capacidades, pero siempre me gustaba ir un paso por delante y preparado para cualquier cosa. Además, Melshan seguía sin saber que estaba en búsqueda y captura en Hízoren y quizá, dentro de poco tiempo también lo estaría en Ranshee.

—Esta noche voy a ser tus oídos y tus ojos, hijo. Usaremos este equipo de aquí —Melshan se dirigió a una de las mesas pegada a la pared del fondo, donde había un equipo encendido y dispositivos de comunicaciones activados—. Tendrás que llevar este pequeño auricular con el que podremos hablar. Ya he capturado tu huella digital, así que sabré dónde estás en cada momento.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—¿Cómo? Espera… —titubeé y acumulé tantas palabras que quise decir, que terminé soltando un resoplido— ¿Me estás diciendo que nuestra huella digital también transmite nuestra ubicación? ¿La acreditación digital que llevamos siempre encima emplea un sistema de geolocalización? —me llevé las manos a la cabeza y pensé de nuevo en las palabras de Shent—. Y tanto que vivimos controlados… —Melshan me miró y comenzó a reír a su manera. Indudablemente los IDC sabían dónde estaba ahora mismo.

—Pues claro, hijo, ¿no lo sabías? La teoría dice que la funcionalidad de la geolocalización sólo se habilita cuando estás en búsqueda, y que el resto del tiempo permanece desactivada para

cumplir con las normas de privacidad. Esto queda muy bien decirlo, pero, ¿tú te lo crees? —Melshan volvió a soltar una gran risotada— Yo diría que no, pero no te preocupes, hijo, hoy serás un enigma para cualquiera que quiera localizarte. Me he encargado de manipular la señal que emite tu acreditación, así que hasta que la vuelva a programar, serás un fantasma merodeador. Simplemente tu acreditación no funcionará… como siempre… —titubeó.

Melshan volvió a sorprenderme.

—¿Me estás diciendo que has borrado mi acreditación? —pregunte sorprendido y aliviado.

—Sólo temporalmente, hijo, pero no sólo la he eliminado, la he manipulado. Esta noche serás «Yuri», hijo del gobernador de Ranshee. Oficialmente, se podría decir que tienes inmunidad, así que, si un agente te atrapa, como mucho debería devolverte a tu residencia, que está situada en el centro de la ciudad. He pensado también que, deberías decir que sufres episodios de somnolencia, ¡ya sabes, para ayudar a tu historia! ¿No te gustan las historias?

Melshan río a carcajadas. Parecía que había encontrado un buen entretenimiento utilizándome como cobaya.

—Melshan, he de decir que tu plan es una auténtica locura. Lo mejor será que no cometa ningún error. Soy demasiado joven para ser encarcelado —dije finalmente.

—Te preocupas demasiado, hijo. Lo de esta noche es un juego de niños. Sólo entrarás en las instalaciones de una compañía, tomarás unas instantáneas y todo lo que necesites para más tarde replicar ese invento. Nada extraño ocurrirá, y… ¡Caramba! No me has dejado contarte lo mejor —Melshan parecía más eufórico por momentos. Estaba disfrutando como un niño con un juguete nuevo—. Verás, además de haber cambiado tu acreditación, te he concedido permisos para abrir todas las puertas de la compañía. He modificado las señales de transmisión de cámaras para que los paquetes de datos que transfieren lo hagan en bucle, permitiendo una imagen casi fija en todas las señales y, por último, he deshabilitado el sensor de temperatura que activaría la única alarma que esa empresa ha colocado en sus instalaciones. Si he de ser sincero contigo, el encargado de seguridad de «Gamal» ha hecho una chapuza.

—Melshan, me has sorprendido gratamente, tengo mucho que aprender de ti —la sensación extraña de miedo tenue me abandonó. Sí parecía un juego de niños, al fin y al cabo.

—No te molestes, hijo, estas cosas las aprendes en una tarde. Lo mío es la física, y esto es como rellenar crucigramas. ¡Sigamos!

Volvimos a repasar todas las rutas hacia la sala donde «Gamal» guardaba el objeto en cuestión durante una hora y más tarde, regresamos a la primera planta de la casa. Tuvimos un momento para

descansar las piernas y llenar nuestros estómagos. En Ranshee estaba muy en auge una clase de comida envasada que incluía un sistema que permitía calentarla donde fuera y con un simple gesto. Estaba riquísima. Quizá fuera porque no había tomado nada decente en mucho tiempo, pero no le iba a quitar mérito. En ese momento de distensión dirigí todos mis pensamientos a Hízoren, a mis amigos y a Lianne. Sólo llevaba diez horas alejado de todo lo que me quedaba en Raleen y ya comenzaba a sentirme extraño.

Tras un rato descansando en el gran sofá que presidía el salón de Melshan, una sensación muy familiar comenzó a apoderarse de mí. Se trataba de la misma amalgama de impulsos sensitivos que me había perseguido desde que tenía uso de razón y de los que huía escapándome a los jardines del Atlas-Rosen. El vértigo comenzaba a descontrolar mi percepción y la información primordial de todo lo que me rodeaba comenzaba a fluir de forma incontrolable hasta mi cabeza, magnificando todo mi entorno. Apreté los puños y a continuación me agarré con fuerza a los brazos del sofá. Sentí cómo se magnificaba un sonido a una frecuencia concreta que retumbaba en la cocina; sentí los tic-tac y el giro de los cincuenta y cuatro engranajes del par de relojes de cuerda que Melshan tenía colgados a una de las paredes; a continuación, percibí los sonidos del exterior y los de mi propio cuerpo. Podía escuchar el sonido de mis células replicándose. Cerré los ojos con fuerza e intenté vaciar mi mente por un segundo. Solté un pequeño grito, sacudí la cabeza y súbitamente volví a sentirme una vez más dentro de mi cuerpo, empapado en sudor y con mi percepción estabilizaba.

—¿Estás bien?

La voz de Melshan retumbó en la cocina.

—¡Sí! Disculpa, sólo ha sido… —titubeé— un pellizco.

Melshan ignoró mi respuesta y yo me incorporé con la intención de estirarme un poco. Sobre la mesa había dejado mi dispositivo, me acerqué para asirlo y en la pantalla principal descubrí nuevas notificaciones sin atender. Abrí la bandeja de mensajes y leí los últimos de la lista: pertenecían a Mike y Eldar, y sentí la enorme tentación de responder. Tras unos segundos me acomodé de nuevo en el sofá con el dispositivo entre mis manos.

En realidad, no tenía sentido que no hablara con ellos. Quizá el hecho de haber visitado Ranshee y estar junto a Melshan, me había dado perspectiva y había ahogado un poco esa sensación de depresión permanente que se había instalado en mí. Seguí revisando la lista de mensajes y más abajo encontré uno de Lianne. No pude evitar abrirlo:

«*Laklar, si te alejas de mí no puedo ofrecerte ningún tipo de apoyo. Desconozco qué sientes en estos momentos. Tal vez para superar todo esto que ha ocurrido has decidido desaparecer, alejarte. Por el momento, quiero*

que sepas que estoy aquí, al otro lado de esta pantalla que no me canso de mirar y con la esperanza de ver un mensaje con tu nombre.»

«Con la esperanza de ver un mensaje con tu nombre.» Pensé afligido.

Tenía que decirle algo. Merecía saber que había encontrado una motivación para seguir adelante, que seguía suspirando cada día y cada noche por su compañía.

Hola, Lianne. Te echo tanto de menos.

Sé que es difícil entender por qué alguien es capaz de alejarse de lo que ama, pero prometo decirte más.

Siempre tuyo, Lak.

Mis dedos comenzaron a escribir y mi mente no pudo contener el impulso, era como si una parte de mí no quisiera alejarse. No podía decirle por el momento dónde estaba, pero quería que supiera que estaba bien y que estaba también al otro lado de la pantalla. Por el momento tendría que seguir haciendo lo mismo que había hecho los últimos dos meses: sumergirme y acariciarla en sueños, sentir el contorno de sus brazos, de sus hombros y su espalda. Repetir sus palabras y enjaularme en ese bucle mientras durase la noche. Aunque ésta, no podría ser.

Sólo quedaban dos horas para mi escapada nocturna. Necesitaba cerrar los ojos y no pensar en nada por un momento.

7

Ya era noche cerrada. Las luces de la ciudad bañaban tenuemente las calles con tonos ambarinos y proporcionaban a Ranshee un falso manto de calidez y apacibilidad. La realidad era que la noche había logrado cristalizar el relente sobre las ventanas, y yo, apartando las sombras y rezumando exhalaciones vaporosas por la boca, avanzaba en dirección a la fábrica de «Gamal» a unos, no tan agradables, dos grados centígrados. Lo cierto era que me sentía sorprendentemente bien, pues iba abrigado hasta los ojos y la ropa invernal de color negro me camuflaba del frío y de las miradas; parecía una sombra que caminaba por las calles de una ciudad que me era completamente ajena. Ranshee y yo manteníamos las miradas esquivas.

—*¿Lak? ¿Me recibes correctamente?* —la voz de Melshan resonó en el auricular y sin quererlo di un respingo— *Hagamos unas pruebas mientras llegas al punto de inserción. Siempre quise decir eso…* —añadió con una voz profunda y susurrante.

Sonreí y me concentré de nuevo en el sonido de mis pasos. En ese momento me sentía como el personaje principal de una de aquellas historias que narraban de forma misteriosa pactos en la oscuridad y adalides en las sombras.

—Te escucho perfectamente, Mel —dije tras salir de mi ensimismamiento—. Sigo caminando a buen ritmo hacia la fábrica. Estoy sorprendido… No parece haber mucha gente por la calle a estas horas. Sólo me he cruzado con una persona y te aseguro que en

Hízoren apenas podría andar, dependiendo del barrio en el que estuvieras, claro.

—Hízoren es muy diferente, hijo. Ranshee es una ciudad que se acuesta temprano y despierta más temprano aún. El frío es el culpable; la gente prefiere estar resguardada en casa, caliente y confortable. Totalmente comprensible, ¿no?

—Tiene sentido.

A medida que avanzaba por la calle y antes de que los edificios volvieran a crecer por encima de las dos plantas, descubrí un sinfín de líneas púrpuras y esmeralda que se entremezclaban en una danza hipnótica. Un cosquilleo recorrió todo mi cuerpo.

—Mel… —dije embobado— el cielo.

—¿Qué ves?

—Auroras boreales —añadí con voz queda mientras barría el cielo con la mirada y reducía la velocidad de mis zancadas. Aquella imagen logró transmitirme tal serenidad que por un segundo perdí el hilo de los acontecimientos.

—Uno de los espectáculos más bonitos de la naturaleza. Supongo que sabrás cómo…

—Claro que sí —lo interrumpí inmediatamente.

—¡Claro! ¡Claro! Lo suponía.

—Pero, ¿por qué se llaman así?

—Dices que, ¿por qué se llaman Auroras boreales? —Asentí perdido entre las ondas bamboleantes que componían el espejismo y Melshan prosiguió— *No tengo ni idea, hijo* —respondió con aplastante sinceridad.

—Lo suponía.

—Bien. Ahora mismo desciendes por la vía «Mertre» en dirección a la «Principale». Verás que es de mayor tamaño, con aceras grandes, hileras de Árboles de Sangre y dos canales de inducción por sentido. Cuando la alcances, tendrás que continuar por la acera de la izquierda hasta el final de la vía, es algo extensa, así que, disfruta de la ciudad.

—Tu ciudad es muy bonita —admití—, pasear por ella de noche me recuerda a… —titubeé. No estaba seguro de querer decirlo.

—A una chica, ¿verdad?

Melshan había acertado. Sonreí. Me sentía como si fuera mi consciencia, una vocecita en mi cabeza con personalidad propia.

—Sí, a una chica —dije tragando saliva—. La semana de tu presentación tuvimos la oportunidad de pasear durante una de las noches por el barrio de Argon. Creo que ese lugar te gustaría, Mel —añadí con un susurro.

—Seguro que sí, hijo. Lo siento.

Melshan se disculpó y pude sentir como el silencio se extendía a través del auricular. Me sorprendió su respuesta, pero supe por qué lo

había dicho. Él también se sentía culpable. Se sentía responsable del efecto mariposa que se había desencadenado el día de su presentación. Sabía de su arrepentimiento, de su dolor, pero yo al fin había comprendido que nadie pudo saber lo que ocurriría, nadie pudo predecir la catástrofe. Ahora, los dos habíamos emprendido un nuevo camino, un camino cuyo destino desconocíamos por completo.

Lo haríamos juntos.

—Hacemos todo esto con un único fin, lo mantengo presente, Mel. Vamos a construir la cápsula para atrapar a Vain. Él es el culpable, el verdadero culpable.

En principio mi voz sonó sosegada, pero al instante percibí como la rabia comenzaba a crecer de nuevo en mi interior al sentir el nombre de Vain atravesando mi garganta.

—*Lo sé* —dijo Melshan lentamente.

—Bajando por la vía *Principale* —dije con la intención de concentrarme en el asunto que nos ocupaba—. Esta zona parece estar algo más transitada. Estoy pasando frente a un puesto ambulante atendido por una señora de avanzada edad. ¡Qué aroma tan agradable! Diría que está cocinando a fuego los frutos secos de la zona...

—*El olor de las castañas al fuego, Lak* —dijo Melshan con voz cantarina—. *El castaño se encuentra en los campos de la zona sur de Ranshee. ¡Uhm! Un delicioso manjar que tendrás que dejar para otro momento… ¡Casi puedo olerlas desde aquí! Bien, tendrás que cruzar la siguiente vía y a continuación, tomar la primera a la derecha. Ahí verás que en esa misma esquina hay una dulcería llamada «Claris».*

—Ya la veo. Me estoy adentrando en un callejón. En esta zona la luz es mucho más tenue, apenas puedo ver el suelo.

—*No te preocupes, esto es un atajo que termina en la calle «Mills». En esa calle se encuentra la fábrica.*

—Genial. Estoy descendiendo en estos momentos hasta *Mills* —aceleré el paso por la vía peatonal adoquinada y llegué relativamente rápido a *Mills*—. Ya estoy aquí. Ya veo la fábrica.

Al otro lado de la vía *Mills* se extendía un muro de cemento raído por los años que cubría una distancia aproximada de quinientos metros. En el centro mismo de la estructura había una puerta de metal de grandes dimensiones que servía para el acceso de vehículos, y a los extremos, sendas aberturas enrejadas de menor tamaño destinadas a los trabajadores. El muro estaba formado por grandes bloques de piedra rojiza, y únicamente la zona derecha, donde había instalado un gran cartel publicitario, permanecía iluminada. El cartel rezaba: «*Industrias Gamal, moldeando su futuro.*» El resto de la fábrica languidecía cubierta por una capa vaporosa de tinieblas.

—*Muy bien, hijo. ¿Preparado?*

—¿Por dónde puedo acceder? El muro que rodea la fábrica debe medir unos diez metros de alto; tenemos una puerta central infranqueable y otras dos más pequeñas situadas a los laterales.

Esperé una respuesta de Melshan y repentinamente comencé a sentir cómo se aceleraba mi corazón al sentirme tan próximo al objetivo.

—Dirígete hacia la puerta de menor tamaño situada al extremo derecho del muro principal.

—Voy… —dije mientras cruzaba la vía *Mills* hasta el lado derecho del muro de *Industrias Gamal*— parece que se trata de una reja vieja y oxidada. Ya estoy enfrente de la puerta, ¿qué hago? —antes de que pudiera responder, escuché el sonido electrónico de apertura mecánica de puertas y empujé la reja hacia adentro. Tras comprobar que ésta, efectivamente, se había abierto, pasé tan rápido como pude hacia el interior de la fábrica, la cerré tan lentamente como pude para intentar no producir un ruido en el contacto del metal con el metal, y me agazapé entre la hierba alta que cubría los alrededores del interior del muro—. ¿Has sido tú, Mel? —pregunté con voz susurrada. Sabía que en el interior de la fábrica debía convertirme en una sombra, y eso implicaba ser todo lo silencioso que pudiera.

—Por supuesto —dijo simpático—. *Espera ahí, necesito comprobar la posición de los vigilantes.*

—¿Cuántos hay? —pregunté alterado y sentí el latido de mi corazón en las sienes.

—Tres vigilantes, pero no detecto movimientos. Sé que hay tres porque en la base de datos veo sus registros de entrada, pero me temo que no puedo decirte más. Tendrás que ser muy cuidadoso. ¿Qué es lo que ves?

—Estoy a cubierto entre los arbustos frente a una zona abierta. El suelo interior es de tierra endurecida y a unos veinte metros veo la parte frontal de la fábrica sin iluminar, aunque el acceso principal parece estar en el lateral izquierdo, donde la luz encandila toda aquella zona.

—De acuerdo, si no detectas movimiento tendrás que levantarte y correr hasta pegarte a la pared de la fábrica y a continuación, avanzar hasta la esquina de tu izquierda. ¿Has dicho que es el único lugar iluminado? En esa pared encontrarás unas escaleras que llevan directamente a la azotea.

Resoplé.

—Recibido. Ya podrían haber instalado escaleras en la otra pared en penumbra… —añadí chismoso.

Con cuidado avancé hasta la pared de la fábrica, con las rodillas flexionadas y midiendo muy bien cada paso que daba. Cuando me disponía a asomar la cabeza por la esquina para escrutar el espacio iluminado, escuché el sonido arenoso de unos pasos y me detuve en

seco; miré con el rabillo del ojo por la esquina para entrever la escalera de la pared y acto seguido me volví y regresé medio de puntillas y tan rápido como pude hasta la zona de hierba alta de la que había salido—. ¡Mel! —dije con un susurro quebrado—. ¡Un vigilante, Mel!

Llegué a tiempo para agazaparme entre la oscuridad y al cabo de unos segundos emergió recortada por la luz la silueta de un hombre. No parecía que fuera armado y no fui capaz de adivinar su rostro, únicamente una silueta negruzca que se movía con diligencia. Después de avanzar unos metros más, se detuvo enfrente del gran portón de acero y permaneció unos segundos oteando la entrada cubierta de tinieblas.

—¡Por el cuerpo calcinado de *Luvin*! Estás equivocado. En esa pared no hay ninguna escalera, la he visto a malas penas, pero estoy seguro de que ahí no hay nada. ¿Alguna idea?

Esperé mientras escuchaba a Melshan removiendo objetos de forma impetuosa a través del auricular.

—¡Por los huevos de Aemander! ¡No puede ser! Discúlpame, hijo, es la esquina derecha.

Ahogué un resoplido y me concentré en el hombre que merodeaba a escasos metros de distancia.

—Está bien, dame un segundo…

Esperé a que el vigilante se volviera y se marchara de nuevo hacia la zona iluminada del exterior; tan sólo tardó en hacerlo unos segundos. Me incorporé una vez más y me dirigí hacia la pared, para a continuación, doblar la esquina y localizar tan rápido como pudiera la escalera. No temí por exponerme, ya que la zona seguía en penumbra, así que avancé sin excesivo cuidado hasta que me topé repentinamente con lo que estaba buscando.

«¡Aquí estás!»

El corazón volvió a latirme con fuerza cuando comencé a subir por las escaleras. Recorté cada peldaño con sumo cuidado y en apenas un parpadeo ya me había plantado en la azotea, y sin haber producido el menor ruido. Respiré profundamente y analicé con calma las estructuras del terrado. Desde lo alto adiviné la silueta de la ciudad que llegaba hasta donde me alcanzaba la vista. Ranshee iluminaba el cielo nocturno con colores dorados que se entremezclaban con las Auroras, formando una obra de arte colosal. Realmente era una ciudad bonita y extensa.

—*¿Va todo bien?*

La voz de Melshan me devolvió a la azotea, y antes de responder avancé unos pasos hasta que una puerta plateada y lustrosa despuntó entre la negrura

—Sí —dije con calma— Estoy enfrente de la puerta de la azotea,

creo que es la única que hay aquí.

—*Bien, dame un segundo.*

Inmediatamente después escuché de nuevo ese sonido metálico de apertura mecánica.

—*Lo malo de tener puertas de alta tecnología como medida de seguridad es que, precisamente, gracias a la tecnología, pueden ser abiertas desde cualquier lugar* —Melshan rio a carcajadas—. *Qué ironía, ¿verdad?*

Este hombre era imperturbable y gracioso a partes iguales. Me gustaba su forma de ser.

—Abriendo la puerta —musité.

Atravesé el umbral y descubrí una sala grande, que también estaba en penumbra. No podía ver nada. No había luces, pero frente a mí identifiqué una silueta que se dibujaba aún más oscura. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal.

—No veo absolutamente nada… y tengo una sensación muy extraña.

—*¿Qué sensación? ¿A qué te refieres?*

—Me estoy acercando. Ahora alcanzo a distinguir la silueta de lo que parece una puerta. Es una puerta, pero ocurre algo más… Me siento extraño, me siento como cuando…. —algo me interrumpió.

—¡Te estábamos esperando!

Una voz grave y ruda retumbó en la habitación desde la oscuridad. Me tambaleé aterrorizado y traté de zafarme de unas manos que intentaban apresarme. Antes de que pudiera darme cuenta, un golpe enorme sacudió mi cabeza y me lanzó contra el suelo como si fuera un trapo usado. La oscuridad, una más tenebrosa y profunda, me abrazó con fuerza.

«Otra vez no.»

8

Estaba en el suelo. Antes de abrir los ojos ya podía sentirlo. Acariciaba la arena, la deslizaba entre mis dedos y sentía el viento cálido y suave acariciando mis mejillas. La brisa que sacudía mi cabello, que abrazaba mi cuerpo y que silbaba como un aullido muy débil en el dibujo de mis oídos. Abrí los ojos lentamente y descubrí que la tierra rojiza y el polvo habían comenzado a cubrirme. La superficie estaba caliente, y antes de que pudiera incorporarme supe que había alguien más conmigo. Alcé la mirada y reconocí el lugar, reconocí las llanuras que recortaban el cielo. Giré la cabeza y ahí estaba él. Había regresado y era consciente del lugar en el que me encontraba, de lo que eso significaba, aun así, una pincelada de dolor recorrió todo el cuerpo como el eco distante de un golpe en mi memoria.

—Vain…

Mi voz sonaba jadeante. Me incorporé poco a poco hasta que logré sostenerme de rodillas, soportando parte de mi peso con los brazos. Él no dejó de apuntarme. Me miraba sonriente, vacilante, el rostro de alguien que se sentía poderoso, tan poderoso como el propio Aemander.

—Mírate… —la voz de Vain retumbó en mi cabeza por primera vez. Nunca antes me había hablado en este lugar— Parece que, siempre te sucede lo mismo por mucho que intentes remediarlo: alguien te golpea o te empuja, y tú terminas en el suelo, tragando

sangre, tierra y polvo. Admítelo, no sirves para nada… —Vain se encorvó. En ningún momento dejó de apuntarme con su arma. Me sostuvo la mirada y se la devolví con ojos profundos y llenos de rabia —. Ni siquiera ese poder tuyo te sirve de nada fuera de ese centro para estudiantes llamado Atlas. ¡Ah! El Atlas… —se acercó para susurrarme al oído— Cómo disfruté sembrando el caos… Seguro que tampoco pudiste preverlo, ¿verdad? —volvió a apartarse y la rabia creció en mi interior, pero me sentí incapaz de responder. No pude pronunciar una palabra—. Admítelo, eres incapaz de hacer nada, suceda lo que suceda, tú siempre terminarás tragando polvo y yo seguiré inalcanzable, ¡lejos de ti! —Vain extrajo de uno de los bolsillos de su chaqueta un artilugio vetusto, concretamente un reloj de manecillas como el que se suspendía en las alturas del *atrio del tiempo*. Me lo acercó para que lo viera y lo suspendió bamboleante delante de mis ojos, tan cerca que pude adivinar el movimiento del mecanismo y las agujas avanzar a ritmo preciso, exacto—. ¿Sientes el paso del tiempo? Cada uno de los engranajes de este reloj está ahora retumbando en tu cabeza, imparable, doloroso. Resulta insoportable, ¿verdad?

El dolor comenzó a atenazarme y la vista comenzó a nublarse ante la imagen de las diminutas piezas de metal encajando unas con otras, aplastándome a cada movimiento, retorciéndome a cada segundo que la aguja de segunderos avanzaba. Cerré los ojos y cada traqueteo del reloj se convirtió en un alfiler atravesando mi cabeza. Una y otra vez el dolor creció hasta que me quemó por dentro. Mi respiración se aceleró bruscamente y las punzadas se extendieron por todo mi cuerpo. Grité, apreté la mandíbula y tensé cada músculo, mientras los alfileres se convertían en cristales rotos que comenzaron a atravesarme mi piel y a desgarrarme en tajos la carne. Eso era lo que sentía, lo que percibía dentro de aquella pesadilla en la que había caído.

Abrí los ojos y miré mis manos. Temblaban, pero seguían ahí, intactas. Miré fijamente el engranaje del reloj —el origen de aquella oleada delirante de dolor—, y por un momento sentí como si pudiera tocarlo sin usar mis manos, como si pudiera describirlo sin tener que mirarlo. Grité otra vez e hice aún más fuerza con la intención de detener el paso del tiempo, el giro del engranaje que se estaba convirtiendo en una tortura. Vain me observaba con atención, como si estuviera esperando algo. Me concentré aún más; el movimiento de los engranajes ya se había convertido en un estallido de golpes en mi cabeza, el dolor se volvió insoportable, tan intenso que hubo un momento en que el delirio se detuvo y todo se suspendió ante mis ojos.

Súbitamente lo vi.

Puede ver la forma de detenerlo. Pude ver sin mirar, la forma de acariciar cada pieza de ese reloj. De forma inexplicable me sentía capaz de detener la energía que en él se había desatado de forma natural, entonces, como si la orden hubiera surgido de mi interior ocurrió. El dolor desapareció y ese pasajero que me había acompañado desde que tenía uso de razón se convirtió en algo muy diferente. Por un momento era tangible, por un momento, era carne.

Tras el sobresalto, el silencio lo inundó todo. Observé perplejo que el reloj se había detenido; los engranajes no se movían, las agujas no avanzaban. Me sentía extraño, como si pudiera hacer que todo a mi alrededor se desvaneciera, desapareciera para siempre.

—¿¡Qué has hecho!? —gritó Vain con furia inusitada—. ¿¡Cómo te atreves!?

Me golpeó con la culata del arma y caí de nuevo en una oscuridad reconfortante.

Abrí los ojos. No recordaba haberlos cerrado, pero los abrí y la sensación de calma se había desvanecido. Estaba en una habitación con una luz tenue y sentí un dolor agudo palpitando en mi cabeza.

Entonces lo recordé. Había estado inconsciente. Alguien en esa habitación de la azotea me había golpeado. Los vigilantes de «Gamal» me habían atrapado.

De forma impulsiva grité.

—¡Melshan!

9

—¡Vaya! ¿Qué tenemos aquí? Si es un muchachito… ¿Qué os parece? Muy elegante, sí… Muy elegante.

Un hombre con la voz ronca y grave, obeso y menudo me observaba con atención. Ocupaba una silla vieja muy cerca de mí, tan cerca que casi percibía su desagradable aliento. Un coro de risas resonó por la habitación, y aunque mi capacidad de movimiento era limitada porque estaba atado de pies y manos, pude adivinar que me rodeaban unos seis hombres. Finalmente, me centré en el hombre menudo y dije lo primero que se me ocurrió:

—¿Quién de vosotros va a comerme los huevos? —dije exactamente lo que habría dicho un adolescente.

Tras mis palabras, todos volvieron a reír, y lo hicieron con más entusiasmo todavía. Entre el fragor, también escuché la voz de Melshan repiqueteando en mi cabeza, que irrumpía consternado por la preocupación. Sólo yo podía escucharlo, así que ignoré sus palabras y no dije nada más.

—¡Hijo! ¿Estás bien? ¿Qué te ha ocurrido? ¡Que me lleve una manada de lobos en celo! De acuerdo, es lógico que no puedas responder… Estás metido en un lío así que vamos a hacer esto de otra forma… —Melshan murmuraba y escuchaba las carcajadas de los hombres que me rodeaban— *Está bien, haz algo que yo pueda entender y no te comprometa; ríe si estás maniatado o te han encerrado, ¿entendido?*

«¿Qué no me comprometa?» Pensé. A continuación, comencé a

reír y todos enmudecieron.

—Por lo que veo, tenemos a un muchacho muy gracioso —dijo el hombre de aspecto enjuto. Tenía la piel muy arrugada y diría que llevaba mucho tiempo haciendo esto—. Te crees muy listo, ¿verdad? Vimos que alguien desactivaba los sensores y manipulaba la señal cerrada de cámaras creando un bucle en el envío de datos. En ese mismo momento supimos que alguien intentaría colarse, y mira por dónde, vas y apareces tú —el hombre se removió sobre su silla mientras sonreía de forma exagerada y rápidamente apretó los labios y mostró un rostro sombrío—. Muchacho, me vas a tener que dar una respuesta convincente… ¿Para quién trabajas? Y, sobre todo, ¿cómo sabías que pretendíamos asaltar la fábrica esta noche?

Miré al hombre enjuto de arriba abajo y tan rápido como hube respirado una bocanada de aire viciado, saboreé el peligro en el que me había metido. Ligeramente aturdido intenté responder con la mejor de mis interpretaciones.

—Yo no trabajo para nadie… —dije secamente— pero no entiendo una cosa, ¿pretendíais asaltar la fábrica de «Gamal» esta misma noche? —Melshan me escuchó y comenzó a maldecir al otro lado del auricular. A estos hombres tendría que darles una respuesta convincente, así que les dije la verdad—. El caso es que se me da bien hacer ciertas cosas… —dije dubitativo.

—¿A qué te refieres con eso, muchacho? —preguntó arqueando una ceja. Me tomaba por un niño estúpido.

—Mi intención era infiltrarme en la fábrica y tomar instantáneas a un objeto importante, digamos que se trata de un invento reciente.

—¿Así que eres un fotógrafo? —me interrumpió con su forma de hablar pausada y volvió a dibujar una sonrisa.

—No, lo que yo puedo hacer es construir una copia exacta del objeto en cuestión, un clon que realice la misma función… Para que pueda hacer eso, sólo necesito verlo en funcionamiento al menos una vez. Tengo una habilidad especial para discernir cada una de las piezas que lo forman y comprenderlo al momento. Eso es lo que yo hago.

El hombre enmudeció y dejó que el silencio se extendiera. Resistía con la barbilla apoyada sobre su puño cerrado mientras me miraba fijamente. Pude apreciar un cambio en su rostro, era sutil, pero pude ver cómo su gesto se suavizaba.

—Vaya, muchacho… eso que dices suena muy bien. ¿Eres capaz de hacer algo así de verdad? —me preguntó, balanceándose sobre su silla mientras acariciaba su enorme barriga.

—Sí —respondí con firmeza y escuché a Melshan protestar al otro lado del auricular.

—Hijo, no sé si has hecho bien diciéndoles la verdad… Me arde la sangre de no poder hacer nada, ¿crees que son peligrosos?

No pude responder, el jefe de este grupo de rufianes me estaba dedicando toda su atención.

—¡Nosotros prácticamente nos dedicamos a lo mismo! —el hombre comenzó a reír mientras miraba al resto de hombres en pie que había por toda la habitación—. Sólo que nuestro marco de negocio es algo más amplio… Ofrecemos unos servicios muy exclusivos, no sé si me entiendes, muchacho. ¿Cuánto te ofrecían por una copia del objeto de los «Gamal»?

Titubeé entre las protestas exacerbadas de Melshan a través del auricular.

—¡No respondas, Laklar!

—Doscientos cincuenta mil francos —dije con firmeza, además, dejé entrever con el timbre de mi voz que esa cifra no significaba mucho para mí.

—¡Por el cuerpo de Aemander en llamas!

Melshan había enfurecido.

—Doscientos cincuenta mil francos… —repitió con voz suave— ¡Uhm! Interesante… —el hombre se acariciaba los bigotes hasta el cuello mientras barría con la mirada la habitación—. Me gustaría ofrecerte un trato, ya que tengo cierta debilidad por las personas con «habilidades» como tú. ¿Qué te parece si realizas un par de trabajos para mí, y a cambio yo te ofrezco una buena cantidad de francos? Una cantidad mucho más interesante, naturalmente.

Tras la propuesta del hombre me quedé pensativo durante unos instantes. Fuera cual fuese el trabajo que tendría que llevar a cabo, indudablemente sería peligroso.

—¿En qué consisten los trabajos que propones? —pregunté imprimiendo un tono de voz impostado y agresivo. En absoluto estaba dispuesto a mostrar debilidad. Ahora no.

—Vayamos despacio, muchacho. El primero de los trabajos que te ofrezco es muy sencillo. Tendrás que llevar una mercancía del punto «A» al punto «B». Sin preguntas. Dentro de tres horas. Así de simple… —el hombre unió las puntas de sus dedos y me sostuvo la mirada—. Te ofreceré medio millón por el primer trabajo.

No pude evitar abrir unos ojos como platos.

—¡Por el cadáver de Mekan, hijo! Es una buena cantidad de francos… Con eso nos faltaría muy poco para construir la cápsula —añadió Melshan entusiasmado.

—¿Sólo tendría que entregar un paquete? —pregunté escéptico.

—Eso es. Digamos que la mercancía es un poco voluminosa, pero sí, sólo tendrás que entregar un paquete. ¿Qué me dices, muchacho?

Pensé en todo lo que había sucedido, en todo por lo que había

pasado hasta el momento actual. Si aceptaba estaba asumiendo que me sumergiría completamente en la espiral en la que me había introducido; una espiral de la que pretendía salir desde mi evasión en Hízoren.

—Lo haré —dije y Melshan rezongó.

—Muy bien, muchacho: La dirección de entrega está localizada en un barrio de Hízoren, es una ciudad situada al sur.

—Conozco Hízoren —lo interrumpí—. ¿Qué contiene el paquete?

—Hay cosas que es mejor no saber, muchacho. La situación es bien simple… Yo puedo ser un hombre cordial, quizá el más simpático con el que puedes hablar, pero mi carácter se descontrola fácilmente, ¿lo entiendes? Si por cualquier motivo se te ocurre abrir o perder el paquete, haré que cabes tu propia tumba, ¿lo entiendes? Podría hacer que uno de mis hombres te diera una paliza ahora mismo. A ver si soy claro, muchacho —dijo mientras se encogía de hombros—, lo que te ofrezco no es un trato, sino un trabajo de obligado cumplimiento, pero con los beneficios de obtener una recompensa económica. Esas son las condiciones; primer trabajo: medio millón; segundo trabajo: otro medio millón —el hombre soltó un quejido y se apeó de la silla con dificultad— Aquí tienes la dirección de destino. Mis hombres te guiarán hasta la mercancía, que se encuentra en nuestro sótano. Ellos te darán las indicaciones pertinentes.

—¿Cómo sé que cumplirás con tu parte? —dije antes de que se volviera. Me miró dibujando una sonrisa y sacudiendo la cabeza con fingida amabilidad.

—No lo sabrás.

El hombre lanzó sobre mis piernas un dispositivo con la pantalla activa, donde se podía leer la dirección de entrega del paquete. Esa vía estaba situada en el barrio *Siodel* de Hízoren. A continuación, abandonó la habitación por una puerta que no pude ver, y uno de sus hombres me aflojó las ataduras de mis manos para incorporarme y a continuación, volvió a apretarlas con fuerza.

—¿Qué ocurre, Laklar? Hazme una puñetera señal.

Melshan parecía enfadado, pero no podía hacer nada. No podía permitir que descubrieran el auricular.

—Levántate. Nos vamos —dijo con voz grave un hombre situado a mi izquierda, portaba un arma de cañón largo y su rostro estaba lleno de cicatrices, como si alguien se hubiera ensañado con él con una botella de cristal rota.

—Te estás moviendo, hijo. He recuperado tu ubicación. Estás en una zona del sur de Ranshee, muy cerca de la estación de carga del interurbano.

Era un alivio saber que todavía estaba en la ciudad de Ranshee. Mi vida se ponía más interesante y entretenida a cada hora que

pasaba.

—¡Vamos! ¡Muévete!

Me echaron de aquella habitación diminuta a empujones y me guiaron a través de unas escaleras hasta la planta inferior. La situación me recordaba vagamente a los súbditos de Jene, sólo que éstos, parecían mucho más simpáticos. Para tranquilizar un poco a Melshan decidí arrancarme una carcajada.

—¡Maldito crío! Deja de reír o te abro la cabeza, esta vez te golpearé mucho más fuerte que la anterior.

El bajo de aquel edificio era una zona entreabierta sin una distribución concreta. Se trataba de un almacén de tamaño mediano; había vehículos de todo tipo, una gran cantidad de objetos que parecían tener mucho valor y una zona de descanso donde conversaban de forma despreocupada cuatro hombres más, que me regalaron una sonrisa y una mirada fulminante. Finalmente abandonamos el almacén y comenzamos a caminar por un suelo de tierra reblandecida debido a una repentina llovizna.

—¿Podríais soltarme las ataduras? No es muy cómodo caminar con las manos a la espalda… —añadí simpático.

—¡Avanza!

Pasaron largos minutos y seguimos caminando por estrechas calles en penumbra hasta que las luces del entramado de vías nos encandilaron. Estábamos acercándonos a la zona de carga del interurbano, probablemente, con destino a la estación de *Thren* en Hízoren.

«Ese almacén está cerca de la estación.» Pensé.

—¡Aquí! Espera…

Nos detuvimos frente a uno de los vagones del interurbano. Era de metal, cubierto por una capa roída de pintura azul y a uno de los laterales se distinguían tres letras bastante desgastadas: «AVP».

—¿Y ahora? ¿Podríais soltarme ya? —solicité con simpatía al hombre que parecía mandar sobre los demás. El mismo hombre que me había propinado un golpe en la azotea de la fábrica. Me miró fijamente.

—¡Soltadlo! —ordenó con aspereza—. Te estaré vigilando…

Inmediatamente después, los cuatro lacayos que nos seguían cargaron un bulto enorme casi tan alto como yo. El paquete parecía muy compacto y su contenido se sostenía por un plástico negruzco que reflejaba en la penumbra los destellos de luz de los faroles en la distancia. No era demasiado discreto. Grande y pesado. Seguro que no eran ositos de peluche para los niños de *Thren*. Estos hombres eran delincuentes muy bien organizados por lo que pude apreciar, así que tendría que ser muy cuidadoso a partir de ahora. Mejor no pensar qué sería de mí si me atrapaban con ese bulto y en este preciso momento.

—¡Tú! Sube al vagón… El viaje durará dos horas. Nadie puede verte, repito, nadie. Recuerda lo que te ha dicho el *Chef*: si no vuelves te buscaremos, te encontraremos y te haremos mucho daño, más tarde, haremos daño a todos los contactos de tu dispositivo. Si pierdes el paquete estás muerto, ¿entendido? Sólo si entregas la mercancía en el destino indicado esta misma noche y vuelves a esta ubicación seguirá en pie el trato. ¡Vamos! ¿A qué esperas? ¡Joder!

El hombre hizo un aspaviento y sus dos compañeros levantaron las armas y me apuntaron. Obedecí sin decir una palabra y subí al vagón azul.

—No los provoques demasiado, hijo, esta gente es peligrosa. Estoy ahora realizando una búsqueda en la red «ASA» el nombre de «Chef».

Había olvidado que Melshan estaba escuchando.

—Un vagón azul muy acogedor. ¿Qué significa «AVP»? ¿Alguien lo sabe? —dije imprimiendo volumen en mi voz; me aseguré de que Melshan entendiera que estaba intentando proporcionarle información.

—¡Cállate! Recuerda bien esto: si fallas estás muerto. Espero que nos volvamos a ver.

Cerraron la compuerta del vagón y quedé atrapado en su interior. La oscuridad era tan densa que no era capaz ni de atisbar mis manos, todo eran tinieblas con fragancia a productos químicos. Los hombres de ese tal *Chef* seguían custodiando el vagón, así que me limité a buscar a tientas una de las esquinas y a sentarme en la fría superficie de la pequeña celda en la que había terminado. El interurbano abandonaría la ciudad de un momento a otro.

—«AVP» es el nombre de una empresa de productos químicos con sede en la vía «Natremus» en el barrio de Thren, en Hízoren. Hijo, parece que te ves forzado a volver a tu ciudad tan sólo un día después.

Sumido en el silencio y la oscuridad la voz de Melshan me reconfortó.

—Parece que algo o alguien no quiere que la abandone… —musité. Las palabras de los hombres del *Chef* eran murmullos incomprensibles desde dentro, por lo que no pude sacar nada en claro. Tras unos minutos, el interurbano comenzó a moverse y emprendí la marcha en compañía del enorme paquete. Tendría que pensar en alguna forma de transportarlo hasta *Siodel*. El barrio estaba lejos de la estación de mercancías de *Thren* y debía evitar a toda costa que me vieran… Parecía misión imposible.

—Tienen mi dispositivo…

—Un segundo…

—Melshan, ¿qué puedo hacer? El bulto es enorme… ¿Cómo voy a transportarlo hasta *Siodel*? —no respondió, pero pude escuchar ruidos al otro lado del auricular—. ¿Melshan?

—Estoy aquí. Yo te diré como lo vamos a hacer, estaba buscando algo.

Detecté una vez más la emoción en su voz.

—¿Vamos…?

—Eso es. Estaba buscando la tarjeta de arranque de uno de los vehículos de carga que usamos en la presentación. La empresa es de Ranshee, pero también tiene sede en Hízoren y el acceso al parque de vehículos está abierto de forma permanente. Todavía puedo usarlo un par de semanas más, así que sólo tengo que ir a la zona de estacionamiento de Hízoren y cogerlo. Yo espero tardar aproximadamente lo mismo que tú en llegar a la estación de carga de Thren. Tomaré un Ariamet y espero estar allí con el vehículo para cuando llegues, pero tengo una mala noticia…

—¿Qué noticia?

—Tengo que salir de aquí inmediatamente y no vamos a poder hablar. ¿Por qué te has llevado el dispositivo?

—No lo sé… —dije y agaché la cabeza aceptando la reprimenda —. Ha sido una estupidez.

—Bueno, ahora no importa. Te han dado un dispositivo nuevo con la dirección, ¿verdad?

No había caído en la cuenta, estaba bloqueado, pero era un dispositivo de comunicaciones, al fin y al cabo.

—Sí, es cierto.

—Genial, estoy seguro de que un chico con tus capacidades puede desbloquearlo y conectarse a una red libre sin problemas. Hijo, ten cuidado, te dejo con tus pensamientos. Si consigues desbloquearlo avísame con un mensaje y mantendremos el contacto a partir de ahí. ¡Voy a buscarte!

Melshan cerró la comunicación y me quedé definitivamente solo en el oscuro vagón de mercancías de regreso a mi ciudad natal. Sólo llevaba un día fuera y el efecto mariposa seguía en marcha.

Aproveché la oscuridad para organizar mis pensamientos y lo primero que acudió a mi mente fue el encuentro con Vain en mitad del páramo desolado en el que también había conversado con la figura de Aemander en ocasiones anteriores. Aquel nuevo recuerdo me estaba atrayendo como si fuera la luz al final de un túnel interminable. Analicé mi sueño y al cabo de un tiempo comprendí lo que había hecho en él: mediante un impulso que seguía sin poder explicar había logrado detener el mecanismo de aquel reloj que no dejaba de atenazarme. Si como dijo Lianne, los sueños eran el reflejo de nuestro subconsciente, me preguntaba qué era lo que el mío intentaba decirme. ¿Era capaz de manipular un objeto? ¿Podría modificar la energía de un campo? La simple idea hacía que me sintiera estúpido, pero debía admitir que el sueño, como los que tuve con Aemander, era tan vívido que lo creía real. Todo cuanto había

experimentado en esa llanura se había materializado de forma inexplicable más tarde. Quizá la capacidad de discernir el funcionamiento de las cosas que me había acompañado desde la infancia sólo era un primer paso, que pasar de comprenderlas a manipularlas, hacer que funcionaran a mi antojo, era lo que debía hacer a continuación. El concepto era demasiado antinatural para mí, era tremendamente escéptico al respecto, pero eso no significaba que no pudiera intentarlo dadas las circunstancias. Si algo había aprendido de Melshan en el poco tiempo que había pasado a su lado, era que había que intentarlo todo, que había que probar cualquier cosa, por muy disparatada que ésta nos pareciera. De esa forma él alcanzó su objetivo. Sólo así logró viajar a través del tiempo y el espacio.

Así el dispositivo entre mis dedos y lo extraje de uno de los bolsillos del abrigo negro que llevaba puesto. Pulsé uno de los botones laterales y la pantalla se iluminó con un resplandor casi cegador. Súbitamente el interior del vagón emergió de entre las sombras y el plástico negro que envolvía el enorme bulto reflejó con una amalgama de destellos la luz reflejada en mi rostro. La pantalla se presentaba completamente blanca y con un único texto en el centro que rezaba: «*Vía Catalina 44, Siodel - Hízoren*». Nada más, el resto de botones habían sido deshabilitados y únicamente podía activar y desactivar la retroiluminación de la propia pantalla. Alcé el dispositivo hasta situarlo a la altura de mis ojos, lo miré fijamente e intenté atisbar en él cada uno de los elementos que lo componían. Pensé en mi sueño. En él pude sentir cada una de las partes que formaban aquel reloj, pude percibir el movimiento de cada pieza como si, con anticipación, fuera capaz de adivinar el siguiente paso, como si dominara las energías cinéticas que lo impulsaban. Con aquel pensamiento presente, mantuve la mirada fría y analítica y comencé mi pequeño experimento.

En primer lugar, me concentré, puse toda mi atención sobre aquel objeto con la intención de percibir la electricidad que anegaba su circuito impreso. Me esforcé, pero tras un tiempo seguía sin sentir nada especial, pues el ruido creciente del interurbano, que había comenzado a acelerar, me distraía. Cerré los ojos e intenté deshacerme de todos los sonidos de mi alrededor, los abrí de nuevo y fijé aún más la mirada. Intenté sumergirme en el funcionamiento de aquel pequeño dispositivo que sostenía entre mis dedos y tan familiar como el rostro de un amigo. La sensación que me había acompañado siempre regresó mucho más realzada. Como un cosquilleo inexplicable comencé a sentir la energía que se transmitía por los componentes, el funcionamiento de aquel pequeño procesador y como los transistores nanométricos liberaban la energía y la detenían lanzando como resultado operaciones matemáticas, como interruptores en secuencia

de tamaño molecular. Percibía la energía transformarse en información ordenada, percibía todo como siempre, pero no como en el sueño, no como con Vain. Resoplé, inspiré una bocanada de aire viciado y apagué la iluminación de la pantalla para dejar que la oscuridad volviera a cubrirlo todo con su manto.

«Vain, en mi sueño podría haberte destruido…»

Volvía a sentirme solo en aquel vagón frío, acompañado de un enorme bulto que debía entregar, aún no sabía cómo, a cambio de dinero que utilizaría para reconstruir la capsula. Esa era la única forma que tenía de trasladarme hasta al Vain de verdad y ese era mi único objetivo. No me quitaba esa idea de la cabeza y la rabia crecía dentro de mí. Él me lo había quitado todo. Haría todo el mal que fuera necesario por alcanzarlo.

La rabia y la frustración seguían creciendo en mi interior y en un arrebato activé la pantalla del dispositivo y fijé mi mirada. Esa vez mis dedos temblaban, pero súbitamente sentí su energía, cerré los ojos con la intención de encontrarme con la misma sensación que me cubrió en el sueño dónde me hallaba paralizado y atenazado por el dolor en mitad de aquella llanura inhóspita. Abrí los ojos y durante un instante adiviné la forma precisa de cada pieza y lo hice de forma diferente: repentinamente me sentía envuelto por un silencio tan aplastante como la nada absoluta, como si pudiera estar en todas partes y en ningún lugar el mismo tiempo. El nudo de rabia se deshizo y el abrazo confortable de la calma provocó que mis sentidos se intensificaran de forma ilimitada. Entonces supe que, si quisiera, podría extender un dedo y modificar un punto concreto del objeto que sujetaba; podría cambiarlo. Me sentí muy diferente, como si hubiera logrado atravesar una barrera que había tenido siempre delante de mí, y que me había ocultado una forma más profunda de observar la realidad que me rodeaba. Percibía el paso del tiempo como latidos que provenían de todas partes, como si el universo tuviera pulso y yo bailara a su ritmo. Podía ver la energía, podía sentir su dirección y su intensidad; lo estaba haciendo, lo estaba consiguiendo, estaba... Cerré los ojos y todo se apagó. La sensación de haber mezclado los poderes de mi sueño con la realidad había desaparecido y me desmoroné. Volvía a percibir como siempre mi entorno, donde el ruido y el frío del vagón volvían a apoderarse de mi cuerpo. Abrí los ojos de nuevo, di un respingo al mirar la pantalla de mi dispositivo y el corazón me dio un vuelco. «¡Lo he conseguido!» Pensé emocionado. Había desbloqueado el dispositivo, pues la pantalla blanca con la dirección había desaparecido y podía ver todas las opciones de ajustes de sistema y clientes de comunicación.

—¡Lo he hecho! —grité.

Me incorporé como un chiquillo y me quedé mirando el

dispositivo fascinado. ¿Qué acababa de hacer? Era evidente que había logrado desbloquear el dispositivo, pero era incapaz de comprender cómo había logrado entrar en aquel estado alterado de la percepción para hacerlo.

Alcé la mirada y removí mis pensamientos una vez más. «¿Cómo lo he hecho?» Antes lo había intentado y había fracasado, sin embargo, tras recordar…

—¡Vain!

Dije su nombre y entonces lo comprendí. La rabia que se había instalado en mí lo había permitido, era como si nunca antes se hubiese manifestado de aquella forma, y lo cierto era que nunca antes había guardado en mi interior un sentimiento tan fuerte y profundo. Pensar en Vain y en mi padre era clave para desencadenarlo. Estaba de pie con la cabeza embotada, como si acabaran de zarandearme fuertemente, mientras realizaba un esfuerzo desmesurado para sujetar entre mis dedos el dispositivo desbloqueado.

Mis pensamientos se habían ralentizado, pero ya que había logrado desbloquear aquel aparato, tenía que aprovecharlo. Conocía una gran cantidad de números —nunca había necesitado anotarlos—, así que abrí un canal y establecí comunicación a través de una red segura. En primer lugar, quisiera enviar un mensaje a los chicos. Naturalmente, eran altas horas de la noche y lo más probable es que estuvieran durmiendo, pero, aunque iba a contar con Melshan para trasladar el paquete, quizá ellos pudieran ayudarnos.

«Chicos, soy Laklar, os escribo desde un dispositivo diferente. Estoy en camino a la estación de mercancías de Thren. El interurbano en el que viajo llegará dentro de una hora y treinta minutos, venid a buscarme. Vagón AVP Azul.»

Envié el mensaje y la comunicación se cerró tal y como Melshan dijo que funcionaban las redes seguras de «ASA»; cifraban los mensajes uno a uno y era necesario abrir de nuevo la red para establecer una nueva comunicación. Abrí de nuevo el canal y envié otro mensaje a Melshan:

«He desbloqueado el dispositivo donde tenía apuntada la dirección. Me queda una hora y media de viaje.»

La comunicación volvió a cerrarse y con una vaga sensación de certidumbre pulsé el botón que bloqueaba el dispositivo de nuevo. La pantalla se apagó y la fría oscuridad me arropó de nuevo.

10

Sentí un pequeño vértigo y a continuación, una suerte de sonidos afilados que terminaron provocando que despertara exaltado y con el corazón golpeándome las sienes. Por un segundo no sabía ni dónde estaba ni qué estaba haciendo ahí, pero tras alcanzarme el efluvio químico que impregnaba la oscura y ruidosa estancia el aturdimiento del sueño me abandonó y la lucidez regresó con todas las respuestas:

«El vagón se detiene.»

Ya estaba llegando a Hízoren y eso significaba que había dormido como mínimo una hora y media. Hora y media de descanso sin sueños alucinatorios, sin encuentros con Aemander o con Vain.

Me incorporé asiéndome de una de las paredes metálicas y saqué el dispositivo del bolsillo de mi abrigo. Activé la pantalla y el resplandor de luz me mostró de nuevo la dirección de *Siodel* donde debía entregar el enorme bulto que me acompañaba. El dispositivo volvía a estar bloqueado como si nada hubiera ocurrido. No pude haberlo soñado. Mientras pensaba en todo lo que me había sucedido hasta el punto donde me encontraba, comencé a dar vueltas al enorme paquete. Estaba cubierto por un plástico de color negro de aspecto hermético y resistente. Acerqué mi mano y palpé la superficie con la intención de identificar lo que el envoltorio estaba cubriendo. En realidad, no era más que un fardo compuesto por otros paquetes del tamaño de sacos de azúcar de un kilogramo, o kilogramo y medio. El *Chef* no parecía el capataz de un grupo de agricultores dedicados a la

siembra y a la recolección de materias primas básicas, así que tenía serias dudas de que estuvieran traficando con azúcar o harina. Lo que tenía ante mí era otra cosa, algo peligroso, sin duda.

El interurbano comenzó a reducir la velocidad de forma drástica y tuve que asirme al paquete para no caer de bruces. Pronto se detendría en la estación así que tendría que estar preparado para cualquier cosa. Sabía que la ciudad de Hízoren estaba repleta de agentes IDC y, no quisiera dármelas de importante, pero seguro que agentes IDC que me consideraban un ciudadano peligroso en búsqueda y captura. Si me atrapaban, sería trasladado a uno de esos centros para «no aptos», y todo se habría terminado rápidamente. No tenía elección, tendría que esperar pacientemente a que Melshan llegara antes de cometer una estupidez. El interurbano comenzó a emitir unos ruidos afilados y tras unos segundos se detuvo completamente. El interior del vagón volvió a quedarse en silencio y resistí de pie, respirando lentamente y a la espera de los acontecimientos.

Los minutos fueron pasando y abatido sobre una de las esquinas del vagón y cubierto por un manto de oscuridad, la soledad me devolvió a los días que pasé en el interior del apartamento de Hízoren tras la muerte de mi padre. Días oscuros donde la pesadumbre había comenzado a consumirme por dentro, alimentándome de los recuerdos y renegando del presente como si fuera una pesadilla de la que tuviera que despertar. Mientras estaba sumergido en mis pensamientos y medio adormilado, unos golpes irrumpieron en la oscuridad y quebraron el silencio de forma brusca. Di un respingo y a continuación, una voz incomprensible inundó el interior del vagón. Me incorporé rápidamente y me acerqué hasta la puerta, pegué la oreja y sólo cuando identifiqué que alguien estaba repitiendo mi nombre grité:

—¡Estoy aquí dentro! ¡Abre la puerta!

El mecanismo de apertura de la puerta lateral del vagón dio un chasquido y tras otro golpe, ésta se abrió y la tenue luz de las lámparas de la estación me alcanzaron.

—¡Lak! ¿Estás ahí?

—¡Mike! —grité— ¡Eldar! —añadí conmocionado.

Habían venido. Habían recibido mi mensaje. Antes de abalanzarme hacia el exterior me arrodillé y respiré frente a la abertura una bocanada de aire fresco. Me arrastré y me dejé caer del vagón dando un pequeño salto. Los tres nos fundimos en un abrazo.

—¡Os he echado de menos! ¡Os he echado mucho de menos! —dije visiblemente emocionado. Al instante pensé en todo lo que había ocurrido desde la última vez que los había mirado a los ojos. Volver a verlos era como reabrir todas las heridas, pero ahora yo era mucho

más fuerte.

—¡Maldito Lak, nos tenías muy preocupados! —dijo Eldar mientras me estrujaba con fuerza. Su abrazo de oso era cada vez más recio.

—Lo siento, chicos. Siento no haber contactado con vosotros antes. Gracias por venir… —dije turbado. No sabía por dónde comenzar, habían ocurrido tantas cosas en tan corto espacio de tiempo.

Mike se alejó de mí unos centímetros para mirarme de arriba abajo sin apartar sus manos de mis hombros.

—Por el cadáver de Aemander, ¿qué haces en un vagón de mercancías? Apenas quedan un par de horas para el amanecer.

—Es una larga historia —respondí.

—Y, ¿ese abrigo? Has perdido la cabeza, ¿verdad?

—No, Eldar —sacudí la cabeza y dibujé una sonrisa— Vengo de Ranshee…

—¡¿De Ranshee?!

—¡Shhh! Sí. Ya sabéis la facilidad que tengo para meterme en líos…

—Sí —respondió Eldar encogiéndose de hombros—, y eso era precisamente lo que tanto echaba de menos. A ver, cuenta por esa boquita.

Me volví hacia la puerta abierta del vagón y dirigí mi mirada hacia el interior:

—¿Veis ese enorme bulto? Tengo que entregarlo, aún no sé muy bien cómo, en *Siodel*.

Decidí por el momento no contarles más detalles sobre el bulto. Mike y Eldar se acercaron a la abertura e iluminaron el interior con la lámpara de uno de sus dispositivos.

—¿Dices que tienes que llevar ese paquete a *Siodel*? ¡Pero si es más grande que yo! —exclamó Eldar— ¿Cómo pensabas hacerlo? Ni entre los tres podríamos sacarlo del vagón, además, quizá no te hayas dado cuenta, pero las calles están sitiadas por los IDC, día y noche. Los muy hijos de perra han dictado un toque de queda. La ciudad se está convirtiendo en una prisión, Lak.

La situación ha empeorado drásticamente.

—Veréis, cuando me comuniqué con vosotros —dije mientras les enseñaba el dispositivo con la dirección. Mike lo asió y lo examinó frunciendo el entrecejo.

—¿Nos enviaste el mensaje con esto? Si esto es un localizador, no hay forma de utilizarlo para enviar mensajes —dijo confundido e inmediatamente abrí unos ojos como platos.

—¿Cómo? ¿Estás insinuando que esto también está transmitiendo mi ubicación en todo momento?

—No lo insinuó, lo afirmo —Mike me miró de hito en hito—. No sé quién te lo habrá dado, pero te está rastreando ahora mismo...

—Bueno, no me importa —lo interrumpí sacudiendo la cabeza—. Como os decía, cuando os envié el mensaje a vosotros, también se lo envié a Melshan.

—¡¿A Melshan?! —dijo Eldar dando un grito.

—¡Silencio! —repliqué, miré en todas direcciones y proseguí con voz queda—. Sí, a Melshan. Hace un día fui a Ranshee, estuve en su casa, más tarde me metí en problemas y ahora estoy aquí… —los dos me miraban como si hubiera enloquecido, y no los culpaba por ello— El caso es que logré enviarle un mensaje y si todo ha ido bien vendrá hasta aquí con un vehículo de transporte grande de un momento a otro... Eso si ha logrado pasar de la estación —musité.

—No esperes que llegue hasta las vías, Lak. Probablemente esté esperando en la zona de carga, pero no podrá llegar más lejos. ¿Nos acercamos y echamos una ojeada?

No podía abandonar el vagón. Si el *Chef* conocía mi ubicación al milímetro, quizá lo mejor sería mantenerme pegado al paquete. No estaba seguro de lo que ocurriría si lo abandonaba antes de entregarlo en la dirección indicada.

Resoplé y hundí los hombros.

—No puedo alejarme del paquete, chicos. Tendré que esperar aquí.

—¡No será necesario que vayáis a ningún sitio, muchachos!

Una voz potente me interrumpió y cuando alcé la mirada y me volví para discernir la silueta recortada que se acercaba hacia nosotros inspiré profundamente aliviado y avancé hasta él:

—¡Melshan! ¡Qué alegría verte!

—¡Laklar! —dijo él con una sonrisa amplia. Me dio un abrazo contundente y comenzó a examinar mi rostro como si fuera un padre preocupado— ¡Por la gracia de Aemander! ¡Estás bien! Me tenías preocupado.

Asentí y sonreí.

—Estoy bien.

Melshan miró por encima de mi hombro y examinó el vagón en la penumbra.

—¿El paquete de ese desgraciado está ahí dentro?

Asentí y nos acercamos al vagón.

—Chicos, os presento a Melshan.

—Mucho gusto conocerle, Melshan —dijeron casi al unísono.

—Un placer, chicos —respondió con una voz risueña—. No tenía en mente visitar vuestra ciudad por un tiempo, pero aquí estoy. ¡Bien! ¡Centrémonos! Cojamos el paquete y llevémoslo al vehículo, está estacionado a cincuenta metros de aquí.

—¿Está seguro? ¿Ha visto lo grande que es? —protestó Eldar.

—Ya lo veo, muchacho. Vamos, Tú y tú —dijo señalándolos con el dedo índice—, subid al vagón y empujadlo hasta la puerta.

Obedecieron sin la menor protesta. Mike y Eldar empujaron el paquete hasta el borde, se apearon del vagón y a continuación intentamos levantarlo entre los cuatro.

—¿Preparados? A mi señal, ¿de acuerdo? No quiero tener que hacerme cargo de ningún herido a estas alturas de la noche.

A la señal de Melshan asimos el bulto y logramos mantenerlo a un metro del suelo sin que éste comenzara a balancearse, a continuación, nos movimos lentamente y lo depositamos en el suelo empedrado del lateral de las vías.

—¡Por el cadáver de Aemander! Creo que se me van a estirar los brazos… —dijo Mike entre jadeos.

—Mike, tan sólo han sido tres segundos de esfuerzo —solté una risotada y Eldar rio conmigo.

—He visto a gente más delgada que tú levantar cosas más pesadas —añadió Melshan—. En realidad, no pesa demasiado para lo voluminoso que es. Vamos chico, necesitamos un poco de acometividad, de brío, ¡a trabajar esos músculos!

Sin apenas tiempo para respirar, Melshan nos apremió a levantar de nuevo el bulto y a seguir sus indicaciones. Lo hicimos y entre quejidos comenzamos a movernos lentamente mientras intentábamos no tropezar con los anclajes que sobresalían del estrato de piedras rodadas. La estación de mercancías del interurbano parecía estar sumergida en una tenue penumbra y por el momento no se atisbaban signos de actividad en las inmediaciones. Tras unos minutos en constante movimiento paulatino lo logramos, depositamos la carga frente a las puertas traseras del vehículo de Melshan y liberamos nuestros cuerpos de aquel lastre que ya había comenzado a deslucir nuestras espaldas.

—Un segundo, abro las puertas y lo metemos dentro con un último empujón.

—Creo que no voy a poder moverme en un mes —Eldar resistía de pie apoyado sobre sus rodillas y jadeando de forma alarmante.

—¡Vamos, Eldar! Un poco de ejercicio no viene nada mal —añadió Mike completamente exhausto.

—El ejercicio no sirve de nada… Todos los que conozco que hacían ejercicio están con problemas: uno con la pierna rota, otro con rotura de ligamentos y hasta conozco a uno que perdió un brazo, ¡un brazo, Mike! Como siempre digo, el ejercicio es para los cobardes y para los que quieren morir en la juventud.

—Echaba de menos vuestras discusiones, chicos.

Era cierto. Echaba de menos sus charlas, el tiempo que

pasábamos discutiendo, riendo y maquinando. Los momentos juntos eran unos de los mejores recuerdos que tenía.

—Y nosotros a ti también, Lak.

—Basta ya de cháchara —nos reprendió Melshan—. Metamos esto dentro, ¡vamos!

Con un último esfuerzo cargamos el bulto y subimos al vehículo. Melshan activó el *Matel* y emprendimos la marcha con cautela. Lo primero que hice fue introducir la dirección de destino en la centralita para que el vehículo mostrara las indicaciones o activara el sistema de conducción autónoma si fuera necesario. Al introducir la ruta en la centralita, Melshan prefirió que el vehículo siguiera el recorrido a su manera, y en realidad era la mejor opción, ya que el vehículo respetaría todas las señales de la vía y nos dirigiría de forma segura al destino indicado.

En apenas unos minutos ya habíamos abandonado la estación de mercancías y nos encontrábamos recorriendo las calles de *Thren,* salpicadas con luces ambarinas y luminosos estrambóticos de toda clase de empresas instaladas en el distrito. Era extraño volver a estar en Hízoren y tener que recorrerla como un fugitivo, pero lo cierto era que, a pesar de todo, la ciudad seguía ofreciéndome una sensación de cobijo, de protección. Seguía siendo mi ciudad, por mucho que todo hubiera cambiado. A medida que nos adentrábamos en el centro comencé a reconocer de forma familiar el perfil de los edificios oficiales, las grandes vías que se sumergían en la superficie y volvían a emerger como senderos de gusano. Con todo, me recliné sobre el asiento de acompañante y sentí la necesidad imperiosa de cerrar los ojos, de descansar la vista. Las fuerzas me abandonaban poco a poco, y a excepción del tiempo que había pasado dormitando en el vagón del interurbano, no había pegado ojo en las últimas treinta horas. Sin quererlo, entre las preguntas estrafalarias de los chicos a Melshan y viceversa, caí en un sueño tenue.

Un grito me despertó y miré con nerviosismo a mi alrededor. Melshan seguía conduciendo, aunque lo hacía con el gesto torcido y sacudiendo la cabeza, y por el punto de la ciudad en el que nos encontrábamos, supe que no había pasado mucho tiempo desde que había caído en la ensoñación. Me incorporé y me volví hacia la zona de carga donde estaban Mike y Eldar.

—¿Qué ocurre? ¿A qué vienen esos gritos?

Encontré a Eldar de pie junto al paquete. Sonreía y se tambaleaba con los ojos a la virulé.

—¡Le he insistido en que no lo probara, pero ya sabes cómo es! ¡Es un cabezota de mucho cuidado!

Mike estaba furioso, pero no terminé de comprender a qué se refería porque yo seguía algo turbado. Al instante descubrí que el

plástico de color negro que envolvía el paquete tenía un pequeño corte que revelaba el interior.

—Pero… ¡¿Qué has hecho?! ¡¿Por qué lo has abierto?! ¡Nadie debía abrir ese paquete! ¡Nadie debía acercarse a él!

Me levanté tan rápido como pude y me abalancé hasta la zona de carga donde resistía de pie Eldar. Seguía con la mirada perdida y sonriendo como si hubiera sufrido una sobredosis de pastelitos.

—Te aseguro que le pedí que no se acercará al paquete, pero no hizo ni caso, ¡ese chico es irremediable! —espetó Melshan.

—¡Esto es increíble! ¡Lo mejor que he probado nunca! —gritó Eldar y entró en estado de euforia— ¡Vamos, Lak! ¡Pruébalo!

Lo detuve antes de que volviera a introducir su mano en la sustancia grisácea que asomaba por entre la fisura de plástico y lo aparté todo lo que pude del bulto.

—¿Por qué lo has tomado? ¡No sabemos lo que es! ¿Y si estás intoxicado? ¡¿Acaso quieres morir joven?!

—¡Eldar! —gritó Melshan mientras manejaba el vehículo—. ¿Puedes describir lo que sientes en estos momentos? Si es que entiendes lo que te estoy diciendo, claro…

—Ahora me siento muy bien —respondió con cara de panoli—. Tengo la visión un poco emborronada por los bordes y veo como pequeños destellos de colores salir de todos lados —añadió con voz cantarina y aguda—. ¡Oh, esto es espectacular! —Eldar me abrazó de forma brusca y dejó caer parte de su peso sobre mí—. Chicos, sé que nunca nos decimos estas cosas, pero quiero que sepáis que os quiero… ¡Os quiero mucho, joder! No solemos decirnos estas cosas… ¿a que no? —añadió mirando a Mike y a continuación me dio un beso en la mejilla.

—¡Contrólate, Eldar! —dije— Esto debe ser una sustancia estupefaciente, Melshan. A ver… es de color grisáceo y parece tener la textura de la harina, ¿qué piensas?

Melshan sacudió la cabeza y el vehículo giró bruscamente por una vía de menor tamaño y peor iluminada.

—¡Ay! Me temo que sí… chicos. Estoy seguro que se trata de una droga sintética, que por desgracia se está volviendo demasiado común en Ranshee. La llaman la droga de los abogados y en exceso provoca euforia entremezclada por lapsos de pánico y alucinaciones. También creo que tiene una serie de efectos secundarios…

Melshan había descrito lo más parecido a un vaivén de emociones por las que tarde o temprano comenzaría a pasar Eldar.

—¿Son muy graves esos efectos secundarios? —preguntó Mike visiblemente preocupado.

—Tu amigo es bastante corpulento, por lo que no debéis temer. Eso sí, probablemente pase un par de días con dolor de cabeza y

visitando el baño, digamos, más de lo habitual…

—¡Eldar, escúchame! —sujeté a Eldar por los hombros y traté por todos los medios que se concentrara en mí, pero seguía cabeceando de forma ausente, con la mirada perdida y con una sonrisa exagerada—. Has consumido una droga sintética, no es grave, pero las próximas horas van a ser algo complicadas. No pasa nada, ¿de acuerdo? Ahora… por favor… ¿podrías decirme cuánto has tomado? —Eldar no respondió, pero Mike me interrumpió.

—He visto que sólo se ha mojado el dedo y lo ha cubierto con esa sustancia, nada más.

—Está bien, aproximadamente diez o veinte miligramos, no más —dije en voz alta para que Melshan pudiera oírme—. ¿Qué piensas, Melshan?

—No es una cantidad importante, pero chicos, tengo malas noticias… Me temo que ahora tenemos algo más grave por lo que preocuparnos.

La voz de Melshan había cambiado, se había vuelto grave y áspera y sólo hablaba así cuando algo no le gustaba de verdad.

—¿Qué ocurre?

—Míralo tú mismo…

Me acerqué hasta el asiento de Melshan e inmediatamente lo vi: había un control de agentes IDC y habían bloqueado la gran avenida por la que se había incorporado nuestro vehículo. Desde la distancia pude distinguir a más de diez agentes en pie flanqueados por unos cinco vehículos que bloqueaban la vía con las luces de emergencia encendidas. Nunca había visto un control de agentes de esa envergadura.

—¡Por el cuerpo de *Mekan* en llamas! He aborrecido a esos IDC. ¡Desvíate!

El vehículo nos conducía de forma irremediable hacia el control.

—No puedo porque está funcionando en automático. Ahora estamos muy cerca y si me desvío, esa cuadrilla de mequetrefes irá detrás de nosotros y eso será peor. Este furgón no es muy rápido, pero tranquilos, si hacen que detenga el vehículo les diré que soy transportista… No tiene por qué ir mal.

Recordaba perfectamente lo que me ocurrió en la estación de *Rosen*, los controles, cómo detenían a los ciudadanos sin motivo. Los agentes IDC no habían tenido reparo en amenazarme o golpearme con sus *Voltare*, y tampoco lo habían tenido para dispararme como si fuera un animal. Melshan no sabía de lo que eran capaces.

Cuando nos acercamos a pocos metros del control, uno de los agentes comenzó a hacer el alto al vehículo.

—Escondeos…

Mike se colocó detrás del bulto y yo arrastré a Eldar por la

pechera y logré hacer que se sentara a su lado. A continuación, tapé su boca para que no hiciera ningún ruido.

—Eldar… Ni una palabra…

Él asintió con la mirada bizca.

Melshan detuvo el vehículo y el agente le indicó con un ademán que bajara su ventanilla. Melshan obedeció inmediatamente y le ofreció al agente la mejor de sus sonrisas.

—Buenas noches, qué agradable temperatura, ¿verdad?

—Si usted lo dice… —dijo el agente con voz átona y metálica, parapetado tras su máscara blanquecina y su arma de asalto—. Voy a identificarle, ciudadano.

Melshan asintió y yo tragué saliva.

«¿Identificarle?» Pensé.

—Sin ningún problema, agente —dijo risueño.

—¿Hacia dónde se dirige, ciudadano Mikayomi?

Respiré aliviado y miré a Mike para tranquilizarlo. Melshan había modificado sus credenciales por unas falsas como había hecho con la mía. Seguro que se trataba de otro obsequio de la red «ASA».

—Soy transportista, señor agente. Tengo una entrega que hacer en *Siodel*… Estos horarios nocturnos cada vez son más difíciles de cumplir.

La interpretación de Melshan era excelente. El agente no tendría por qué sospechar, pero se trataba de un IDC y conocía en mis propias carnes lo inflexibles y pertinaces que podían llegar a ser. Tras unos segundos examinando las credenciales y cotejando una información desconocida el agente hizo un ademán:

—Abra la compuerta de carga, ciudadano.

El agente avanzó unos pasos hasta la puerta trasera y Melshan se volvió ligeramente hacia el interior del compartimento de carga.

—¿Alguna idea, hijo? Están muy cerca de llevarnos a todos a la prisión del Arco…

Melshan se levantó de su asiento y accedió a la zona de carga con la intención de que el agente pensara que iba a abrir la puerta trasera desde dentro.

—Vuelve a tu asiento ahora mismo —dije con firmeza—. Tienes que iniciar la marcha, ¡ya!

—¿Te has vuelto loco? —protestó sin levantar la voz— Si arranco el vehículo estamos muertos y no tengo edad para morir en una persecución, ¡por muy chocante que suene eso!

Lo cierto era que no supe distinguir si Melshan estaba bromeando o no, pero insistí con un ademán brusco y esa vez se volvió hacia su asiento balbuceando improperios.

—Con la de cosas que tengo por hacer… Si me disparan espero que sea en la cabeza… Rápido, indoloro y sin tiempo para cagarme en

los pantalones…

Melshan activó el arranque y el vehículo salió disparado produciendo un ruido ensordecedor. Yo caí de bruces sobre el frío suelo del furgón y muy cerca del enorme bulto, que había comenzado a desplazarse sobre la superficie de forma impredecible. Mike y Eldar terminaron con los cuerpos pegados a las puertas traseras, que por suerte seguían cerradas.

—¡Disculpen! —gritó Melshan y aceleró.

El vehículo destrozó una de las vallas que delimitaban la zona controlada por los IDC y siguió avanzando por la gran vía a toda velocidad. Melshan logró esquivar a varios agentes, pero antes de que pudiéramos abandonar por completo el control, uno de sus vehículos se cruzó a toda velocidad para bloquearnos el paso. Grité para prevenir a Mike y a Eldar, pero apenas pude escuchar el sonido de mi voz entre el estrépito que comenzó a rodearnos. En el momento del impacto me sujeté con fuerza a la parte trasera del asiento de acompañante y con el choque, el bulto golpeó con violencia el asiento de Melshan. Sorprendentemente, el furgón no redujo excesivamente la velocidad y sin inmutarse lanzó al vehículo IDC contra una de las aceras de la vía; se retorcía como si fuera el juguete de un niño. En unos instantes habíamos convertido aquella zona de la ciudad en un caos. Una decena de agentes IDC por los suelos a cubierto y un vehículo destrozado: La situación adquirió una tensión para la que no estábamos preparados. Cuando el *Matel* cruzó disparado la última de las líneas de control, nos alcanzaron unas explosiones y unos golpes metálicos. Miré en todas direcciones intentando discernir el origen de los golpeteos afilados que comenzaron a resonar en el metal y rápidamente comprendí que se trataban de impactos de proyectiles y la mayoría de ellos se concentraban en las puertas traseras. Crucé como pude la zona de carga y me así a la puerta trasera, una de ellas incorporaba un gran cristal y de un vistazo pude ver en qué situación habíamos dejado aquella vía.

—¡Nos disparan! —grité.

—¡Ya lo veo!

La carrocería resistía y los dos impactos del cristal únicamente habían logrado dejar un pequeño manchurrón grisáceo.

—¡¿Esto es un furgón blindado?!

—¡Cuando tengas mi edad pensarás en esas cosas cuando vayas a alquilar uno! ¡Era para la presentación! ¿Qué pensabas? ¡Toda precaución es poca!

Abrí unos ojos como platos cuando vi que el resto de vehículos emprendían la marcha y aceleraban precipitadamente hacia nosotros:

—¡Nos persiguen! ¡Intenta despistarlos!

Melshan conducía el furgón de forma colérica. Tras una sucesión

de embestidas, giró bruscamente hacia la derecha con la intención de tomar una calle estrecha y así dificultar la persecución. Mantuvo la velocidad y tras comprobar que aún nos seguían bien de cerca, volvió a girar a la izquierda hacia una vía mayor; durante el zigzag destrozó dos puntos de suministro de agua, una docena de *Hoverboards* que había en un punto de uso temporal y casi atropellamos a un grupo de personas. Por mucho que se esforzara los IDC no desaparecían de los retrovisores y la situación adquirió una nueva dimensión al comprobar que otros dos vehículos IDC que patrullaban en sentido contrario se unían a la persecución.

—¡Vamos a morir!

Eldar estaba ahora enormemente alterado, atenazado por los impactos de proyectil, el centelleo de las sirenas y el fulgor de las luces estroboscópicas que iluminaban el interior de la zona de carga a través del cristal de la puerta trasera. Se abrazaba a Mike palidecido al mismo tiempo que se deslizaban de un lado a otro de la zona de carga. Por si no fuera poco, el puñetero paquete también lo hacía y golpeaba sin control los laterales del vehículo, produciendo un estruendo ensordecedor a cada giro.

Uno de los vehículos IDC se acercó por nuestra izquierda y golpeó la protección del furgón, desplazando la parte trasera hacia la derecha y provocando que éste girara rápidamente hacia el lado opuesto para conducirnos de forma fortuita por una vía desconocida.

—¡Por el cuerpo de *Luvin* en llamas! ¡El señor Mikayomi ya no va a poder devolver este furgón! —gritó Melshan mientras intentaba controlar la dirección del vehículo.

—¡¿Mikayomi?! ¿Qué haces?

—¿A ti qué te parece? ¡Resulta que, ya que estamos en una persecución, me ha parecido interesante dejar que me golpearan y que me desviaran por callejuelas! —gritó Melshan mientras intentaba no destrozar el furgón golpeando el mobiliario urbano de la estrecha calle.

Finalmente, abandonamos la pequeña vía y alcanzamos una de las arterias principales de la ciudad. Tendríamos que aprovecharla para llegar a *Siodel* todo lo rápido que pudiéramos, pero desafortunadamente las luces añil y escarlata seguían iluminando el interior del furgón con su fulgor intermitente y entregar el paquete en estas condiciones iba a ser imposible. Me lamenté y volví a asomar parte de la cabeza por la ventana trasera:

—Vamos a morir… Vamos a morir… —repetía Eldar de forma persistente—. Vamos a morir… Vamos a morir…

—¡No vamos a morir! —grité para que pudieran oírme y a continuación, me acerqué esquivando el bulto a la zona delantera—. ¡Melshan, controla el vehículo lo mejor que puedas, intenta al menos

mantenerlo dentro de la vía!

—¡Ah, claro! ¡¿Quieres que conduzca por la vía?¡

Me volví para barrer con la mirada la zona trasera del furgón donde estaban Mike y Eldar y a continuación, observé la puerta con la ventana de cristal que, por el momento, de forma inexplicable resistía intacta.

—¡Tú concéntrate en conducir!

—¡¿No me digas?! ¡Gracias por avisarme! Estaba ahora mismo pensando en cómo me gustaría más el *Telonne*, si con la salsa de tomate o con salsa de patata… ¡Por el cuerpo de *Luvin* en llamas! El señor Mikayomi, un tipo culto y dueño de dos corporaciones que también me inventé, está intentando por todos los medios no empotrar el vehículo en los edificios. ¡No me hables!

Melshan estaba fuera de sí.

—¡Bien! —dije lo único que se me ocurrió.

Me apeé asiéndome de las protuberancias que asomaban del lateral de la zona de carga y esquivé uno de los golpetazos del enorme bulto. Mike y Eldar estaban temblando de miedo en una de las esquinas.

—No os va a ocurrir nada, os lo prometo —musité.

El interior del furgón era un caos. Tambaleante alcancé el cristal, me así con fuerza a la puerta trasera y observé, con el privilegio de ser una vez más el protagonista de una huida, la escena dramática que se desarrollaba a nuestras espaldas. La visión era estremecedora; de un vistazo conté al menos ocho vehículos con las luces de emergencia activadas y acercándose a velocidad inusitada. Si no hacíamos algo nos alcanzarían y todo se habría terminado. Todo el riesgo, la perdida y sus consecuencias, no habrían servido para nada si esta noche me atrapaban. Jamás podría alcanzar a Vain. Jamás podría cerrar las heridas que estaban destrozándome por dentro. Entonces comprendí que, si eso ocurría, también acabaría condenando inútilmente a mis amigos y a Melshan. El dolor regresó como una punzada que recorría todo mi cuerpo y por un segundo volví a sentirme extraño. Súbitamente comencé a percibir el paso del tiempo como enormes latidos que lo cubrían todo, como una sensación familiar que crecía y me calmaba ralentizándolo todo para que la realidad, que avanzaba de forma intrínseca a una velocidad diferente a la mía, lo hiciera a mi ritmo y se sincronizara con lo más profundo de mi ser. Cerré los ojos y percibí con más fuerza aún el latido universal que lo llenaba todo. Abrí los ojos y, como en mi sueño, pude percibir cada uno de los vehículos como si yo mismo los hubiera creado de la nada. El primero de ellos no debía superar los dos metros y medio de ancho y el metro y medio de alto; formaba parte de las series rápidas de *Matel*, y éstos eran de color blanco con un número identificativo y un anagrama que

no lograba distinguir, jaspeado sobre la parte superior izquierda del capó. Su baliza intermitente con los colores añil y escarlata decoraba todos los edificios a nuestro paso, y por su techo, se abría paso un hueco donde uno de los agentes exhibía parte de su cuerpo mientras nos disparaba con impetuosidad. Me concentré únicamente en ese vehículo y aparté el resto de los elementos que conformaban la realidad que me rodeaba. Vain. Él lograba realzar mi percepción, mi capacidad: una que aún no sabía describir. Él representaba toda la rabia que sentía y el interior de mi ser desgarrado y apesadumbrado. La llama comenzó a arder. El fuego se originó de nuevo en mi interior y mis ojos ardieron. Había funcionado.

Aquel poder desconocido había regresado como una sensación que se había vuelto familiar. Todo era diferente y todo estaba más claro. Con un pestañeo vislumbré los impulsos eléctricos que emanaban de las baterías de aquel vehículo, que se recargaban recuperando energía producida por la fricción con los engranajes de tracción de las ruedas. Sentía que podía acariciar cada una de las conexiones, cada una de las partes del vehículo, y actué tan rápido como pude. No era capaz de describir lo que mi mente analítica me estaba ofreciendo, pero lo único en lo que podía pensar era en prender aquel sistema que permitía al vehículo perseguirnos: Visualicé una explosión diminuta provocada por una sobrecarga y proyecté esa visión de destrucción sobre el vehículo al completo. Ipso facto, vi como el compartimento de baterías se desintegraba ante mis ojos y como rompía las reacciones electroquímicas de la misma. En la distancia percibí un escalofrío ascendiendo por mi espina dorsal, un pavor que apenas podía sentir gracias a la disociación. No podía explicarlo, pero al instante supe que estaba manipulando las reacciones para detenerlas. Supe que con mi mente podría inutilizar aquellos vehículos y dejarlos inservibles. «¿Estoy soñando despierto?» Repentinamente se produjo una explosión que llenó toda la vía con un haz tan brillante que la noche se convirtió en día; el vehículo que estaba más cerca de nosotros —el mismo sobre el que estaba concentrado—, había saltado por los aires y aquel estallido me había devuelto a la frágil realidad. Con unos ojos como platos pude ver como el vehículo impactaba contra el suelo envuelto en llamas y extendía en todas direcciones una onda de calor que también nos alcanzó. El resto de los IDC lo esquivaron y siguieron persiguiéndonos, ignorando que por entre el fuego había aparecido uno de los agentes corriendo y realizando fuertes movimientos espasmódicos para caer al suelo envuelto en llamas. Con una frialdad que me sorprendió, borré aquella imagen de mi mente y volví a concentrarme de nuevo. Esa vez no tuve que realizar un gran esfuerzo y alcancé aquel estado en un pestañeo. El tiempo volvió a dilatarse y los elementos primarios de

todo a mi alrededor volvieron a ser visibles a mis ojos. Atisbé las partes que conformaban el resto de los vehículos y uno a uno fui proyectando una orden de desintegración. Inmediatamente advertí las reacciones químicas que desencadenaron el sobrecalentamiento en el almacenamiento energético y en apenas una milésima de segundo la temperatura comenzó a freír los compartimentos; uno tras otro, los vehículos reaccionaron de forma simbiótica y se incendiaron y estallaron en enormes esferas de fuego que resplandecían en el firmamento. La vía quedó absorbida por el fuego y yo me sumí en un abatimiento al observar con mis ojos, desprovistos de aquel manto de claridad, el caos que había desatado. Antes de que pudiera decir una palabra me derrumbé sobre la zona de carga deshecho por el agotamiento. Súbitamente me sentí como si hubiera estado corriendo durante horas.

—¡Laklar! ¡Hijo! ¿¡Estás bien?!

En la distancia escuché los gritos de Melshan y el rumor de las ruedas recorriendo la vía.

—¿¡Qué ha pasado!? —preguntó Mike.

—¡No entiendo nada! ¡Esos vehículos han estallado por los aires! ¿¡Cómo ha sido posible!?

Mientras me sumía en una tenue oscuridad sentí el pánico en la voz de Melshan. Al igual que yo, no comprendía lo que acababa de ocurrir. Ignoraba lo que yo acababa de hacer.

—¡Lak! ¿Estás bien?

Mike se acercó para comprobar mi estado y me arrastró junto a Eldar. Intenté abrir los ojos y sólo encontré el espanto instalado en su rostro.

—Sí… —dije con un hilo de voz—. Tenemos que entregar el paquete…

Me sentía incapaz de articular una palabra más.

—¡Melshan! ¡Laklar está muy débil!

El acelerón fue lo último que sentí antes de caer de nuevo en un sueño de oscuridad y silencio. Al mismo tiempo que sucumbía a la inconsciencia me acompañó una extraña sensación de alivio. Seguíamos vivos y sólo uno de los cuatro ocupantes del *Matel Vag* sabía por qué.

11

Melshan detuvo el vehículo, activó el sistema de bloqueo tras estacionarlo y lo apagó completamente excepto la luz de cortesía que iluminaba la zona de carga. Rezongando se apeó de su asiento y se acercó para arrastrar a un lado el bulto y descubrirnos hechos un ovillo bajo las puertas. Eldar seguía algo turbado y los efectos psicotrópicos parecían estar abandonándolo. Yo recobré el conocimiento y me descubrí pegado a Mike, que había ejercido de guardián protector nuestro lo que restaba de trayecto. Ahora todo parecía estar en calma, pero tras otear el rostro descompuesto de Melshan, la visión de las explosiones iluminándolo todo regresaron a mi consciencia como una astilla incandescente.

Seguía con la cabeza embotada, pero los hechos aparecieron con claridad: Había destruido ocho vehículos IDC. ¿Cuántos agentes habrían muerto como consecuencia de mis acciones?

—Hijo, ¿estás bien? —dijo Melshan con voz quebrada. Alcé la mirada y encontré sus ojos de padre mirándome con preocupación. Él, de forma colateral había adquirido el compromiso de cuidar de mí; pero prefería pensar que lo hacía por voluntad propia. Prefería pensar que en realidad le importaba.

Asentí e intenté incorporarme.

—¿Cómo estáis vosotros, chicos? —añadió.

—Yo estoy bien y parece que Eldar también, pero Lak… ¿Cómo…?

Mike hizo una pausa y descifré el mar de preguntas que vertían sus ojos. Al igual que Melshan, él tampoco comprendía cómo era posible que hubiéramos dejado atrás a ocho vehículos el doble de veloces que este furgón, así que decidí adelantarme.

—Lo que ha ocurrido con esos vehículos ha sido una suerte…

Opté por no decir nada más. Al fin y al cabo, para ellos simplemente estaba de pie, mirando a través de un cristal lo que ocurría en el exterior. Nada más.

—Pero… No entiendo lo que ha ocurrido —insistió Mike.

—Parece que tenéis un amigo desconocido en esta ciudad… —lo interrumpió Melshan y nos ofreció su mano para levantarnos.

—¿Amigo?

Melshan se encogió de hombros.

—¿Quién si no? Alguien ha derribado esos vehículos desde un lugar que no hemos sido capaces de ver…

Mike me devolvió la mirada y yo asentí de forma nerviosa.

—Puede ser, Mike… —dije fingiendo convencimiento y Mike mudó la expresión.

—Terminemos con esto, hijo. Estamos en el punto de entrega. Creo que lo mejor es que te ayudemos a bajar la carga y más tarde esperemos nosotros tres escondidos dentro del *Vag*. Si ocurre cualquier cosa extraña sólo tienes que avisarnos, estaremos escuchándote.

Mike se incorporó y Melshan abrió las puertas traseras. Eldar nos seguía con la mirada lentamente y tras unos segundos levantó el pulgar y mostró una sonrisa torcida.

—Está bien…

Estiré mis músculos para espabilarme y procedimos a bajar el bulto. Con un último gran esfuerzo lo dejamos delante de la entrada; en el número cuarenta y cuatro de la vía *Catalina*, en *Siodel*. La puerta resistía completamente deteriorada, pero el número era legible, aunque se encontraba en parte cubierto por tierra de color rojizo. Parecía una zona industrial muy cercana al borde de la ciudad, donde sólo se extendían llanuras de tierra y plantaciones privadas con hortalizas y verduras. Melshan y Mike regresaron al furgón y tras unos segundos comprobando la zona, me decidí a llamar a la puerta. Aro todavía no había asomado por el horizonte y seguía siendo de noche, pero por momentos, el cielo parecía más claro y la luz comenzaba a arañar las sombras.

—¿Hola? ¿Hay alguien? Tengo una entrega…

Al cabo un minuto escuché unos pasos provenientes del interior y tras una suerte de ruidos metálicos la puerta se abrió y dos hombres con aspecto de gobernante salieron al exterior y me recibieron con una sonrisa afilada. Sólo necesité un segundo para confirmar que me encontraba ante hombres del *Chef*.

—Vaya, vaya, pero que tenemos aquí —dijo uno de ellos. Vestían bien, con trajes de diseño o hechos a medida. Sin duda, no encajaban en aquel lugar.

—Este paquete es para ustedes, entrega de…

—Puedes decirlo, es una entrega del *Chef*. Nos ha puesto al corriente sobre tu trabajo y también nos dijo que no vendrías —el hombre me miró de hito en hito sonriendo con ojos sanguinarios—. Ya había pedido diez mil por tu cabeza, pero parece que no eres tan inútil como él creía…

El otro hombre dio una vuelta al paquete y comprobó que estaba todo en orden.

—Todo correcto, Hyatt.

Sin quitarme el ojo de encima extrajo un dispositivo de su elegante chaqueta e inició una llamada.

—Sí, el chico está aquí… —apenas fui capaz de descifrar la voz metálica que provenía del dispositivo—. Sí, el paquete está intacto. Increíble, ¿no? Correcto, *Chef*, ahora le comunico las novedades.

Se guardó de nuevo el dispositivo y me miró divertido, como el que juega con un perro apaleado de forma despiadada.

—Muy bien, muchachito. Tendrás que volver al punto de encuentro… ¿Entendido? En el dispositivo que te dio el *Chef* encontrarás la dirección de origen por si tuvieras algún problema para encontrarla. Parece que has conseguido sorprenderlo y quizá aún no comprendas lo que eso significa… —Hyatt sacudió la cabeza y se ajustó la chaqueta para introducirse en el almacén, pero antes de cruzar el umbral se volvió con gesto sombrío— Quizá es mejor que sepas que mi trabajo era matarte si la cagabas.

Hyatt se perdió en la oscuridad y con la ayuda de otros tres hombres arrastraron por el suelo de tierra el gran bulto hasta el interior del almacén. Habíamos conseguido el primer medio millón de francos.

«A qué precio…» Una vez más logré consumir la culpabilidad y me concentré en el objetivo. Melshan volvería a construir su máquina y yo podría utilizarla para viajar al encuentro de Vain, para destrozarlo en mil pedazos con mis propias manos.

12

Tras haber completado la entrega de forma satisfactoria emprendimos la marcha con el vehículo de Melshan; el mismo que debían estar buscando todos los agentes IDC de la ciudad. Tras alejarnos de la zona unos doscientos metros, Melshan lo detuvo en un lugar en penumbra donde la iluminación artificial de la vía no lograba penetrar y nos apeamos de él inmediatamente.

—Me gustaba este furgón… ¡cojones! —espetó Melshan mientras asía su dispositivo y accedía a una de sus redes encubiertas.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté.

—¿Tú que crees? Este furgón tiene que desaparecer. Gracias a uno de los enlaces de «ASA» puedo eliminar los registros que lo relacionan con mi solicitud, pero…

—¿No decías que el furgón lo había alquilado un tal Mika…? Es igual… ¿qué más hay que hacer?

—Mikayomi, sí… Me gustaba mucho ese alter-ego, ¿sabías que lo usaba a menudo? Pero ahora no importa, tengo que eliminar el rastro por completo y también el número identificativo del bastidor —añadió sacudiendo la cabeza—, no sé cómo podremos borrar un número grabado sobre el acero, pero tenemos la obligación de hacerlo…

—¿Dónde suele estar el número identificativo?

—Suelen grabarlo sobre una de las barras transversales que cruzan los laterales del vehículo… Uhm, creo que este *Vag* lo tendrá en algún lugar del lado derecho.

Mike mi miraba arqueando una ceja y Eldar giraba en círculos sobre sí mismo, abriendo y cerrando los ojos como si pretendiera dormirse de pie.

—Yo me encargo de borrar el número —Melshan asintió sin apartar la mirada del dispositivo—. Mike, necesito tu dispositivo.

—Claro… —Mike asintió y rápidamente me lo entregó con el haz de la linterna incorporada encendido— ¿Cómo pretendes borrarlo?

—La verdad es que no tengo ni idea…

Me encogí de hombros simpático, comencé a rodear el vehículo y me tumbé en el suelo dispuesto a rastrear el fondo lateral del furgón. Me así sobre una de las barras transversales y me arrastré medio metro hasta que hube localizado un hueco en la chapa. Encontré cuatro tubos que cruzaban el vehículo de un extremo a otro y otros dos que conectaban los laterales. Escudriñé cada centímetro, iluminándolo con el haz de luz blanquecina al mismo tiempo que iba retirando de los tubos la suciedad acumulada durante años de servicio. Tras cinco minutos de escrutinio encontré el escurridizo número: diez dígitos grabados sobre el acero con una profundidad de unos pocos milímetros. A priori iba a ser complicado eliminarlo sin una herramienta mecánica robusta, así que debía emplearme a fondo y experimentar una vez más con mi recién descubierta habilidad, y también, ser muy discreto.

—¿Lo encuentras? —preguntó Mike.

—No por el momento… —mentí.

No pensé en nada, dejé atrás la tumultuosa persecución; lo ocurrido con aquellos pobres agentes que únicamente intentaban cumplir con sus obligaciones como cualquier otro ciudadano de Raleen. Lo dejé atrás todo y volví a concentrarme:

«Si he sido capaz de alterar un elemento electrónico, también puedo manipular la estructura molecular de una aleación.» Pensé, y como en las ocasiones anteriores, me concentré profundamente en aquel número grabado en la superficie del acero y dejé que esos latidos inconmensurables volvieran a alcanzarme de forma progresiva. Visualicé cada milímetro perforado hasta convertir la pequeña hendidura en enormes valles. Con una facilidad pasmosa había logrado sumergirme en aquel estado y recuperé la percepción espacial y temporal alterada como si fuera mi hábitat natural. Por un momento me sentí bien, mejor que nunca.

Comencé a identificar los elementos, los distinguía y los percibía de una forma similar a como alguien asociaría una imagen a un sabor, un color a un estado de ánimo, o el amor a un nombre. Era extraño, pero lograba discernir la pequeña cantidad de carbono enlazada al cromo y al níquel, la infinidad de átomos que conformaban aquel pequeño espacio de aleación que pretendía modificar. Me concentré

aún más y visualicé las montañas y los valles que dibujaban el número de bastidor, a continuación, trasladé a mis pensamientos la misma orden que había proyectado sobre las baterías de los vehículos. Magnifiqué aquellas palabras en mi mente y las lancé como una bocanada de aire sobre el acero:

«Desintégrate… Desaparece…»

Cerré los ojos y tras unos segundos los abrí de nuevo, habiendo abandonado por completo aquel estado de inmersión que, por un momento, hacía que me sintiera como si acabara de despertar a una realidad a la que no pertenecía, extraña, fría e insensible. Esta vez mi corazón no se aceleró violentamente al observar con mis propios ojos el resultado de mis maquinaciones. El número grabado ya no existía y en su lugar encontré una superficie de acero deformada y agrietada, como si parte de aquel tubo hubiera desaparecido con el viento. Inspiré una bocanada de aire y me aparté del fondo del *Vag* para incorporarme.

—¿Lo has borrado? —dijo Melshan a través del cristal; yo asentí —. ¡Buen chico! Deberías limpiarte un poco… estás hecho un asco.

«¿No vas a preguntarme como he logrado borrar el número?» Me encogí de hombros y me sacudí la ropa. Había logrado sucumbirme en aquel estado de consciencia sin pensar en Vain, pero entonces comprendí que, en realidad, él había logrado ocupar mi mente por completo.

—¿Cómo lo has borrado? No es posible hacer eso, y más si es acero…

Miré a Mike sin saber muy bien qué decir:

—Bueno… —titubeé— en realidad yo no he borrado nada…

«¿Cómo? ¿Por qué he tenido que decir algo así?»

—¿No has borrado nada? Si acabas de decirle a…

—Míralo tú mismo —dije con convencimiento—, alguien lo borró antes.

—¿Dices que alguien borró el número de bastidor? —me interrumpió Melshan— ¡Me cago en esos cabronazos! Podrían haberme metido en un lío…

Mike lo miró confundido. La verdad era que llevaba un par de horas con cara de pasmado.

—¿Por qué?

—Ahora es mejor no pensar en eso, Mike. Cuando seas mayor aprenderás que es mejor utilizar un vehículo con el número de bastidor registrado en el sistema y que tampoco podrás confiar en una empresa de alquiler de vehículos llamada: *Gangas Peabody y Hermanos*.

Melshan zanjó el asunto y Mike y yo regresamos a la acera para comprobar el estado de melopea de Eldar.

—Volvamos al Atlas, grandullón…

Melshan dio un par de palmadas y nos apremió:

—No quisiera meter prisas, pero tenemos que irnos de aquí ahora mismo.

Asentimos y marchamos tras él.

La zona en la que habíamos abandonado el furgón se encontraba muy cerca de una de las paradas de transporte público de Hízoren, cuyo horario de actividad había comenzado hacía diez minutos. Nos dirigimos hacia la parada y una vez allí Melshan se separó de nosotros; él fue directo a la estación de mercancías de *Thren,* donde podría tomar el interurbano en dirección a Ranshee. Yo, por el contrario, antes de regresar con el *Chef* y sus artimañas decidí acompañar hasta el Atlas-Rosen a Mike y a Eldar. Era consciente de lo que habían sufrido esta noche. Ellos habían abandonado el confort de su habitación para salir en mi búsqueda y yo les agradecí el gesto con una persecución que podría habernos costado la vida a todos.

—¿Estás mejor, Eldar? ¿Cómo te sientes? —dije tras tomar asiento en el transporte. Él resopló y sacudió la cabeza visiblemente mareado.

—Siento haberme perdido la última media hora. No debería haber probado esa mierda.

—Ha sido mejor así, Eldar, creo que no hubieses podido soportar la tensión —dijo Mike y rieron de forma cansina. Era reconfortante verlos de buen humor a pesar de lo ocurrido.

—Sí, Mike tiene razón, ha sido mejor así, por otro lado, estoy seguro que todos hemos aprendido mucho de esta experiencia.

—Yo sí… —añadió Eldar levantando el dedo índice— Comeré únicamente productos cuyo origen esté debidamente indicado… ¡Se acabó experimentar! ¡Se acabó vivir al límite!

—Haces bien, únicamente las frutas y verduras indican su procedencia —volví a reír.

—Bueno, quizá no deba ser tan restrictivo por una mala experiencia… Quizá lo mejor sea preguntar a quién proceda si el alimento es adecuado para mí…

—Me parece bien… Mike, tendremos que seguir vigilando su dieta.

—¡Como siempre, Lak!

Los tres reímos y un recuerdo embriagador me cubrió. Volví a sentirme por un momento como en aquellas tardes en Argon.

—Te echábamos de menos, Lak. ¿Qué vas a hacer? ¿Te quedarás en el Atlas?

Antes de responder barrí con la mirada el habitáculo del transporte público al que habíamos accedido.

—Ya me gustaría, Mike, pero tengo un compromiso con Melshan que de momento no puedo eludir. Os aseguro que cuando todo esto

termine, intentaré por todos los medios volver aquí, con vosotros. Os lo prometo.

Los dos me miraron cabizbajos. Pero era cierto, estaba en una situación comprometida. En las últimas horas había allanado propiedades privadas, traficado con delincuentes, había destruido ocho vehículos IDC, y quizá, como consecuencia, alguien había terminado terriblemente herido o peor, había muerto por mi culpa.

—¿Por qué te habían encargado transportar esa sustancia al barrio de *Siodel*? No dejo de pensar en ello y todas las ideas me llevan a lo mismo. No sé si os lo he contado en alguna ocasión… pero, el caso es que un amigo de mis padres estuvo metido en el consumo de estupefacientes durante mucho tiempo, en realidad era un hombre muy joven, no superaba los treinta y seis años de edad. Intentaron ayudarlo, recurrieron a profesionales, pero una noche —Mike hizo una pausa—, lo encontraron muerto en su casa de Argon… Esa sustancia acabó con él y dejó destrozadas a muchas personas. Este mundo es muy peligroso. Lak, si necesitas ayuda la encontraremos, no quiero que termines como él.

Me miraba como si fuera un animal abandonado.

—No es eso Mike, estoy ayudando a Melshan económicamente y encontré este trabajo. Sé que en realidad es peligroso, pero es la única alternativa que tengo ahora. Comprendo que penséis que todo es muy extraño, pero creedme, tengo que hacerlo, no os preocupéis por mí, ya no soy ese chico débil que recibía una paliza a diario en el Atlas. He aprendido a cuidar de mí mismo y también he aprendido a defenderme.

Realmente lo había hecho. Había cambiado.

—Esta es nuestra parada…

Los tres abandonamos el transporte urbano, que nos dejó a tan sólo tres calles del Atlas-Rosen. El nerviosismo volvió a instalarse en mis huesos al ser consciente de que entraría de nuevo en aquel lugar y al instante mi padre y Lianne regresaron como un bálsamo a mis pensamientos.

Cruzamos la gran entrada del Atlas y los jardines. Atravesamos toda la zona cubierta por el césped que ahora vestía como una gran capa espesa y oscura, y accedimos al edificio de los apartamentos. Era un lugar acogedor, con una entrada compuesta por un gran *hall*, repleto de sillones y mesas, donde uno podía tomar algo mientras leía o repasaba para las evaluaciones, además, también había una zona de recepción permanentemente vigilada, donde ahora un señor de avanzada edad con unas ojeras hasta los pómulos y la mirada perdida nos recibió y nos entregó con apatía las tarjetas de acceso —por su aspecto debía llevar en el mismo lugar más de doce horas—. Tras un largo pasillo repleto de plantas, puertas de acceso a habitaciones y

lámparas prendidas con luz de bajo voltaje que colgaban del techo, subimos a la primera planta a través de unas escaleras enmoquetadas de color azul oscuro. Mientras ascendíamos por las escaleras la pequeña brisa de aire cálido que se colaba por un gran ventanal abierto de par en par acarició mi espalda, y entonces, recordé que había olvidado en el furgón de Melshan el abrigo oscuro que había comprado en Ranshee. Un pequeño escalofrío recorrió mi cuerpo, pero no me importunó porque estaba seguro de que no había dejado ningún objeto personal en él.

Entre Mike y yo ayudamos a Eldar a acostarse. Le esperaba una resaca psicotrópica de al menos unas treinta horas.

—En esta otra sala hay una cama que puedes usar. Al menos podrás descansar unas tres horas, ¿cuándo tienes pensado volver a Ranshee?

Nunca había visto a Mike tan preocupado por mí.

—Te lo agradezco mucho. Volveré a Ranshee a las nueve, o al menos a esa hora tendría que salir del Atlas para intentar estar allí sobre las once, pero estaba pensando en alguien… —hice una pausa y él mudó la expresión—. Quisiera ver a Lianne… ya lo sé, igual es algo tarde, o temprano para ella, pero también tenía una gran cantidad de mensajes suyos y quisiera decirle en persona que estoy bien.

Mike asintió.

—No te preocupes, ve a saludarla. Si necesitas una cama ya sabes dónde está nuestra habitación.

—Te lo agradezco. ¡Ah! ¿Sabes cuál es su habitación?

—Siempre la he visto salir de aquella puerta de allí —dijo saliendo al pasillo y señalando la última puerta a la izquierda—. Creo que lleva dos meses viviendo sola.

—Gracias, ¡te debo una! Mejor dicho, os la debo a los dos.

Antes de disponerme a atravesar el pasillo, noté que mi aspecto desaliñado no era el que desearía tener en un momento así, pero no había tiempo para remediarlo. Me decidí finalmente a moverme, a cruzar el largo pasillo hasta la última puerta situada a la izquierda. Avancé dando cada paso con cuidado, pues lo último que quería era despertar a alguien. Cuando me hube situado enfrente de la puerta medité lo que estaba a punto de hacer: ¿Debía llamar a la puerta? Sus mensajes decían que ella me estaría esperando. Probablemente ella aún no había visto el que envié desde el vagón, o si lo había visto y había respondido, éste probablemente se habría perdido en mitad de la red encubierta. Reparé en que estaba temblando. Nunca tuve las fuerzas para decirle en persona lo que sentía de verdad. Repentinamente no tuve que pensar si lo hacía o no, porque antes de que pudiera reaccionar, su puerta se abrió y apareció ella como si hubiera irrumpido en mis sueños, en mi realidad. Al instante quedé

atrapado por sus ojos, por su mirada, por su encanto único y me robó las palabras. Se acercó a mí y nos fundimos en un abrazo que quise que durara para siempre. No podía separarme de ella, ya estaba cubierto por su aroma, y yo volví a sentirme débil. Nuestra respiración se aceleraba, mi corazón latía con fuerza dentro de mi pecho y casi podía sentir el suyo golpeándome. Acariciaba la piel de sus brazos, cubría con mis manos cada centímetro de su espalda; una cascada de calor, de energía y de amor me arropaba y los dos comenzamos a seguir un impulso intangible que nos guio para unir nuestros labios y fundir nuestros cuerpos. Lo que sentía por Lianne, como a ella le había dicho una vez, no podría expresarlo con palabras jamás.

13

Líneas que se convertían en círculos. Perdido en las montañas de tú vientre. Pasos de color púrpura sobre tu vello erizado. No estaba perdido en un sueño, era real, pero me sentía como si lo estuviera. Dentro de un sueño tan bello y perfecto que percibía el tiempo fluir a nuestro ritmo. Suspendido sobre tu piel de lino y tu espalda de sinuoso contorno, de espirales perfectas y de abrazos eternos. Cortos besos al cuello; perdido y encontrado en un momento. Rescatado por tu mirada. Arropado por tus manos engalanadas con los destellos de tus ojos, medio cubiertos por tu cabello, de oro, de lazos, suave como los pétalos y dibujadas con delicados trazos. Acariciando tu rostro y fundidos en uno, respiré cada instante como el último, como un momento que se estiró tanto como nuestros cuerpos.

Abrí los ojos y ahí estaba, tan bella y perfecta que no dejaba de ruborizarme cada vez que la miraba. Aunque todo cambiara, aunque todo se desmoronara, seguiría cayendo en su espiral, seguiría siendo atraído por su fuerza como si una mota de polvo en el espacio fuera. Desconocía el tiempo que había pasado, pero tuve repentina urgencia gracias a la voz interior que me recordaba gritando y mascullando: «Se acabó el tiempo, tienes que marcharte.» Al principio la ignoraba, pero ahora gritaba con más fuerza: «Tienes un propósito, se lo debes a tu padre.»

Aunque no lo quería, tuve que salir de aquel estado de deleite para volver a rodearme de frío, de dolor y de la permanente rabia en

la que me había sumergido. Tendría que dejar de nuevo a Lianne.

—Tengo que marcharme —susurré—. Quiero que sepas que te llevo conmigo —ella seguía durmiendo profundamente—. Eres lo mejor que tengo en mi vida. Volveré. Te lo prometo.

Mis promesas. Desconocía si podría cumplirlas. Sí, tenía un objetivo claro, pero todo era distinto y por primera vez y después de lo ocurrido esta noche, era más consciente del peligro al que estaba expuesto. No siempre tendría la suerte de salir intacto. La habitación estaba suspendida en una suave penumbra, pero podía distinguir a través de una pequeña abertura de la ventana que Aro ya lucía brillante en el firmamento. Ya era de día y aún tendría que tomar el *Ariamet* hasta Ranshee. Me apeé de la cama, me puse la ropa tan rápido como pude y cuando hube recogido lo poco que llevaba encima me acerqué y le di un último beso.

Recorrí de nuevo el largo pasillo hasta las escaleras. Todo era diferente cuando estaba bañado por la luz. La estampa nocturna había cobrado vida, brillo, intensidad y color. Era tarde para molestar otra vez a mis queridos amigos, así que pasé sin llamar por delante de su habitación y bajé las escaleras tapizadas con un azul más claro.

Emprendí el camino hacia la salida y abrí la puerta para que la luz me cegara con su intensidad.

14

Ahí estaba yo, de pie, en los jardines del Atlas tras tanto tiempo de añoranza. Las clases habían comenzado y los alumnos llegaban a las aulas derrengados por un sueño que se les antojaba tan esquivo como el mío. No era tan tarde en realidad, un poco menos de las ocho y media, así que tendría tiempo más que suficiente para llegar a Ranshee a las once. Crucé los jardines, llegué a la fuente que coronaba la zona de administración y crucé la gran puerta de las instalaciones. Las inmensas columnas que parecían arañar el firmamento no dejarían de sorprenderme nunca. Volvería pronto.

—¡Laklar! No puedo creerlo…

«Esa voz…» Pensé. No deseaba que fuera él, ahora no. Me volví y ahí estaba acompañado de los habituales.

—Hola, Jene. Cuánto tiempo —dije con voz totalmente átona, pero cargada de rabia.

—Mucho tiempo sin verte… La última vez fue la tarde de la tan esperada presentación… Te acuerdas, ¿verdad? —otra palabra más y lo partía en dos—. ¿Sabías que hay un nuevo director? Creo que ya lo conocías. Sí… ¡Lartas!

Jene me miraba desafiante. ¿Cómo una persona tan joven podía ser tan cruel? No lo comprendía.

—No me importa, tengo prisa, Jene.

Le di la espalda y repentinamente sentí la presión de su mano tirar de mi hombro.

—¿Adónde vas tan rápido, mísero? ¡Tengo que ponerte al día!

—¡No me toques!

—Te tocaré cuanto quiera. ¿Sabes? Lartas es mucho mejor director que Rys… Ahora soy yo el que tiene ventaja… —apreté mis puños. La rabia creció de nuevo en mi interior—. Así que será mejor que te andes con cuidado. Ahora no tienes ninguna posibilidad de conseguir tu *Grannet* en este centro —mi padre acudió como un bálsamo con la intención de controlarme. Podía escuchar cómo me decía que no merecía la pena. Podía percibir sus consejos y sus palabras tranquilizadoras: «Déjalo en paz, es un pobre muchacho infeliz que abusa de los demás porque sus padres no lo quieren. Hace lo que hace para cubrir de ego y arrogancia sus complejos, sus deficiencias»—. ¡Laklar! Te estoy hablando —Jene me empujó y me lanzó un metro hacia atrás—. ¡Te he dicho que desaparezcas de este lugar! —volvió a propinarme otro empujón— ¡Te he dicho que no queremos volver a verte! —sus moscas seguían avanzando hacia a mí y él seguían empujándome—. Tu padre ya se ha marchado. ¡Ahora hazlo tú!

Me detuve.

Por un segundo creí ver a Vain a través de Jene: me hablaba, me repetía que no podría alcanzarlo, que estaba demasiado lejos. Fijé mi mirada en él y repentinamente caí en aquel estado de consciencia infinita donde esos latidos inconmensurables lo cubrían todo. Abrí los ojos y vi a Jene y a cuatro chicos más; me concentré en él y atisbé cómo funcionaba. Inmediatamente comprendí cómo se movería y los mecanismos que lo constituían, vislumbré cómo transformaba el carbono en energía. Cerré los ojos de nuevo, pero seguía viéndolo y comprendiéndolo completamente: sus células, sus moléculas formando parte de su organismo y sus componentes, como los que harían que un vehículo funcionara, sin embargo, decidí mirar más adentro, tan adentro como pude. Por un instante pude tocar y acariciar cada uno de los pedazos de información primaria de su ser; lo que había sido, lo que era y en lo que se convertiría. Cadenas de *ADN*. Entonces algo dentro de mí cambio y la furia contenida se desató de forma incontrolable. Quería hacerla desaparecer, pero era demasiada y era insaciable. Respiré profundamente y entonces sucedió: Proyecté un desencadenante, imprimí una fuerza y desaté mi ira hasta que todo comenzó a desmoronarse. Aquellas cadenas de información comenzaron a desintegrarse y a medida que lo hacía acentué la orden destructiva y el *ADN* comenzó a quebrarse a mayor velocidad. Hice lo mismo con todas las cadenas de información que encontré como si lo que hacía no tuviera una implicación real, como si me hubiera quedado atrapado en un sueño completamente despierto. Estaba destruyéndolo todo, desintegrando cada una de sus partes; como con

el acero, las baterías o el dispositivo de seguimiento. Sentí un escalofrío e intenté detenerlo todo, intenté apartarme de Jene, pero a medida que me alejaba todo se desmoronaba a mayor velocidad. Las moléculas no dejaban de despedazarse y las células se desgarraban en mil trozos. No podía estar haciéndolo, no podía estar destruyéndolo por dentro. Me aparté, cerré los ojos y salí de aquel estado tan rápido como pude. Caí de bruces y alcé la mirada para contemplar el horror. Jene gritaba agónicamente con el rostro completamente enrojecido y cubierto de sangre, su piel estaba cayéndose a pedazos, y él no dejaba de gritar.

—¡Qué me has hecho! ¡Qué me has hecho, desgraciado!

Me incorporé y turbado me alejé unos pasos. Jene cayó al suelo y sus compañeros fueron a socorrerlo. Yo, me volví y corrí despavorido en dirección a la estación del interurbano.

Había cometido una atrocidad.

15

Mientras corría calle abajo estaba convencido de que los edificios se desmoronaban a mi paso, y una masa ennegrecida de lodo descendía dispuesta a tragarme sin contemplaciones como castigo a mis tropelías. No tenía pensado aminorar la marcha, pero casi terminé empotrado contra un dispensador de Hoverboards que ocupaba gran parte de la acera y encomendé el encontronazo a la mala suerte, pero también a la poca fortuna que me quedaba. Sin pensarlo demasiado aproveché el choque y me identifiqué para asir uno de esos patines tan rápido como pude. Sin duda, con él, podría recorrer a mayor velocidad la distancia que me quedaba hasta la estación de *Thren,* y también alejarme del Atlas-Rosen y de Jene. Perdido en el mar de pensamientos espantosos que inundaban por completo mi razón continué recortando la distancia con la estación de mercancías sin prestar atención a las personas que esquivaba y asustaba por el camino. Sólo podía pensar en alcanzar como fuera aquel vagón frío y oscuro en el que había regresado a la ciudad. Sólo deseaba meterme dentro, esconderme y desaparecer.

Debido a la turbación y sin saber muy bien cómo, ya me hallaba frente al mismo vagón azul con las mismas iniciales pintadas de blanco sobre uno de sus laterales. Por el camino había logrado escabullirme de cuatro grupos de agentes IDC apostados sobre cruces de vías y del último grupo que montaba guardia en los accesos de la estación; no iba a cometer dos veces el error de dejarme ver a la

primera de cambio. Con el canal empedrado de vías vacío, me acerqué a la parte trasera del vagón y tiré de uno de los cierres hasta que un gran estruendo libero la puerta. Subí tan rápido como pude, lanzando en primer lugar el Hoverboard y encaramándome a la escalerilla para observar por última vez las inmediaciones. Cerré la puerta y el ruido metálico atronó en el interior acompañado de una oscuridad aplastante que pesó como una losa. Me abracé al Hoverboard y me dejé caer sobre una de las esquinas para concentrarme en el nuevo viaje que me esperaba. Y, cuando ya pensaba que nada más podría suceder, el destino me tenía preparada una buena bandeja de acontecimientos con guarnición de imprevistos. Escuché unos pasos en el exterior, unos murmullos y una voz que comenzó a cobrar intensidad poco a poco. Yo, respiré profundamente, y a pesar de estar completamente a oscuras, cerré tan fuerte como pude los ojos.

—¿Qué ocurre, agente? —masculló una voz metálica a través de la radio del agente IDC.

—Me parece haber visto algo por aquí… —respondió. Apreté los dientes. Escuchaba sus pasos acercarse y sus voces eran cada vez más claras.

—Eche un vistazo y vuelva a su posición.

Adquirí las habilidades de una estatua y contuve la respiración. Esperé unos segundos más mientras los nervios comenzaban a devorarme por dentro.

—Aquí no hay nada. Falsa alarma, regreso a mi posición.

Resoplé y súbitamente volví a sentir los latidos de mi corazón. A los pocos minutos el interurbano emprendió la marcha y sólo entonces pude relajarme. Permanecí acurrucado enumerando mentalmente todo lo que había hecho y me quedaba por hacer. Tras abandonar el vagón en Ranshee visitaría al *Chef*, conseguiría el primer medio millón de francos que me prometió y terminaría cuanto antes con el segundo trabajo. No podía defraudar a Melshan. Necesitaba aportar algo en la construcción de su cápsula del tiempo. Necesitaba que la terminara cuanto antes.

Aproveché la tensa seguridad que me confería el transporte para dormir un poco. Apenas habían pasado unos minutos y ya estaba deseando reencontrarme con Lianne; recordé su suavidad, su calor, su dulce aroma y me sumergí en un sueño profundo.

16

Abrí los ojos y presencié una vez más la densa y clara llanura que se extendía hasta el horizonte. Entrecerré los ojos debido a la luz cegadora, pero localicé aquel contorno en mi memoria, y también recordé con exactitud cristalina el perfil de mi sombra proyectada en aquel suelo de tierra polvoriento. Había regresado una vez más al enclave que se había empecinado en mostrarme partes de mi interior, o quién sabe qué. El viento era suave y agradable, sacudía mi ropa con el mismo movimiento que había sentido siempre en aquel sitio imperturbable, de firmeza permanente y horizonte inexorable.

Definitivamente, había olvidado por completo cómo dormir; cerraba los ojos y volvía a encontrarme con aquella tierra, con ese rocío salino que se colaba en mi garganta y ese polvo que llenaba todo mi cuerpo. Sin pensarlo demasiado me incorporé, estiré mi espalda y alcé la cabeza para otear el firmamento al mismo tiempo que me desperezaba como si hubiera dormido días enteros. En la distancia identifiqué la gran masa de bambú *Titanum*, la nave humeante que formaba una delgada línea grisácea que parecía llegar hasta el Arco y él. Allí estaba, de espaldas. Me estaba esperando.

Anduve con pasos firmes y calculados, incrementando paulatinamente la velocidad, pero sin rebasar los límites de aquel espacio mental, hasta que, sin apenas ser consciente, ya lo había alcanzado y me había situado a su espalda. Una vez más, sentí el cansancio de haber andado durante horas; cientos de metros que

recorrí en apenas un instante. Me detuve a cinco metros de Vain.

—Bienvenido de nuevo, Laklar —su voz grave atronó en las llanuras. Seguía dándome la espalda.

—Vain…

—¿Lo ves ahora?

—¿Qué tengo que ver? —mascullé.

—Que te has convertido en mí.

—¡Jamás! —grité—. Te atraparé, Vain.

—¿Por qué no lo aceptas? No haces más que negarlo. Mira lo que le has hecho a Jene, lo que hiciste a esos hombres anoche…

Seguía sin volverse. Sin dirigirme la mirada.

—Lo de Jene fue un accidente, pero no hice daño a nadie más...

—Sabes que sí, y si yo lo sé, tú también. Escuchaste lo que hiciste a través de las noticias cuando abandonabas los apartamentos del Atlas. Te niegas a aceptarlo.

—¿A qué te refieres, Vain?

—La noticia decía: «Mueren nueve agentes IDC carbonizados en el interior de sus vehículos. El fuego se los tragó y la investigación en curso lo atribuye a causas inexplicables.»

—¡¡Mientes!!

—Estoy en tu cabeza, Laklar. Este es tu espacio, no el mío. Aquí dentro está todo lo que tú eres, sin máscaras. Aquí sólo hay verdad.

Su voz cambió de forma sutil, y yo, con los ojos enrojecidos y cubiertos de lágrimas me acerqué un poco más a él.

—Mírame, Vain —dije temblando.

—Asúmelo, Laklar. Has despertado.

—¡¡Cállate!! —grité hasta quebrarme la voz.

—¡¿Qué ocurrió con tu madre, Laklar?!

Antes de que pudiera acercarme un poco más se volvió para mirarme y entonces, no pude hacer otra cosa que derrumbarme.

—Papá.

17

El frío comenzó a colarse en mis sueños y desperté tiritando. Una vez más consideré la camiseta de manga corta que llevaba insuficiente para el clima del norte. Sin mi abrigo, volvería a sentir el viento atravesándome con sus puñales congelados. El interurbano ya había recorrido los mil setecientos setenta y ocho kilómetros de distancia que separaban las dos ciudades, y volvía a sentirme demasiado lejos de todo lo que conocía. Demasiado lejos de mis recuerdos y del mar.

Mi padre adoraba recorrer el mar meridional y su sueño siempre había sido regresar a *Marinae*, un pequeño pueblo costero donde viví los primeros días de mi vida; días que se volvieron aciagos cuando mi madre nos dejó. Últimamente, en las contadas ocasiones en las que pude hablar con mi padre con normalidad, acostumbraba a decir que necesitaba dejar la gran ciudad para volver a la calma de *Marinae*. Entonces no comprendía por qué querría alguien abandonar una ciudad como Hízoren, pero ahora, después de todo lo sucedido, no podía estar más de acuerdo.

Desde dentro abrí la puerta del vagón y salté a las vías. Subí a mi Hoverboard y abandoné la estación de mercancías para dirigirme hacia la zona industrial, donde me aguardaba el *Chef* y a saber qué más. Tras unos minutos cruzando calles a gran velocidad y esquivando a operarios despistados, llegué al gran almacén donde hacía no mucho me retenían atado de pies y manos a una silla tras colarme en la fábrica de *Gamal*. «Insensato…» Llamé a la puerta y tras unos

segundos un hombre fornido y enjuto la abrió de par en par. Me observó de arriba abajo como si fuera un perro abandonado y se cruzó de brazos como si estuviera pensando partirme en dos:

—Dile al *Chef* que he vuelto —dije con una voz impostada.

—Y… ¿quién eres tú? —dijo con voz gutural.

—Soy el muchacho de la fábrica de *Gamal*.

No les dije mi nombre entonces y no iba a hacerlo ahora.

—Espera…

El hombre dio un portazo y yo me quedé fuera, muy cerca de caer al suelo convertido en estatua de hielo. La puerta se abrió de nuevo y con ademán brusco me invitó a entrar.

El nivel inferior del almacén estaba repleto de vehículos, y la zona de descanso seguía ocupada por varios hombres armados. La estampa seguía exactamente igual, como si no se hubieran movido de aquel lugar desde la última vez que los había visto. Por entonces no fui capaz de ver qué hacían, pero ahora les sostuve la mirada con calma y efectivamente, como imaginaba, estaban contando grandes cantidades de dinero con el uso de máquinas muy antiguas. Con todo ese montante podría conseguir todos los materiales que Melshan necesitaba. Aparté la mirada y seguí los pasos del hombre fornido. Subimos por una larga escalera hasta la planta superior y accedimos a la misma habitación en la que había despertado. Ahí estaba esperándonos, apoltronado en su silla, sosteniendo una copa de cristal hasta arriba de un líquido amarillento y luciendo una sonrisa de matarife.

—¡Mirad quién ha vuelto! Muchacho, de nuevo has conseguido sorprenderme. Parece que la fortuna te persigue, o tú la persigues a ella… —dijo alzando su copa— ¡El caso es que sigues vivo! Anda, siéntate…

Chasqueó los dedos y uno de sus hombres colocó una silla frente a él. Yo, dubitativo, me acerqué y me senté intentando aparentar indiferencia.

—Hiciste la entrega, ¿eh?

—Sí, la hice. Tuve algunos problemas en la ciudad, pero nada que no pudiera resolver.

—¿Cómo conseguiste el vehículo de carga?

Tragué saliva antes de responder.

—Tengo mis recursos…

—Ya, claro.

El *Chef* chasqueó de nuevo los dedos y uno de sus hombres se acercó y le entregó un par de fotografías que miró con fascinación.

—¿Qué pasa? —dije con inseguridad.

—Supongo que son tus amiguitos —dijo antes de beber un trago y mostrarme las dos instantáneas que alguien había tomado de nosotros

segundos después de abandonar el furgón de Melshan.

—Yo… —no supe qué decir.

—Bien. Creo que las condiciones han cambiado, muchacho —añadió relamiéndose.

—Hijo de puta… —musité.

—Tranquilo. Estas cosas funcionan así. Tú me haces un favor, y yo no liquido a tus amigos… Te recuerdo que también tengo tu dispositivo y tu lista de contactos con las personas a las que más aprecio tienes…

El *Chef* se llevó la mano libre a uno de los bolsillos interiores de su chaqueta, asió mi dispositivo y me lo mostró mientras sonreía. A continuación, bebió un largo trago de su copa y volvió a guardárselo.

—Como se te ocurra tocar…

Antes de que pudiera terminar la frase, el *Chef* se apeó de su silla y con un movimiento rápido hizo añicos su copa de cristal en mi cara. Sentí la explosión de vidrio y líquido y un aturdimiento súbito acompañado de un dolor insoportable. Con el golpe caí de espaldas, destrocé la silla, y antes de que fuera consciente de lo sucedido, su rostro apareció de nuevo recortando la luz del techo, con una sonrisa demencial y un odio profundo en sus ojos. Fui consciente de sus dos primeras patadas arrancándome el aire de los pulmones y partiendo en dos mis costillas, pero el resto de impactos se convirtieron en una sensación hueca y distante camino de la inconsciencia.

—¡Puto crío!

Fue lo único que pude oír antes de abrir los ojos y escupir sangre por la boca. Me volví de forma impulsiva hacia arriba y encontré al *Chef* mirándome con desprecio mientras se limpiaba las manos con un trapo y se examinaba un par de cortes. Reparé en que yo debía tener el rostro completamente destrozado. Apenas podía respirar, el dolor me atenazaba todo el cuerpo y me sentía incapaz de pensar en una forma de huir; una forma de salvarme.

—Levántate —dijo.

Yo reaccioné cubriéndome el rostro.

—¡He dicho que te levantes!

Uno de sus hombres me asió por la pechera y me puso en pie. Apenas podía mantener la cabeza erguida.

—Mírame.

Con todas mis fuerzas y con el cuerpo temblando de dolor intenté hacer lo que pedía.

—Bien. El trato va a ser el siguiente. Ahora te vas a marchar y vas a volver mañana cuando caiga la noche. Entonces, harás todo lo que te pida si quieres que tus amigos sigan respirando, ¿estamos?

—Y el pago… —alcancé a decir con voz quebrada.

—¿No lo has entendido todavía? ¡No habrá ningún pago! ¡Las

condiciones han cambiado! Ahora, márchate.

El *Chef* me dio la espalda y yo barrí con la mirada la estancia. Sus hombres me miraron con desprecio, y dos de ellos me arrastraron hasta la salida como si fuera un simple muñeco de trapo roto.

La puerta del almacén se cerró a mi espalda y la brisa nocturna acarició mi cuerpo ensangrentado. Repentinamente el dolor despuntó y mis heridas comenzaron a palpitar y a quemarme por dentro. «Estúpido…» Me miré las manos y asumí el infortunio en el que me había sumergido. En apenas un minuto todas mis esperanzas habían quedado aplastadas por un medio hombre que, además, ahora me tenía entre la espada y la pared: o hacía lo que me pedía, o Mike, Eldar y Melshan sufrirían las consecuencias. «Idiota…» Debí haber imaginado que algo así sucedería.

Me acerqué donde había dejado el *Hoverboard* y entre quejidos me subí en él para regresar con el rabo entre las piernas a casa de Melshan. De nuevo, como alma en pena tendría que atravesar las arterias de Ranshee arropado por la noche y el frío. Por un instante deseé no alcanzar su portal y quedarme a medio camino para sucumbir a las fauces que habían comenzado a cerrarse sobre mi cabeza. No quería implicar a nadie más y si finalmente todo iba a conducirme hacia ese abismo que desde hacía tiempo divisaba en la distancia, lo mejor sería atravesarlo solo.

18

El frío y la noche desapacible habían terminado por romperme en mil pedazos, para a continuación recomponerme pieza a pieza con una única idea en la cabeza. Después de una hora alcancé el portal de la vía *Verne 177*. Llamé una sola vez y en lo que tardé en parpadear, Melshan apareció boquiabierto y mirándome de arriba abajo para comprobar que seguía conservando todas las partes de mi cuerpo. Vestía su batín de satén de color bermejo, y el pelo enmarañado y los ojos delataban un insomnio de semanas.

—¡Por el cadáver de *Mekan*!

Melshan me asió con fuerza y su abrazo de padre me devolvió el dolor de las costillas. Pero mantuve la compostura y reprimí el quejido porque, en parte, también me sentí reconfortado. Lo quisiera o no, Ranshee y Melshan eran lo más parecido a un hogar que me quedaba.

—Estás herido… ¿quién…? ¿Cómo…? ¿Qué ha pasado?

Melshan atropelló las palabras.

—Estoy bien… —musité.

—¿Que estás bien? ¡He visto cadáveres en el depósito con mejor aspecto! ¡Pasa! Hace frío y vuelves a ir en pelota picada. ¿No has aprendido nada todavía?

Melshan me hizo pasar y después de un par de minutos rezongando improperios, prendió la chimenea y el cálido abrazo del fuego me devolvió la sensibilidad.

—Deja que te vea esas heridas. Te han zurrado bien esos hijos de

perra…

—Ha sido el *Chef*. Yo…

—No hables, hijo. No es necesario que me des explicaciones. Aún tenemos que dar las gracias, lo sabes, ¿no? —asentí y me quejé al mismo tiempo que me limpiaba el pómulo con algodón y alcohol—. Ya sabíamos que esa gente era peligrosa. Estos cortes tardarán un tiempo en cicatrizar. Bien, te recuperarás. Ahora, ven conmigo, te he preparado una habitación.

Lentamente seguí a Melshan hasta la segunda planta, abrió la puerta y prendió las luces de la habitación. En lo único que reparé fue en la enorme cama que la presidía. Estaba tan agotado que podría dormir durante una semana.

—Pasa, ahora esta es tu habitación. Esa puerta da a un baño, así que puedes darte una ducha si quieres. Te he preparado toallas limpias y ropa. Más tarde puedes bajar. Te cocinaré algo y te buscaré unos buenos analgésicos.

—Gracias. No sé cómo puedo agradecerte esto…

En mi aturdimiento fui incapaz de asimilar la cantidad de detalles que ornamentaban la habitación, tan luminosa y cómoda como la de un apartamento lujoso. Había un escritorio con accesorios, mesa y sillones para lectura y una gran cama en la que podría perderme. Melshan cerró la puerta a mi espalda y volví a quedarme con mis pensamientos. En ese momento me acerqué a la cama y observé que la ropa que me había preparado parecía nueva, camiseta interior térmica, pantalones, abrigo y guantes de piel, todo de color negro. Parecía tan cómoda que me supo verdaderamente mal aceptarla. Me dejé caer sobre uno de los sillones y mientras oteaba cada centímetro de la estancia reflexioné sobre todo lo que me había sucedido y sobre mis sueños lúcidos con Vain. Era mi padre y prácticamente estaba diciéndome que me estaba convirtiendo en un delincuente. En aquel sueño pude adivinar sus consejos y sus preocupaciones: «Lo que estás haciendo no merece la pena, no conduce a nada.» Pero, no terminé de comprender lo que quiso decir con mamá. Me miré las manos y por un momento deseé ser tan normal como cualquier otro. Por primera vez estaba convencido de que, gracias a mi capacidad, a lo que podía hacer con ella, había perdido y perdería todo cuanto quería.

Como alma en pena entré en el baño y me quité la ropa maloliente, sudada y manchada de mi propia sangre para enfrentarme a mi reflejo desnudo. Casi no pude reconocerme en el espejo. Tenía el pómulo hinchado, arañazos, marcas de cortes en medio rostro y un moratón en la frente. Apenas me importó. Pasé de largo y llené la tina hasta arriba con agua caliente, me metí dentro y por un momento volví a sentir todos los músculos de mi cuerpo dolorido. El calor recorría mis piernas y calmaba mis heridas. Cerré los ojos e intenté no

pensar en nada, pero era imposible no darle vueltas a lo sucedido con el *Chef*. La ira regresó para entumecerme con mayor intensidad. «Hijo de puta. Malnacido. He arriesgado la vida de mis amigos por nada.» Tendría que contárselo a Melshan cuanto antes, y decirle que tendríamos que pensar en otra forma de adquirir los materiales. Con el paso de los minutos la cólera que me invadía fue reemplazada por una sensación de culpabilidad y desengaño. No era más que un detestable inútil.

Tras el largo baño de disentimiento me vestí y me arreglé lo mejor que pude. Estaba limpio y desprendía una fragancia agradable, pero seguía magullado y por dentro me sentía como un muñeco de trapo destrozado en todos los sentidos. Bajé las escaleras lentamente hasta alcanzar el umbral de la cocina, pero antes de que pudiera convertir mis pensamientos en palabras me derrumbé. Caí de rodillas y al instante mis ojos eran un mar de lágrimas. No pude evitarlo ni controlarlo. Repentinamente me sentí aliviado.

—Melshan… —dije temblando— Lo siento, he fracasado…

Él se acercó descompuesto.

—Hijo. No pasa nada.

—Te he fallado. No sé qué hacer… —las lágrimas seguían brotando de mis ojos—. Todo lo que he hecho no ha servido de nada. Fui un estúpido al creer que ese desgraciado cumpliría con su parte. No vamos a poder comprar los materiales, no sé cómo…

—No te preocupes, hijo —me interrumpió—. No pienses en eso ahora. Habrá otras formas de conseguir la financiación.

—Te he decepcionado… —sentí que el dolor de mis costillas comenzó a extenderse para instalarse también en mi pecho—. Te he decepcionado y he decepcionado a mi padre. Soy un desastre.

—No digas eso, mírame —alcé la mirada y Melshan pudo ver mi rostro afectado y cubierto de lágrimas—. Tú has hecho lo que has podido. No me has decepcionado, ni has decepcionado a tu padre. Créeme, lo sé, lo conocía muy bien. Levántate —me incorporé con su ayuda y ocupé una de los taburetes de la cocina—. Necesitas descansar. Anda, tómate esto y bebe —Melshan dejó sobre la mesa una cápsula y me acercó un vaso vaporoso que desprendía una fragancia embriagadora y relajante. Se trataba de una de sus bebidas a base de hiervas. Sin preguntar, me tragué la medicina y bebí del vaso. Al instante pude sentir el efecto balsámico de aquel líquido mientras recorría mi garganta. Sólo entonces, mis lágrimas dejaron de derramarse como cascadas de tristeza—. Ahora sube de nuevo a la habitación y descansa. Estás agotado. Mañana verás las cosas de otra forma, y encontraremos otra solución, ¿entendido? —con la mirada perdida asentí.

—Entendido.

Regresé a la habitación, me tumbé sobre la gran cama y comencé a sentir los efectos del calmante. Por primera vez y tras mucho tiempo, cerré los ojos y no pensé en nada. Me sumergí en un sueño de somníferos y no encontré nada. No había llanura, no había viento, ni tierra, no me esperaba Aemander, ni Vain, sólo oscuridad, confortable oscuridad.

19

Desperté. Por las ventanas se colaba la luz artificial del exterior y el silencio se extendía por doquier. Por un momento no supe dónde estaba y tuve la extraña sensación de no saber exactamente qué había ocurrido. Me desperecé y un calambre doloroso recorrió mi cuerpo, haciéndome recordar al instante el sonido del cristal haciéndose añicos en mi rostro, los consecuentes pinchazos y el sabor de la sangre en mi paladar. Sentí el impulso de levantarme. Aquella disparatada idea volvía a rondarme la cabeza, más clara y más intensa que antes.

Observé un pequeño destello sobre la mesilla de noche, extendí mi mano y así la tarjeta *UME* que me había entregado Noah. Mientras la volteaba entre mis dedos pensé en el aroma a chocolate de aquella dulcería; el pequeño placer del *Crushee* que parecía haber sucedido hacía décadas. Recordé sus palabras entremezcladas con el sabor de aquel chocolate caliente que me devolvió a la vida: «Si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme.» Lancé la tarjeta traslucida sobre la cama y me incorporé decidido.

Entré al baño y me quedé mirando mi reflejo estropeado en el espejo. No era capaz de identificar con claridad el mar de emociones por el que estaba pasando, simplemente observaba un rostro extraño, diferente. Puse las manos bajo el grifo y dejé correr el agua fría.

—No tendría que haber regresado…

Me enjuagué y me sequé la cara. Me vestí con la ropa que había preparado Melshan, además de un abrigo de tres cuartos de cuello alto

y unos guantes de color negro. Podía sentir el calor de mi propio cuerpo y estaba preparado para lanzarme a la intemperie nocturna.

Bajé las escaleras con cuidado, escalón a escalón, con pasos suaves y controlando la presión que ejercía sobre el suelo para tratar de hacer el menor ruido posible. La casa se suspendía entre el silencio y una penumbra decorada por líneas delgadas de luz que dibujaban sombras recortadas sobre suelos y paredes. Crucé el enorme salón en penumbra y avancé hasta la puerta. Antes de abrirla cargué con el *Hoverboard* y tras un inspirar un par de veces el aire caliente de la estancia me lancé a la noche fría de Ranshee, donde con toda probabilidad, sería el único insensato que se habría atrevido a recorrer sus calles bajo cero.

Un cielo de tinieblas arropaba la ciudad, y nubes de vapor frío serpenteaban sus calles, impidiendo que pudiera distinguir los edificios a más de cincuenta metros. Monté el *Hoverboard* y emprendí el camino pausadamente, pues la noche estaba de mi parte.

Mientras me deslizaba calle abajo para tomar la vía *Principale*, pensé una vez más en todo lo sucedido y en cuánto habrían cambiado las cosas si, desde un principio, yo hubiera tomado decisiones diferentes. Pensé en qué habría sucedido si nunca hubiera venido a Ranshee, o si no hubiera decidido cruzar el control de IDC de Hízoren. O si, quizá, al salir de mi apartamento en Rosen me hubiera encontrado con Lianne, cambiando estrepitosamente la secuencia de acontecimientos. También quise pensar en qué habría sido de mi padre si no hubiera permitido la presentación de Melshan, o si Melshan nunca hubiera inventado aquella cápsula imposible. Respiré profundamente mientras avanzaba y me sorprendí limpiando las lágrimas que se derramaban por mis mejillas ya casi convertidas en escarcha. La presión se instaló en mi pecho y las decisiones continuaron asaltándome: Y si no hubiera insistido de forma exasperante con ser alumno del Atlas, y si no hubiera presionado con desespero a mi padre para que nos marcháramos de *Marinae,* forzando a un hombre que llevaba el alma rota y un pesar de once años a abandonar lo pocos recuerdos que le quedaban de mamá. Nunca logró superar la pérdida, pero era un buen hombre e hizo todo lo que hizo por mí. Por eso me inscribió en el Atlas, por eso volvió a implicarse en la dirección del centro, y también porque creyó que era lo mejor para el Atlas y para Hízoren aceptó realizar el evento de Melshan, hilando los puntos y entrelazando los caminos hasta el encuentro con Vain, que desató todo lo demás. Desearía regresar dieciocho años atrás. Quizá yo, al igual que Vain, no merecía una oportunidad.

A medida que me alejaba de las luces del centro comencé a reconocer el perfil oscuro de los edificios. Estaba tan cerca que antes de lo previsto me sorprendió el almacén que buscaba. En el exterior

había vehículos estacionados, arropados por el hielo, la oscuridad y el silencio. Tras esconder el *Hoverboard* entre la maleza, sobre una de las paredes y parapetado bajo una techumbre endeble y la oscuridad más absoluta, llamé a la puerta con bastedad e ininterrumpidamente hasta que unos pasos resonaron al otro lado de la misma. El mismo hombre que me había recibido tras regresar de Hízoren la abrió, me observó de arriba abajo y me regaló una mirada tan afilada que podría haberme cortado en pedacitos con un simple parpadeo.

—¿Qué quieres, niñato? ¿Otra paliza?

—Necesito ver a tu jefe.

El hombre rio amargamente, cerró la puerta y esperé a la intemperie unos minutos que se hicieron eternos. Ya casi tenía los pensamientos congelados cuando la puerta volvió a abrirse de par en par y el indeseable me invitó a pasar con una sonrisa burlona dibujada en el rostro. Crucé el umbral y contemplé la escena que se sucedía en el interior; como en la noche y la mañana anterior, las mesas seguían repletas de dinero y conté unos quince hombres armados hasta los dientes en la planta inferior. Unos resistían como estatuas flanqueando puertas y escaleras, otros clasificaban objetos de valor y el par de hombres más activos que quedaban, seguían enredados en la reparación de un vehículo IDC, que ya habían desguazado con la intención de transformarlo en uno de calle libre de sospechas. Con un ademán, el bruto que me había recibido me invitó a subir las escaleras. Accedí y mientras ascendía por la escalinata endeble, no quitaba el ojo de encima a cada uno de los hombres que allí se encontraban día y noche. Eran trabajadores de la delincuencia organizada, con el único propósito de servir fielmente a su jefe.

—¡Rápido!

El bruto me empujó y aceleré el paso. Una vez arriba, crucé un pequeño pasillo hasta que alcancé la puerta que daba paso a la misma habitación en la que ya había estado un par de veces. La estancia seguía llena de sillas y mesas arrinconadas en las paredes, y pensé que debía servirles tanto de sala de reuniones como de interrogatorios.

Conmigo ya habían realizado ambas cosas.

Ocupé la única silla que había en el centro de la habitación y observé con atención a los hombres que me rodeaban.

—¿Dónde está el *Chef*?

—Ahora vendrá —respondió tajante uno de ellos.

—¿Cuántos sois? —pregunté—. Quizá un día llegue a formar parte de vuestra organización, si al *Chef* le parece bien, claro —dije simpático y uno de ellos se echó a reír.

—De momento no te importa, niñato.

—Vamos… ¿sois más de veinte? No, espera, vosotros sois una organización importante, veinte no… ¡apuesto a que sois unos

cuarenta!

Mi simpatía había comenzado a molestarles, y algunos comenzaron a sujetar con firmeza sus armas, que me presentaban a modo de amenaza.

—Somos treinta y cinco —dijo otro hombre a mi derecha.

—¿Enserio? Impresionante. Con tantos hombres a sus órdenes podría controlar esta ciudad —respondí de forma amistosa.

—¡Aún falta mucho para eso, muchacho! —dijo una voz a mis espaldas. Pude reconocerla al instante. Lo escuché sonreír y acercarse —. ¿Qué haces aquí? ¿No tuviste suficiente? —añadió pausadamente.

Se sentó enfrente de mí y puso su cara de hombre honorable. Los hombres como él eran extremadamente peligrosos, pues podían seguir sonriendo al mismo tiempo que ordenaban liquidar a alguien. Me mantuve en silencio y observé todos los detalles de mi alrededor, todos incluido el *Chef*. Cualquiera podría disparar su arma contra mí en cuestión de segundos.

—He venido a por mi dinero —espeté.

Sabía que estaba asumiendo un riesgo enorme y era más consciente que nunca de que esas precisamente, podrían ser mis últimas palabras. Él se echó a reír al mismo tiempo que sacudía la cabeza.

—¿Me estás diciendo que has venido en mitad de la noche, para exigir que te dé un dinero que no es tuyo?

El *Chef* comenzó a reír a carcajadas y todos sus vasallos comenzaron a reír a coro. Yo me limité a observarlo todo y al mismo tiempo, me concentré en todo lo que había visto desde que había hecho mi aparición en el almacén, en la disposición exacta de cada uno de sus hombres. Recorrí mentalmente todas las estancias y regresé para enfrentarme a su mirada.

—Sí. Esta noche me marcharé de aquí con mi dinero.

Mi voz cambió. Reverberó en la habitación con aplomo y provocó que todos enmudecieran súbitamente.

—Ya está bien de palabrería…

El *Chef* se levantó de su silla y se llevó la mano al bolsillo interior de su voluminosa chaqueta para asir un revólver en el que había reparado desde el primer momento en el que había entrado. Supe entonces que era el momento. Ahora o nunca.

Cerré los ojos y me concentré. Ya sabía cómo hacerlo. La experiencia de las veces anteriores supuraba por todos los poros de mi piel y por primera vez conocía cada centímetro del camino. Los latidos universales, lentos, constantes e inconmensurables, me alcanzaron y me envolvieron en un abrazo inabarcable. Caí en el mar oscuro y profundo de mi percepción, y súbitamente comencé a sentir que el tiempo volvía a avanzar a mi ritmo. Abrí los ojos de nuevo y pude

verlo todo con una claridad indescriptible. Al instante comprendía absolutamente todo, como si la cantidad ingente de información brotara de mis huesos para mostrarme los elementos intangibles que conformaban la realidad. Supe entonces que, una vez más, podría introducirme y recorrer cada una de las partículas de energía que se suspendían a mi alrededor. Vislumbraba la estancia repleta de personas y podía discernir la energía que desprendía cada una de ellas. Podía divisar cómo el oxígeno atravesaba la barrera del tamaño de una célula y se colaba en la sangre que circulaba por los capilares, y cómo éste era intercambiado por el dióxido de carbono. Sentía la digestión de las enzimas y la respiración celular de cada uno de aquellos hombres. Los visualicé a todos, respiré profundamente y proyecté una onda devastadora en todas direcciones. Extendí la orden de destrucción con todas mis fuerzas y multipliqué la energía que había logrado transmitir las veces anteriores: con los vehículos eléctricos IDC, con el acero, con Jene. Necesitaba toda la rabia que Vain pudiera proporcionarme. Mantuve su recuerdo presente. El momento en que asesinó a mi padre vilmente. Concentré esa rabia, esa frustración, ese dolor para a continuación, expulsarlo todo como una orden de desintegración que había asimilado a la perfección cada una de las partículas, de las células, de las moléculas y de *ADN*. Entrecerré los ojos, extendí los brazos y me mantuve firme mientras la energía comenzaba a estallar como reacciones en cadena descontroladas. La desintegración se extendía. Grité y apenas pude sentir mi voz. Mascullé palabras de odio y dejé escapar la ira que se había instalado dentro de mí, y que poco a poco fue abandonándome. Entonces, mis oídos se inundaron con los chillidos lastimeros de dolor y de angustia de cada uno de aquellos pobres desgraciados. Abandoné mi percepción y una estampa de horror me recibió como una bofetada. Todos yacían en el suelo como cuerpos inertes, con la piel enrojecida y sobre espejos oscuros que comenzaban a extenderse por toda la superficie. El *Chef* había caído sobre su silla, irreconocible, repleto de orificios y expulsando por ellos sangre a borbotones. Nadie se movía. Aturdido me incorporé, me acerqué al cuerpo inerte del *Chef* y registré sus bolsillos para recuperar mi dispositivo, entonces, antes de que el perfume de la muerte me alcanzara abandoné la habitación. Emergí por el hueco de las escaleras y detecté movimiento en la parte inferior. Tres hombres se preparaban para subir por ellas y, para mi sorpresa, uno de ellos fue capaz de descerrajarle dos tiros a la puerta que acababa de cerrar. Me aparté rápidamente y volví a concentrarme, y sin apenas ser consciente de ello, lo hice de nuevo. Con todas mis fuerzas proyecté de nuevo aquella orden destructiva a las partículas de energía más fundamentales que formaban sus cuerpos, y estos, comenzaron a desintegrarse y a desaparecer. Continué hasta que sus

cuerpos fueron sangre y cayeron a plomo como títeres inanimados. Al instante pude sentir cómo la energía y el calor que emanaba de cada uno de ellos se marchaba, cómo las reacciones químicas se detenían, y los gritos se apagaban para dejar paso a un silencio espeso y lúgubre. Finalmente abandoné aquel estado, me así como pude a la barandilla de la endeble escalera y me abalancé por ella hasta la parte inferior. Avancé unos pasos, miré en todas direcciones y asimilé lo que había hecho. Decenas de cuerpos ensangrentados y destrozados cubrían el suelo. Cerré los ojos y me derrumbé extenuado.

Estaba cubierto por una fina capa de oscuridad y situado en un lugar sin espacio y sin tiempo, pero lo sentía todo. Mis ojos eran lágrimas, mis recuerdos un castigo y mis actos una condena.

Los había destruido a todos.

Me había convertido en Vain.

Epílogo

Sus pasos reverberaron en la gran estancia cubierta de tinieblas, donde únicamente aquel reloj de tamaño descomunal permanecía iluminado de forma tenue, ofreciendo a quien lo quisiera y cuando lo quisiera la hora exacta con precisión nanométrica. El *atrio del tiempo* nunca se clausuraba y conformaba una de las zonas de paso más transitadas del Atlas, pero a su vez, guardaba el mayor secreto de las instalaciones.

—¿La tienes? —musitó una voz.

—Por supuesto. Apártate.

El hombre le mostró una llave y ésta destelló en la oscuridad. Miró en todas direcciones y se acercó hasta el gran pedestal que se alzaba en el centro mismo de la habitación. Acarició la superficie de piedra y en la penumbra detectó el perfil de la cerradura. Con cuidado introdujo la llave y la hizo girar.

—Ya está…

—¿La has abierto?

El hombre asintió y se alejó unos pasos, apartando con suavidad a la mujer al mismo tiempo que oteaba el suelo ornamentado que pisaban. Segundos más tarde, unos chasquidos quebraron el silencio y una línea de luz apareció a sus pies. Una parte de la superficie de piedra comenzó a alzarse ante sus ojos y un destello dorado lo iluminó todo con un fulgor cegador.

—Voy a mostrarte la verdad…

La mujer se volvió para mirarlo, asintió, tomó su mano y juntos atravesaron la puerta de luz para adentrarse en el corazón de aquel mausoleo custodiado por el tiempo.